PARNASO CHILENO

ARMANDO DONOSO

PARNASO CHILENO

AUMENTADO CON UNA SEGUNDA SERIE

POR LA

BARONESA DE WILSON

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Cuyo, 1057 al 1065

1910

Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona.

PRIMERA SERIE

A la memoria del poeta
de "Ritmos„ las páginas
de este Florilegio

A. D.

Hamburgo, III-1909.



Enrique Salvador Sanfuentes

SALVADOR SANFUENTES

Cronológicamente, uno de nuestros primeros poetas. De vasta ilustración y de un prudente eclecticismo, armonizó con acierto los genios de varias literaturas europeas y se distinguió principalmente en la versión de algunos poetas franceses é italianos contemporáneos.

Sus leyendas literarias forman el pedestal de su fama Hay allí, entre muchos defectos inherentes á esa época de nuestras letras, un grande esfuerzo por crear los cimientos de una literatura propia y una noble comprensión de las bellezas de la epopeya patria.

LA PRIMAVERA

Despunta ya la alegre primavera
con su tren de esmeraldas y de olores,
vida y placer vertiendo por doquiera
y al campo matizando en mil colores.
De aves inmensa multitud parlera
y enjambres mil de insectos bullidores
por la etérea región se multiplican
y de los prados el verdor salpican.

Todo es animación, y se diría
que la naturaleza está de boda,
inunda el aire célica armonía,
suaves conciertos es la tierra toda.
En olas de perfume y ambrosía

se mece el alma de placer beoda:
el aura blanda de aquilón destierra,
y amor reina en el valle y en la sierra.

Y del arroyo el murmurar parece
tierna queja de amor; suspira el viento;
la planta que en el campo reverdece
rebosa en amoroso sentimiento:
del gallardo laurel, cuando se mece,
afectuoso es también el dulce acento,
y los humanos pechos más se inflaman
al ver que flores, agua y viento aman.

DEL COLONIAJE

Cuando el siglo diez y ocho promediaba
cierto marqués vivía en nuestro suelo,
que las ideas y usos conservaba
que le legó su castellano abuelo:
quiero decir que la mitad pasaba
de su vida pensando en irse al cielo;
viejo devoto y de costumbres puras,
aunque en su mocedad hizo diabluras.

Y amaba tanto las usanzas *godas*,
que él hubiera mirado cual delito
el que se hablase de francesas modas,
ó á París se alabase de bonito.
Sobre la filiación de casi todas
las familias de Chile era perito,
y de cualquier conquistador la historia
recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto,
aducía argumentos con destreza
para hacer verosímil su concepto
de derivar de reyes su nobleza.
Nosotros hoy llamáramos inepto
al hombre que albergase en su cabeza
de loca vanidad tales vestiglos;
mas esto era frecuente en otros siglos.

Y bien podría este marqués sin mengua
alarde hacer de pretensión tan loca,
porque él era muy rico. Y ¿á qué lengua
no hace callar tan fuerte tapaboca?
En vano contra el oro se deslengua
un moralista y su valor apoca:
lo que yo siempre he visto desde chico
es que hace impune cuanto quiera el rico.

En el año una vez sus posesiones
visitaba el marqués por el verano,
ejerciendo en sus siervos y peones
la amplia jurisdicción de un soberano;
y luego á los primeros nubarrones
que ya anunciaban el invierno cano,
exento de molestias y pesares,
tornaba con gran pompa á sus hogares.

Y ora mandando hacer un novenario
en que sonaban cajas y cohetes,
ora una procesión con lujo vario
de arcos triunfales, música y pebetes,
de admiración llenaba al vecindario,
y daba á las beatas y vejetes
para conversación fecundo tema
en que ensalzaban su piedad extrema.

Como ningún quehacer le daba prisa,
dormía hasta las ocho este magnate:
en su oratorio le decían misa,
y tomaba después su chocolate.
La comida á las doce era precisa,
y la siesta después, y luego el mate,
y tras esto, por vía de recreo,
iba á dar en calesa su paseo.

A oraciones se vuelve, y si del templo
llama á Escuela de Cristo el campanario,
el marqués y los suyos dan ejemplo
de inefable asistencia al vecindario.
Si no hay distribución, ya le contemplo
rezar con la familia su rosario,

y luego ir á palacio diligente,
para hacerle la corte al Presidente.

A las diez de la noche se despide,
sin propasarse un punto de esta hora,
y vuelto á su mansión la cena pide,
porque ya el apetito le devora.
Con su cuerpo en seguida un lecho mide,
donde cabrían bien sus cuatro ahora;
y viniéndole el sueño dulce y blando,
á las once el marqués se halla roncando.

MERCEDES MARIN DEL SOLAR

Aun no se ha hecho una edición completa de las obras de esta poetisa: sus mejores producciones circulan dispersas en revistas y antologías americanas.

El verdadero ascendiente literario de la señora Marín del Solar lo encontramos en los poetas españoles de la primera mitad del siglo XIX: Nicasio Gallego, el Duque de Rivas y Lista. Como en la obra de estos maestros, sus versos son correctos hasta la rigidez y faltos de movimiento. Mas su noble inspiración, sus sentimientos patrióticos y humanitarios nos hacen olvidar, á menudo, esta afectación retórica, este afán de *clasicismo*, característico á todos los poetas americanos de la primera época.

Á MANUEL RODRÍGUEZ

La gloria y el pesar hoy se dividen
el corazón y el alma del patriota,
y vibra el aire una doliente nota,
eco eternal de inextinguible amor.
¡Rodríguez inmortal! Los nobles hijos
de aquéllos que salvaste con tu arrojo
hoy visitan tu mísero despojo
y lágrimas te ofrecen de dolor.

Un día lanzó Chile hondo gemido
que resonó en tu pecho generoso,
y de Maipo en el campo polvoroso
el casco se imprimió de tu corcel.
Muerte fué tu divisa. La victoria

mirándote amorosa y condolida,
trocar no pudo el signo de tu vida
y te ciñó fatídico laurel.

Despareciste ¡oh Dios! Pasión insana
te dió muerte alevosa y simulada.
En silencio por ti la patria amada
no cesó largos años de gemir.
¡Oh memoria de duelo y de amargura!
Mengua que no redime inútil lloro.
¡Oh de cuánta virtud rico tesoro
arrebatada en flor al porvenir!

Caiga el sombrío velo del olvido
sobre este cuadro de dolor profundo,
y tiemble el héroe, aunque le admire el mundo
si un crimen ha manchado su blasón.
Mas tú, Rodríguez, vive glorioso;
que en este suelo, donde mártir fuiste,
á tu alto nombre, á tu memoria triste
un santuario ha erigido el corazón.

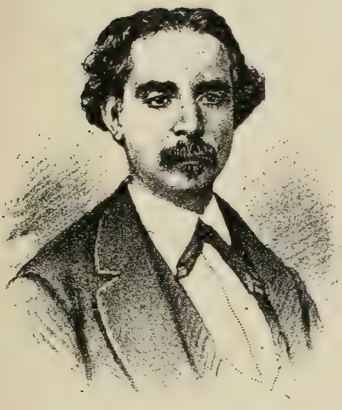
LA EXISTENCIA DE DIOS

¡El universo es Dios!—dice el impío
que otro tiempo dijera—¡Dios no existe!—
de humana corrupción gemido triste,
de la frágil razón hondo extravío.

La luz, la tierra, el sol, el monte, el río,
el prado que de flores se reviste,
el aire, el ancho mar, Tú los hiciste,
¡oh, Señor! con tu inmenso poderío.

Pero toda esta gran naturaleza
á sí misma se ignora, y al potente
Autor de sus arcanos y belleza.

Sólo al hombre, sér libre, inteligente,
Dios reveló su nombre y su grandeza...
¡Y el necio huye de Dios, ciego y demente!



Jacinto Chacón

JACINTO CHACON

Nació en Santiago por el año 1822 y fué notable como abogado, cuanto distinguido por sus éxitos literarios y el impulso que prestó á las letras, influyendo para la fundación del Liceo literario de Valparaíso, sobresaliendo en la redacción de «El Mercurio» de aquella ciudad. Ha legado también á su patria libros importantes de legislación.

LA SALVA DEL 18 DE SEPTIEMBRE

¿Qué bronco són retumba en el espacio
que de su sueño al pueblo despertó,
al despuntar sus rayos de tópacio
el bello sol que á Chile iluminó?

¿Qué es ese són que al par que nos aterra
de entusiasmo nos llena el corazón?
Es de Chile la voz que alzó de *Guerra*,
cuando al mundo mostró su pabellón.

Es el eco del són que envió sañuda
de su primer cañón la *libertad*;
que hoy al sol de Septiembre le saluda,
sol que nos diera en sombras claridad.

Eco inmortal, trompeta de la historia,
que en los remotos siglos tronará,
por do el grito de Guerra y de Victoria
la gran posteridad comprenderá.

Hoy se tornó la esclava en amazona,
la librea la cambia en pabellón;
y al pisotear la hispánica corona
la voz de *Libertad* la dió el cañón.

Y por eso los viejos veteranos
ríen de gozo, lloran de emoción;
porque fueron sus pechos y sus manos
los que dieron impulso á ese cañón.

Y por eso miramos en sus vidas
las reliquias de eterna adoración;
mas nos llenan de envidia sus heridas
cuando oímos tronar ese cañón.

Y por eso el pueblo entero
se agita en gran conmoción:
porque hoy destruyó su acero
los grillos del carcelero
al tronar ese cañón.

Que hoy en el cielo esta idea
trazó la divina mano:
¡Alce, Chile, libre sea!
Y éste arrojó la librea
y vistió de ciudadano.

Por eso al rayar el día,
entre el cañón tronador
se eleva suave armonía
que un coro angélico envía
al trono del Salvador.

Y todo es agitación
en tan gloriosa mañana,
y á la voz de ese cañón
le responde el torreón
con repiques de campana.

Y se alarman los cuarteles
al són del pito y tambores,

y en los altos chapiteles
se agitan los tres colores
como floridos laureles.

Y crece la conmoción,
y más el bullicio crece;
y cuanto más amanece
es mayor la agitación
que allá en la playa aparece.

Y al reventar de las fuentes,
del sol á los resplandores,
se elevan los surtidores,
formando iris transparentes
que ostentan los tres colores;

Y mezclan su dulce són
á los cantos matinales,
y agitan el corazón
el armónico cañón
y las músicas marciales.

Porque al rayar el sol en este día
Chile nació, pregona ese cañón:
Chile nació, resuena esa armonía:
Chile nació, repite mi canción.

———

ROSARIO ORREGO DE URIBE

Puede considerarse á la escritora chilena como una gloria de su patria en la cual desde 1859, colaboró en todas las publicaciones literarias haciéndose notable particularmente por sus cantos patrióticos: entre sus composiciones poéticas sobresalen la titulada «A Don Andrés Bello,» «La tempestad» y «La instrucción de la mujer,» que honra las páginas de este libro.

Fué de las primeras de su sexo, que se distinguieron en América como periodistas, dirigiendo la celebrada «Revista de Valparaíso.»

Estuvo casada en segundas nupcias, con el erudito literato chileno Jacinto Chacón. Un hijo de su primer matrimonio, el denodado patriota Luis Uribe, murió gloriosamente en la batalla naval del 21 de Mayo de 1879.

ROSARIO ORREGO DE URIBE

LA INSTRUCCIÓN DE LA MUJER

Instruid á la mujer, si queréis pueblos
que se eleven felices, soberanos.
¡La mujer, la mujer! Dios en sus manos
la cuna puso del humano sér.
Su mágico atractivo, su alma tierna
la hacen irresistible y poderosa,
y en el modesto hogar, dulce, amorosa,
crea un mundo á su imagen la mujer.

La vida misma de los grandes pueblos
como en su espejo se refleja en ella;
si es instruída y virtuosa antes que bella,
allí habrá dicha, libertad, unión.
La mísera ignorancia es para su alma
ruda maleza que la flor marchita,
y al abismo tal vez la precipita,
manchando la virtud del corazón.

Hoy Chile no es la patria del pasado,
ya el telégrafo cruza nuestro suelo;
la audaz locomotora en raudo vuelo
montes y abismos salva sin parar.
Las ciencias y las artes se difunden
se ilumina la mente creadora,
el libre pensamiento se enseñora
y el extranjero aquí fija su hogar.

Y en medio de este mágico concierto
que eleva nuestra patria á su apogeo
¿quedará la mujer, débil pigmeo,
sin levantar su mente á otra región?
¿La fuente del saber le fué vedada?
¿No recibió de Dios la inteligencia?
¿Las bellezas del arte y de la ciencia
rudos misterios para su alma són?

Sensible, amante, generosa, ingenua,
escollos mil encuentra en su camino,
y ¿cómo ha de luchar con el destino
si no adquiere la ciencia del vivir?
Si su espíritu noble es cultivado,
más brillaran las dotes de su alma
y en la recia tormenta hallará calma
y angélico valor para sufrir.

¿De qué la sirve frágil hermosura,
flor que deshoja el hálito del viento,
si no brilla en su frente el pensamiento
que revela su origen celestial?
Si abandona su rica inteligencia
bajo el ocio fatal que la domina,

si no estudia, no piensa, no imagina
más allá de lo frívolo y trivial?

Todo cuanto es de forma se aniquila,
la juventud es gala de un instante,
palidecen las gracias del semblante,
se niega á sonreírnos el placer;
mas siempre joven, vivirá radiante
del ingenio la lumbre seductora,
la mente en sus arcanos atesora
belleza, gracia, juventud, saber.

———

GUILLERMO MATTA

Es el cantor genérico de la libertad, de las virtudes cívicas, del sentimiento patriótico, y lo es también del amor más exaltado, bullendo en las formas vivas y arrogantes del primer romanticismo.

Entre nuestros poetas nacionales, Matta ha sido el primero que de una manera deliberada y reflexiva ha dado á sus composiciones un rumbo filosófico, un fin social, haciendo servir las bellezas del ritmo y la armonía al desarrollo intelectual de su país en un sentido más noble y levantado.

En 1886 publicó en Leipzig dos volúmeness: «Poesías» y «Nuevas poesías.»

HIMNO DE GUERRA DE LA AMÉRICA

I

¡América, á las armas!
De nuevo á tus confines trae Europa
oprobio y servidumbre.
¡América, á las armas!
Tu espada al sol relumbre,
levanta tu pendón republicano;
y un solo grito—¡libertad y guerra!
atraviese el oceano
y estremezca la tierra
desde el Estrecho al golfo mejicano.

II

¡A la América libre,
señora de los Andes,
reina del Amazonas,
los déspotas intentan
darla farsantes y ceñir coronas!
¿Acaso, todavía
no conservan el rastro, esas montañas,
de los héroes y hazañas
que tumbaron la hispana monarquía?
¿No fué en esas laderas,
no fué en aquel abismo,
no fué en esas llanuras, do triunfaron
las rebeldes banderas;
y el noble patriotismo
y la noble virtud su premio hallaron?

III

¡América, á las armas!
¡Lanzas corta en tus bosques,
templa en tus ríos el sagrado acero,
sube á tus cumbres y la trompa emboca;
y allí con el guerrero
himno de libertad, la alarma toca!
¡Y que el són se derrame
y despierte al valor y encienda la ira
y el alma grande del poeta inflame,
y en arma de pelear cambie la lira!

IV

¿Qué quieren de nosotros,
de la Europa los siervos y tiranos?
—¡Al desierto aventar nuestros hogares,
usurparnos la patria
y hacer de nuestros pueblos,
hoy morada de libres ciudadanos,
teatro de lacayos y juglares!
¡Y aquí, donde altanera

mil ríos como mares
desprende esa gigante cordillera,
madre del Aconcagua y Orizaba,
esplendor de una raza venidera,
formar la cuna de una raza esclava!

V

¡América, á las armas!
¡No con vagos clamores,
no con tristes gemidos,
se combaten extraños invasores
y se redimen pueblos oprimidos!
¡Si nuevo oprobio y nueva servidumbre
la vieja Europa trae,
tu espada al sol relumbre,
levanta tu pendón republicano;
y un solo grito—¡libertad y guerra!
atraviese el Oceano
y estremezca la tierra
desde el Estrecho al Golfo Mejicano!
1862.

Á ESPAÑA

España es una tierra en que germina
hermanado el valor con la nobleza;
á través de los siglos su grandeza
el horizonte histórico ilumina.

Si la suerte vencerla determina,
revístese de heróica fortaleza:
señala en cada sitio una proeza,
muestra un templo de gloria en cada ruína.

España es una tierra de gigantes,
que en los agrestes picos del Moncayo
aun tremola sus lábaros triunfantes.

Es el pueblo inmortal del Dos de Mayo,
que enseña con la pluma de Cervantes
y vence con la espada de Pelayo.

EN LAS MONTAÑAS

¡Completa soledad! Lejos del mundo,
en tu seno magnífico y fecundo,
madre naturaleza, se alboroza
el espíritu, y ansias de infinito
ansias de Eterno á tu contacto goza.
¿No eres tú, la que horadas el granito,
¡oh! madre y la que tomas en tus brazos
selvas, nidos, torrentes,
suaves orillas, ásperos ribazos?
¿Y entre plantas nacientes
bulles con las aladas mariposas
y vuelas con los tímidos jilgueros,
flores que enredan animadas rosas,
cantos que ligan ecos hechiceros?

¿No eres tú, la que cruzas por ignotas
sendas, el curvo valle, el campo extenso;
la que en el trigo, rubia espiga, brotas
y zahumas las flores con tu incienso?
¿No eres tú, la que en límpidos rocíos
evapora las nubes,
y eres hoja en los árboles sombríos,
y en el condor audaz ala en que subes?
¡Tú estás, en todas partes, y por doquiera,
mis oídos te escuchan
y mis ojos te ven, madre altanera:
en el viento y las ráfagas que luchan,
en la luz que en las cumbres reverbera
y en el vuelo pujante
del condor que, cerniéndose arrogante,
vence y ocupa la anchurosa esfera!
Naturaleza augusta,
tú eres la ciencia, tú eres el arcano,
que atrae y tienta al pensamiento humano;
misterio en faz adusta
que la razón admira y no comprende;
inmensidad divina que no asusta,
inmensidad grandiosa que no ofende.

¡Vosotras como grandes pensamientos,
de agitado cerebro habéis surgido
del choque de contrarios elementos,
montañas! En vosotras ha nacido
el hombre y por declives y hondonadas,
por mesetas y vastas soledades,
con la mente, escrutando las edades,
tendió hacia el universo sus miradas;
sintió, en las altas cumbres
el trueno de siniestras tempestades,
relampagueando en cárdenas vislumbres;
y él sereno, impasible,
vió en las profundidades
lo augusto, ese esplendor de lo invisible.

¡Misteriosos arcanos!
¿En qué tiempo, esos valles, esos montes,
emergieron de líquidos oceanos?
¿En qué otros horizontes
brillaron esos astros? ¿Qué colinas
y qué árboles gigantes
dieron sombra á las aves peregrinas,
dieron paso á los búfalos errantes?
¡Una esencia de plantas ignoradas,
de inefables aromas,
llegó aquí en vaporosas bocanadas!
¿Flores ignotas, perfumadas gomas,
azuladas neblinas de las lomas,
qué traéis de esas épocas pasadas?
¿El alma de los siglos se respira
en esa brisa, gárrula y suave,
que entre celajes con las nieblas gira?
¿Y es voz muda este acento
que explicarse no sabe
el hombre, y como extraño monumento,
petrificado, en estas rocas mira?
¡En donde quiera creación, portento,
inagotable savia te fecunda,
nueva vida en sus círculos te inspira,
te hincha de fuerza y de amor te inunda!

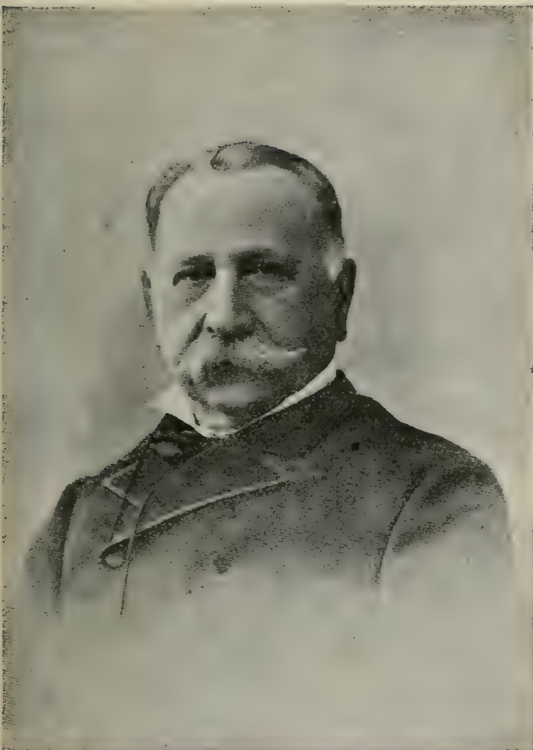
¡Monumentales páginas de historia
semejan estas rocas! ¡Han dejado
impresa, en esta biblia, su memoria
los siglos del pasado!
¡Allí en esa corteza, en esa grama,
en ese arbusto que se encorva al lado;
en el volcán que inflama
el fuego, estremeciendo las alturas,
y que refleja en purpuras su llama
por bosques y llanuras
en todas partes veo
la mano de los siglos poderosa,
patente en los collados y espesuras...
naturaleza escribe, no reposa;
y en roca, árbol y flor su historia lee!

¿Y qué es ante esa vida, eterna vida,
la nuestra, esta existencia pasajera,
por fatales deseos conmovida,
flor de la tumba y que la tumba espera?
Iris de blanca espuma,
niebla suelta en los valles esparcida,
luz muerta entre los pliegues de la bruma.
Pero ¡ah! como vosotras, admirables
inmensuradas moles;
pero ¡ah! como vosotras inefables
seres, que nutre con su alma prodigiosa
madre naturaleza;
el hombre vive y crece,
con vuestro amor su educación empieza;
y su alma, estrella opaca y misteriosa,
se ampara en esas leyes inmutables
y á ellas, como vosotras obedece!
¿Qué es lo que muere? ¡Nada!
Es flor nueva ese germen que perece.
¿Qué es la muerte? ¡La vida transformada!

¡Regocíjate, espíritu! ¡Conciencia
del Hombre, que meditas en la ciencia,
disipa tus temores!
Si es un problema el fin de la existencia
no lo obscurezcan pérfidos errores.

Abra la inteligencia
los ojos de la mente, y penetrando
en ti, naturaleza creadora,
verdad siempre anhelando,
suba á las cumbres para hallar la aurora.
¡De crédulas visiones,
de necias ilusiones
aleja la pupila indagadora,
estudia, piensa, observa,
dogmas, principios, causas, relaciones;
emancipa á la idea redentora,
despedaza sus vínculos de sierva;
y hazte, razón sublime, con las grandes
montañas que hoy visitas!...
¡Saluda á las regiones infinitas,
espíritu, hazte cima con los *Andes!*

———



Eusebio Lillo

EUSEBIO LILLO

Nació en Santiago en 1826. Sufrió varios destierros y persecuciones á causa de sus ideas liberales. Fué periodista en *El Comercio* y *El Mercurio* de Valparaíso. Aun muy joven, en 1844, «ya se hacía notar Eusebio Lillo—dice Lastania,—desde las primeras poesías que publicó en *El Siglo*, y más todavía por un canto al día de la patria (hoy nuestra *Canción Nacional,)* el cual obtuvo el premio que en ese año celebró la Sociedad Literaria, granjeándose un nombre popular por su numen, su corrección, su buen gusto y por el talento artístico que revelaba.» Entre sus mejores poesías citaremos: «El poema de un proscripto,» «Dos almas» y la leyenda «Loco de amor.»

Á LA VIOLETA

Flor humilde que envuelta entre la bruma
del invierno glacial alzas la frente,
y en cuyo débil seno se perfuma
el bullicioso juguetón ambiente.

¿Por qué, dime, te ostenta la pradera
tan sólo del invierno en los rigores
y huyes de la risueña primavera,
madre gentil de las hermosas flores?

Al mirarte perdida entre tus hojas,
como sufriendo por haber nacido,
pienso, modesta flor, que las congojas
el delicado seno te han herido.

Eres hermosa y tienes perfumados
aromas que te envidian otras flores;
¿por qué, pues, apareces en los prados
en la triste actitud de los dolores?

Acaso, flor querida, suerte acerba
te hace sufrir intensas desventuras,
acaso con brotar entre la yerba
algún fiero dolor ahogar procuras.

Tal vez tu seno virginal encierra
algún tenaz, punzante pensamiento
y al asomar entre la fría tierra
naces ya destinada al sufrimiento.

Siempre para nacer buscas violeta
las solitarias sombras del boscaje,
y en las orillas de la fuente inquieta
extiendes con más pompa tu follaje.

¿Te place acaso contemplar tu frente
en el agua fugaz que te refleja,
ó el aire humedecido de la fuente
más dulces besos en tu cáliz deja?

¿Acaso por orgullo, flor hermosa,
naces cuando no nacen otras flores
porque el aura que búscate amorosa
no confunda con otros tus olores?

Dime si ese orgulloso sentimiento
te hace nacer aislada y escondida,
ó si fiero y oculto sentimiento
se encierra en el misterio de tu vida.

Dime si sufres al pensar que breves
pasarán tu perfume y tu existencia,
y que las auras que hoy te halagan leves
te arrastrarán mañana sin clemencia:

O dime si en tu seno perfumado
arde la llama del amor constante,

y si al brotar, violeta, sobre el prado
naciste al mismo tiempo flor y amante.

Yo al contemplarte tan hermosa, creo
que un afecto amoroso te avasalla
y que por eso florecer te veo
en las praderas donde el junco se halla.

En los desnudos campos del invierno
cercana al junco, bella flor, te miro,
que al afecto de amor sencillo y tierno
busca siempre el misterio y el retiro.

Y pienso que floreces combatida
por los soplos de recios vendavales,
por no encontrar en tu amorosa vida
ni flores envidiosas, ni rivales.

Débil violeta, si las bellas flores
viven con el calor del sentimiento,
si en su seno de vívidos colores
encierra amor su bienhechor aliento.

Feliz serás si al asomar perdida
en la extensión de la húmeda pradera,
hallas, para el encanto de tu vida,
una amorosa flor por compañera.

Sólo para ella el tímido capullo
entreabrirás al despuntar la aurora,
y el suave aroma que te inspira orgullo
la enviarás con el aura, encantadora.

Por ella, cuando el soplo del ambiente
sacuda tu gentil y fresco manto,
elevarás la pudorosa frente
de los goces de amor bajo el encanto.

. . . .

Flores dichosas, el fatal destino
que nos lleva al morir desde la cuna,

os traza, con piedad solo un camino
y vuestras vidas confundís en una.

La madre tierra unidas os sustenta,
el sol os dora, el aire os entrelaza,
unidas os sorprende la tormenta
y enlazadas también os despedaza.

Y así, violeta, con tu amante vives
y tu existir en tu existir concentras:
cuna común para nacer recibes,
tumba común para morir encuentras.

Amar desde el nacer hasta la muerte
y amar con un amor correspondido,
es ser feliz. Envidio ¡oh! flor tu suerte
yo que por tanto amar tanto he sufrido.

HERMOJENES DE IRISARRI

Hijo del célebre estadista, diplomático y escritor Antonio José de Irisarri, que alcanzó renombre no sólo en América sino en Europa.

El genial escritor chileno, legó mucho de su gran inteligencia al heredero de su nombre, quien desde 1840 tomó parte activa en todas las publicaciones literarias y su pluma tan fácil para la prosa como para el verso, escribió inspirados artículos y sobresalientes poesías en correctísimo estilo con notable delicadeza y exquisito buen gusto. Era apasionado por la literatura francesa y admirador profundo de Víctor Hugo, Alfredo Musset y otros grandes maestros.

AMOR

Niña, el amor es la tranquila fuente
de líquidos cristales que retrata
el azul de tus ojos, la escarlata
de tus labios y nieve de tu frente.

Ese límpido espejo transparente
miente la calma y la frescura grata:
el caudal en su fondo se desata
con la prisa y la rabia del torrente.

Desde la margen goza y de la orilla
no apartes tu batel, porque se enturbia
el cristal al romperse con la quilla;

Porque entonces tu imagen pinta turbia,
y en ese mar infiel en donde bogas
te contemplas, te bañas y te ahogas.

Á SAN MARTÍN

(Fragmento)

Sol que lo viste impávido
de la sublime altura
bajar á la llanura
cual rápido torrente,
y á la guerrera gente
en santo fuego bélico
los pechos incendiar;
tú á los presentes cuéntales,
tú que testigo fuiste
de todo lo que viste,
como venció en la tierra
y alborotó con guerra
al enantes pacífico
y contrapuesto mar.

Mar que vedó las índicas
regiones circundando,
fué á su señal brotando
las poderosas naves
dó atesoró las llaves
que las puertas armígeras
le abrieran del Perú.
Y el pabellón patriótico,
sobre el asta orgullosa,
cubrió la valerosa
la vencedora hueste
que lo llevó del Este
al Oeste, de Austro á Boreas,
y lo clavó en Maipú.

Maipú no quiso la última
tejer de sus coronas,
que otras ardientes zonas
do gemía el esclavo,

reclamaban del bravo,
el poderoso auxilio
del brazo vencedor.
Las olas del océano
oyen que el cañón ruje,
la nave que recruje
al peso que la oprime,
alza un vítor sublime,
y en los agudos mástiles
se encumbra el tricolor.

El tricolor su célica
estrella le presenta
brillante en la tormenta,
como brilló en el campo;
y al irradiar su lampo
anuncio fué profético
de inmarcesible luz.
Lo condujo á las márgenes
del Rimac sojuzgado,
y el pueblo libertado,
para glorioso ejemplo,
se la incensó en el templo
al pie de las imágenes
Del que murió en la Cruz.

———

GUILLERMO BLEST GANA

Domina en su considerable obra poética, el matiz sentimental; su inspiración es tierna y á veces conmovedora. Habla puramente al sentimiento, y hace gustar en todos sus aspectos los infinitos caracteres de la emoción.

Como los demás bardos de su tiempo, él no pudo escapar á la influencia de las luchas políticas de su patria, y conquistó para su musa las palmas del rebelde y del proscripto.

Murió en Santiago en 1904 á los 75 años de edad, y sus obras poéticas en las que se incluye un dráma «La conjuración de Almagro» y una zarzuela «El pasaporte,» se editan actualmente en tres volúmenes costeados por el gobierno de Chile. En su juventud había publicado «Poesías,» «Armonías» y un poemita «La flor de la soledad.»

SONETO

Si á veces silencioso y pensativo
á tu lado me ves, querida mía,
es porque hallo en tus ojos la armonía
de un lenguaje tan dulce y expresivo.

Y eres tan mía entonces, que me privo
hasta de oir tu voz, porque creería
que rompiendo el silencio, desunía
mi sér del tuyo, cuando en tu alma vivo.

¡Y estás tan bella! mi placer es tanto,
es tan completo cuando así te miro;
siento en mi corazón tan dulce encanto,

Que me parece á veces, que en ti admiro
una visión celeste, un sueño santo
que va á desvanecerse si respiro!

SONETO

Llegué temblando, y al caer de hinojos
junto á la cama donde estaba muerta,
la ví, como una estatua, blanca, yerta,
entreabiertos los labios y los ojos.

Parecía que aún esos despojos
guardaban algo de una vida incierta...
Para decirme adiós, la faz cubierta
del pudor que precede á los sonrojos.

Contra mi pecho su cadáver yerto
estreché sollozando y fugitiva
esperanza, me dijo:—Tú estás muerto.

Pero, al besarla, la ilusión se esquiva
y, al través de mis lágrimas, advierto
que ella, en mi corazón, quedaba viva.

MIRADA RETROSPECTIVA

Al llegar á la página postrera
de la tragi-comedia de mi vida,
vuelvo la vista al punto de partida
con el dolor de quién ya nada espera.

¡Cuánta noble ambición que fué quimera!
¡Cuánta bella ilusión desvanecida!
¡Sembrada está la senda recorrida
con las flores de aquella primavera!

Pero en esta hora lúgubre, sombría,
de severa verdad y desencanto,
de supremo dolor y de agonía,

Es mi mayor pesar, en mi quebranto,



Guillermo Blest Gana

no haber amado más, yo, que creía,
yo que pensaba haber amado tanto!

EL PRIMER BESO

Recuerdos de aquella edad
de inocencia y de candor,
no turbéis la soledad
de mis noches de dolor:
pasad, pasad,
recuerdos de aquella edad.

Mi prima era muy bonita:
yo no sé por qué razón,
al recordarlo, palpita
con violencia el corazón.
Era, es cierto, tan bonita,
tan gentil, tan seductora,
que al pensar en ello ahora,
algo como una ilusión
aquí en el pecho se agita,
y hasta mi fría razón
me dice: ¡era muy bonita!

Ella, como yo, contaba
catorce años, me parece,
mas mi tía aseguraba
que eran solamente trece
los que mi prima contaba.
Dejo á mi tía esa gloria,
pues mi prima en mi memoria
jamás, jamás envejece,
y siempre está como estaba
cuando, según me parece,
ya sus catorce contaba.

¡Cuántas horas, cuántas horas
de dicha pasé á su lado!
¡Pasamos cuántas auroras
los dos corriendo en el prado
ligeros, como esas horas!
¿Nos amábamos? Lo ignoro;

sólo sé lo que hoy deploro,
lo que jamás he olvidado,
que en pláticas seductoras,
cuando me hallaba á su lado,
se me dormían las horas!

De cómo la dí yo un beso,
es peregrina la historia:
hasta ahora, lo confieso,
con placer hago memoria
de cómo la dí yo un beso.
Un día, solos los dos,
cual la pareja de Dios
cuya inocencia es notoria,
nos fuimos á un bosque espeso,
y allí comenzó la historia
de cómo la dí yo un beso.

Crecía una hermosa flor
cerca de un despeñadero:
mirándola con amor
ella me dijo: «me muero,
me muero por esa flor.»
Yo á cogerla me lancé,
mas faltó tierra á mi pie;
ella, un grito lastimero
dando, llena de terror,
corrió hasta el despeñadero...
y yo me alcé con la flor...

Dos lágrimas de alegría
surcaron su rostro bello,
y diciendo: «¡vida mía!»
me echó los brazos al cuello
con infantil alegría.
Fuego y hielo sentí yo
que por mis venas corrió,
y no sé cómo fué aquello,
pero un beso nos unía...
dejando en su rostro bello
dos lágrimas de alegría.

Después... ¡Revoltosa mar
es nuestra pobre existencia!
Yo me tuve que ausentar,
ý aquella flor de inocencia
quedó á la orilla del mar.
Del mundo entre los engaños
he vivido muchos años,
y, á pesar de mi experiencia,
suelo á veces exclamar:
¡La dicha de mi existencia
quedó á la orilla del mar!

Recuerdos de aquella edad
de inocencia y de candor,
alegrad la soledad
de mis noches de dolor:
llegad, llegad,
recuerdos de aquella edad!

LUIS RODRIGUEZ VELASCO

Es un gran poeta: en sus valientes versos rebosan la inspiración y el patriotismo y á la vez la idea, la grandiosa idea del progreso y de unión americana.
El canto «A los Héroes de Iquique» bastaría por sí solo para crear justa gloria al notable vate.

Á LOS HÉROES DE IQUIQUE

(1879)

I

El sol que con sus rayos anuncia la mañana
de firme sobre el puesto la viene á iluminar...
La nave tan querida despierta, siempre ufana,
sintiendo en sus costados los besos de la mar.

Audaz dominadora sobre enemiga rada,
emblema inmaculado de inmaculado honor
tendida á todo viento, soberbia y descuidada
flamea su bandera de hermoso tricolor.

Los iris matutinos su púrpura y su gualda
le ofrecen orgullosos con rica profusión,
porque la nave aquella se llama la «Esmeralda»
y esa bandera hermosa de Chile es el pendón.

II

. . . .

¡O vencedor ó muerto! se dijo convencido
el bravo de los bravos, el genio del valor;
¡ó vencedor ó muerto! ¡Ninguno fué vencido!
¡por eso es muerto el uno y el otro es vencedor!

La débil «Covadonga,» reliquia de otra gloria,
allí á la «Independencia» con furia ve surgir,
y audaz la cañonea y alcanza la victoria,
y al niño aquel gigante perdón llega á pedir!

En tanto la «Esmeralda» no ceja en la batalla;
el «Huáscar» la persigue con bárbaro tesón,
y en vano mar y tierra la acosan ă metralla;
¡no hay mano allí que pueda rendir el pabellón!

Sus mástiles flaquean, se rompen sus costados,
con su espolón de acero la quiere el monstruo hundir...
Y se hunde, y al hundirse, su gente y sus soldados
con vivas á su patria saludan al morir!

Y *Prat* el generoso, radiante de coraje,
de rayo la mirada, de acero el corazón,
revólver y hacha en mano se lanza al abordaje,
y muere, y hace al monstruo temblar de humillación.

III

Espíritu grandioso de patriotismo ardiente,
de bíblico heroísmo sublime exaltación,
visión generadora de genio omnipotente,
de santa apoteósis profética intuición.

¿Qué no tuvo aquella alma de glorias inmortales?
¿Qué siglos alumbrarse vió de su suerte en pos?
¿Qué amor de patria crea las fuerzas colosales
que hacen que un hombre mártir se vuelva un semidios?

La fábula ha creado Anteos y Titanes
que el universo entero con estupor miró...
Y entre ellos, y entre todos los altos capitanes
igual podrá haber uno; pero más grande no!

¡Con él todos son héroes! Impávido *Serrano*
lo sigue al abordaje lanzándose también;
y cae con sus bravos al plomo del peruano,
porque el chileno lucha de á uno contra cien!

Y ya la heroica nave se va despedazando,
quedando á flote apenas un trozo de tablón,
y en él esta «Riquelme» que se hunde disparando
el último cartucho del último cañón!

IV

¡Oh patria! deja el llanto correr por tus mejillas
que lágrimas son esas de gratitud por él,
mientras la historia misma se pone de rodillas
para ceñir su frente con su mejor laurel!

¡Oh patria! en esa sangre tus fuerzas hoy renacen
para afianzar tu pura, tu santa libertad...
¡No pueden ser vencidos los pueblos donde nacen
los bravos como *Condell,* los héroes como *Prat!*

LA UNIÓN AMERICANA

Las páginas obscuras del libro del pasado,
del siglo en los anales borrándose ya van;
el grito de progreso los pueblos han alzado
y entonan himnos puros de amor y libertad.

Los mártires que fueron nos gritan ¡adelante!
su sangre fué el bautismo de santa redención;
el tiempo que camina con paso de gigante,
nos viene desplegando de luz un pabellón.

Rompiendo las tinieblas del torpe fanatismo
los pueblos alumbrados comienzan á vivir;

y el rayo que les trae la fe del patriotismo
abrírseles parece grandioso porvenir.

La idea es una sola; solo haya una bandera,
idea de progreso, bandera de igualdad:
que sea el despotismo la víctima primera
que inmole en sus altares la santa libertad.

Los pechos inflamando la idea triunfadora
encienda en los espíritus el fuego del valor,
y noble, fuerte, grande, fecunda y creadora,
renazca de sí propia la tierra de Colón.

Que formen nuestros pueblos un pueblo americano,
eterno por las leyes, robusto por la unión;
su brazo con su sangre le ofrezca el ciudadano
y ofrezcan los gobiernos justicia y protección.

Con santos juramentos afírmese la alianza,
en ella confundidos el norte con el sud,
y ofrézcanle radiante de amor y de esperanza
su luz la inteligencia, su fe la juventud.

¡Y tiemblen los tiranos de Europa la guerrera
al vernos agrupados en torno á un pabellón!
la idea es una sola, solo haya una bandera,
¡no haya Andes! ¡no haya istmo! ¡solo haya una nación!

MANUEL BLANCO CUARTIN

Escribió numerosos opúsculos científicos, artículos filosóficos y literarios. Como poeta es autor de «Poesías» y las leyendas «Blanca de Lerma» y «Mackandal.» Así escribía de él el autor de «Recuerdos literarios:» «Blanco Cuartín, poeta satírico, festivo y tierno, tenía no sólo las mismas dotes poéticas de su padre don Ventura Blanco Escalada, sino también la misma devoción que éste profesaba á los restauradores del buen gusto y de la pureza del idioma, que levantaron las letras españolas á fines del siglo pasado de la postración en que le habían dejado los hinchados imitadores de la poesía francesa. Su poesía tenía pues modelos diferentes, otras tendencias y gusto diverso, que la escuela que ya se había formado entonces en la imitación y traducción de Victor Hugo y Lamartine.»

LA OCASIÓN Y EL DESEO

—Aquí me tienes ya. ¿No me llamabas,
Deseo caprichoso, y esperabas
con placer anhelante mi visita?
Estoy ya en tu poder: vengo á tu cita.
Mas te ruego que dejes reflexiones
y en alas del placer las tentaciones
sigas violento, evaporado, loco,
que entre tanto sufrir gozar es poco,
siendo el goce fugaz y los momentos
del penoso existir largos y lentos.
¿Por qué vacilas, pues? ¿Por qué la frente,
de gozo ayer no más resplandeciente,

doblas á la vergüenza, si un asilo
te ofrezco más ameno y más tranquilo
donde tu vida corra placentera
oyendo al ruiseñor en la pradera,
aspirando el perfume de las flores
en un mundo de aromas y de amores?
¿Por qué, pues, tu alegría se ha cambiado
en inquietud, terrores y cuidado?
¿Qué es esto, dí? Si vengo, no me atiendes,
si tu voz yo no escucho, más te enciendes
en vividor anhelo, desesperas,
maldices de tu suerte, y muy de veras
creyendo tu existencia ya importuna,
monótona, pesada, tu fortuna
trocar quisieras en feroz delirio
de un insensato amor por el martirio.—

Así habló la Ocasión, mas el Deseo
novicio todavía,
y á quien este lenguaje, según creo,
su pundonor hería,
le dice:—Espera, amiga, espera,
que como aquesta vez es la primera
que te miro, me causa tal espanto
tu mirada de fuego,
tu abrasador aliento,
tu cariñoso ruego
que ¿me creerás? acerbo sentimiento
en delicia bañado
siento en mi corazón despedazado.
—¡Acabarás, cobarde! Bien sabía
que en pecho virginal siempre hallaría
oposición y susto;
mas nunca imaginé que por tu gusto
habiéndome llamado,
y viniendo gozosa yo á tu lado
á verter el consuelo
en tu existir de duelo,
á refrescar con mi vapor tu frente,
á embriagar tus sentidos con mi aliento,
negaráste demente
á recibir de mi gloria y contento.—

Al decir esto la Ocasión despliega
el ala perfumada
y tocando la faz ya sonrosada,
indicio del placer en que se anega
el tímido Deseo,
le imprime un beso y calla.
¡Diabólico placer! Ya no batalla,
ya no piensa la víctima, ya cede,
y hacia el abismo ciega caminando
va á sepultarse á su pesar llorando.
El llanto, la amargura,
la horrible desventura
fueron eternos ¡ay! Mas el Deseo,
puesto ya el pié del crimen en la senda,
no contiene la rienda,
hasta que al fin muriendo repetía:
—¡Lo que es una ocasión! ¡Quién lo creería!

———

ADOLFO VALDERRAMA

Personalidad estimabilísima como médico y escritor. Nació en la Serena, conquistando en la práctica de su carrera profesional aplauso y consideración consolidado también por sus publicaciones científicas.

Su prosa era correcta, atildada y enérgica y sus versos de acabada forma, le dan merecido puesto en el Parnaso de su patria.

Su obra «Poesía chilena» ha sido y es muy celebrada.

Adolfo Valderrama, fué hombre de amenísimo trato y de singular cultura.

CONSUELO

A un ángel un desgraciado
su triste historia contó,
y aquel espíritu alado
tanto al oirla lloró
que consoló al desdichado.
—No me hables más, le decía,
de tu malhadada suerte.
Y el infeliz respondía:
—¡Ay! es tal la pena mía
que habrá de causar mi muerte.
El ángel se entristeció
y de pena lloró tanto,
que cuando el infeliz vió

tanto dolor, comprendió
que gran consuelo es el llanto.
Y el infeliz se decía:
—Con mala estrella nací;
mas hoy sentí la alegría:
no es tanta la pena mía,
«pues hay quien llore por mí.»



Domingo Arteaga Alemparte

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

Autor de un volumen de «Poesías» y numerosos artículos de polémica. Redactó en compañía de su hermano Justo, la revista literaria *La Semana*. «Los directores del periódico mantenían hábilmente el interés de la publicación por medio de sus numerosos artículos de fondo. Su poderoso espíritu sintético y de abstracción, su poder inductivo y su admirable facultad de expresión los hacían aptos para tratar con acierto cuantos asuntos tomaban á su cargo y guiados siempre por un noble amor á la justicia y á la verdad utilizaban el caudal de sus conocimientos en servicio de los nuevos ideales y de las modernas aspiraciones de la sociedad.»

ESPERANZAS ÍNTEGRAS

Ansié renombre, y mi menguada estrella
en vez de gloria dióme negro duelo;
pedí riquezas al avaro suelo
y desoyó enojoso mi querella.

Entre los brazos de piadosa bella
quise á mis males deparar consuelo;
¡ay! triste desengaño de mi anhelo
con sus desdenes me hizo gustar ella!

De un amigo la mano compasiva
busqué; mas la amistad mostróse esquiva
y heme aquí, que tras tanta maladanza,

Estoy cual comencé: pobre y sin gloria,
sin un dulce recuerdo en la memoria.
¡Pero, me queda entera mi esperanza!

Á MI MADRE AL PARTIR

De la calma el contento
sobre tu faz en vano, madre mía,
esfuerzas sin aliento,
llegó la hora sombría
nuncio de duelo, fin de mi alegría.

Tiembla tu labio mudo,
anúblanse tus ojos, palidece
tu semblante y un nudo
tu garganta entorpece
que va á decir ¡adiós! y desfallece.

¡Cuál resuena en el alma
ese breve, tristísimo sonido!
¡Del océano en calma
pavoroso rugido
con que preludia el huracán temido!

Ya en tropel proceloso
los recuerdos se agolpan á la mente,
ya á su soplo impetuoso,
desátase inclemente
dentro del corazón borrasca ardiente.

La lumbre de tus ojos
no volverá á brillar como solía,
cuándo en nubes de enojos
la fortuna sombría
mi fatigada frente obscurecía!

Ni tornará en mi oído
á resonar tu acento de dulzura,
cuándo vague perdido
en la opaca espesura
de afanoso pensar, que me tortura.

Mañana al despertarme
con sus rayos fantásticos la aurora,
¡ay! no vendrá ya á darme
tu voz encantadora
el matinal saludo, bienhechora.

Solitario y callado
contemplaré del sol el curso ardiente,
desde el monte nevado,
donde álzase esplendente,
hasta caer dormido en occidente.

Y en pos vendrá la noche,
de misterio y vapores mensajera,
y en su plateado coche
recorrerá la esfera
la luna, de los tristes compañera.

Y su fulgor dormido
las cenizas aun tibias alumbrando
del hogar bendecido,
me encontrará, callando,
de mi dicha las minas contemplando.

Todo parte contigo:
las alegrías de hoy y los albores
de tanto ensueño amigo,
de recuerdos traidores
los escombros me quedan y dolores.

¡Pero tú, madre mía,
tú no me olvidarás! Del patrio suelo,
que mi alma tanto ansía;
enviaráme tu amoroso anhelo
de una memoria el celestial consuelo!



Carlos Walker Martínez

CARLOS WALKER MARTINEZ

Sus «Romances Americanos» constituyen uno de los más bellos esfuerzos en la poesía narrativa americana: su octosílabo es fácil y armonioso, aun en aquellos de sus trabajos en que la idea es confusa y requiere una verdadera maestría de expresión.

No sólo fué un poeta Walker Martínez: vivo está aún el recuerdo de sus campañas en el Congreso, de sus bellos y enérgicos gestos de paladín cristiano. Fruto de su fe inconmovible son los mejores poemas de su libro «Poesías:» gritos de odio contra la humana maldad, *himnos de fuego* de un nuevo Ezequiel. «Cada vez que los pueblos se han separado de su curso—dice en una de sus «Cartas de Jerusalén»,—prevaricando, olvidando á Dios, se han atravesado en su camino civilizador: de aquí la barbarie, las guerras, las tiranías, las enfermedades sociales que han venido afligiéndolos en el curso de los siglos.»

EJEMPLO

Donde confunden sus aguas,
más claras que los cristales,
el Vergara y Biobío
en el extremo del valle,
la plaza de Nacimiento
célebre en nuestros anales,
con viejos y rotos muros
guarda sus estrechas calles.
Está situada en un monte,
donde, más que por el arte,

por su sola posición
ofrece defensa fácil.
A su espalda se levanta,
como un inmenso baluarte,
la empinada cordillera
de Nahuelbuta, con sangre
de españoles y araucanos
empapada en cien combates,
y coronada de bosques
de pinos y de quillayes.
Tiene al oriente un castillo
que domina todo el valle,
cercado por anchos fosos
entre almenas desiguales;
y en su recinto se alza
la estrecha, lóbrega cárcel
donde mora prisionero
el famoso Ulmen Curanque;
Curanque, entre los caciques
tal vez el más formidable
de cuantos tienen vasallos
desde la mar á los Andes.
¡Diz que á traición le prendieron,
y no en un noble combate;
diz que con falsos ardides
consiguieron capturarle!
El gobernador de Chile,
que se interesa en ganarle,
porque conoce el influjo
que tiene entre los salvajes,
viene á su estrecha prisión,
y con cariñosas frases
lo trata de seducir
á lás banderas reales.
—Si rindes tu tierra á España,
le dice con rostro afable,
tú serás el más honrado
de todos mis capitanes.
El rey te dará encomiendas
y títulos que te halaguen,
y riquezas que te abrumen
y glórias que te levanten!

—No me importan tus honores
ni tus riquezas me valen:
más precio á mi patria libre
que cuanto tú puedas darme.
—Mira que estás en mis manos,
el gobernador le añade,
entregado á mis caprichos
y preso en segura cárcel:
si te niegas á aceptar
condiciones favorables,
te haré ver que es mi venganza
superior á mis bondades!
—Español, nunca abatido
doblé mi frente ante nadie;
y hoy ni tu bondad acepto,
ni imploro por mi rescate.
—Como á villanos traidores
y á perversos criminales,
yo te colgaré en castigo
de tu soberbia arrogante.
—¡Pues bien! Si el destino quiere
que muera de muerte infame,
como tantos de los míos
en suplicios miserables,
lo acepto; mas, te suplico
que cuando á morir me mandes,
ordenes á tus verdugos,
hambrientos de oro y de sangre,
que sin compasión me cuelguen,
á la luz del Sol brillante,
del árbol más empinado
que domina todo el valle!
Quiero que digan los míos
al contemplar mi cadáver:
«¡He aquí el ejemplo que deja
á sus vasallos Curanque!»
Así respondió el Ulmen,
y con tranquilo semblante
oyó al capitán de España
que la orden dió de colgarle.
No era esa la raza actual
envilecida, cobarde,

que vive en ebria pereza
del delito y del pillaje.
Era aquella, otra más noble,
más vigorosa, más grande,
de Lautaro y Paillamachu
que honran los patrios anales.
Era aquella que, orgullosa,
arrancó notas brillantes
á la musa castellana
con sus hechos singulares!
¡Oh! ¡cuánto choca en el día
el vergonzoso contraste
de aquella raza sublime
y de esta raza salvaje!

LA NAVE

¿Qué rastro deja sobre el mar la nave
que al viento tiende la turgente vela?
¿Qué rastro en el espacio, cuando anhela
alcanzar á las nubes, deja el ave?

Aquélla, apenas, silenciosa y grave,
de fugitiva luz frágil estela;
y ésta, trémulo sin que también vuela
como su pluma, indefinible y suave.

Ave en el viento es la ilusión querida
nave en el mar la dulce bienandanza
á constantes vaivenes sometida.

¡Ay de quien no aprovecha su enseñanza
y, en los hondos misterios de la vida,
funda en la humana gloria su esperanza!



Juan Rafael Allende

JUAN RAFAEL ALLENDE

Es asombrosa la multiplicidad de aspectos que ofrece su personalidad literaria. Dramaturgo, escritor de costumbres, poeta lírico, periodista doctrinario, filólogo, prevalece, no obstante, por sobre todas estas manifestaciones de su capacidad intelectual, su condición de poeta satírico, en la que no tiene rival en Hispano-América.

Durante más de treinta años, su inagotable ingenio se ha desparramado en innumerables hojas de publicidad de que ha sido casi siempre redactor único. La sátira política ha constituído su fuerte: nadie como él ha sabido hallar mejor el lado flaco de hombres y situaciones ni explotarlo con más espiritual desenfado.

Fecundo por naturaleza y hasta, en cierto modo, por obligación—siempre urgido por las exigencias repentistas de un periódico inter-diario cuyo material era de su exclusiva cosecha, es cosa que maravilla su religioso respeto por los fueros del idioma y por la extricta identidad de la equivalencia métrica. Es uno de los más correctos poetas con que cuenta Chile en la actualidad. El atropello fonético que resulta de rimar *z* con *s*, endémico en los vates americanos, Allende no lo ha perpetrado jamás.

Defecto suyo en cuanto poeta sí que es el abuso de la transposición, que peca contra la naturalidad de la expresión y la llaneza de la rima. Y es lástima que en sus obras dramáticas, todas en verso, eche mano de este recurso con deplorable frecuencia, pese que no lo exijan ni la necesidad de evitar una cacofonía ni el riesgo de sacrificar la rotundidad de un concepto diluyéndolo en una perífrasis.

COSA VIEJA

I

En casa de un diputado

—Ya sabe usted que mañana
se discute en el Congreso
lo del ferrocarril... y eso
quisiera de buena gana
que á la diabla se tratase
sin discutirlo en extremo,
porque... en fin... mucho me temo
que tal proyecto no pase.
Yo tengo cierto interés
porque... ¡vamos!... como socio,
puede dejarme el negocio
sus cien mil pesos al mes...
—Pero creo que el proyecto
opositores tendrá,
y que quizá, y sin quizá,
no pase, amigo...
—En efecto,
él tiene sus enemigos;
mas, á decirle verdad,
con la buena voluntad
cuento, de algunos amigos...
Por ejemplo, usted...
—¿Yo, yo?
—¡Ea! hablemos con franqueza...
—¡No, no!... mi delicadeza...
—Todo se arregla...
—¡No, no!...
Con mi honradez sólo cuento...
Soy en eso un mogigato...
—Y yo no sería ingrato...
El diez... el quince por ciento...
—Es cosa seria... mi nombre...
mi fama... mi honor... mi todo,
rodarían por el lodo...
—Usted exagera, hombre,

Un discurso, dos ó tres
sobre tema baladí...
Luego, votar, decir *sí*...
—¿Nada más?
—¡Nada más, pues!
—Lo pensaré...
—No; al momento
quiero que usted me conteste...
—Caso difícil es éste...
—No olvide: ¡el quince por ciento!
—¿Y el pago?
—Como hombre *recto*
que soy, se lo abonaré...
—Está bien: trabajaré
porque se apruebe el proyecto.

II

FN LA CÁMARA

—Aunque ya argumentos mil
se han hecho sobre este punto,
como creo grave asunto
éste del ferrocarril,
juzgo que no tendrá á mal
la Cámara en ser paciente
con un hombre independiente
honrado, franco, imparcial.
La honradez, y no postiza,
será mi guía esta vez...
Así, pues, con la *honradez*
que á mí me caracteriza...

. . . .

SIN PATRIA Y SIN HOGAR

Es una hermana para su hermano
segunda madre, de quien ufano
tan sólo espera felicidad.
Para el que viste negras sotanas

no hay más hermanas que las hermanas
de caridad.
¡Hijo de mi alma! grito sublime
de un padre amante, que unción le imprime
la ley augusta del corazón.
El sacerdote de alma sombría
hijos no tiene: las de María
sus hijas son!
¡Cuán abnegada, cuán cariñosa
es para el hombre la amada esposa!
Mas, para el monje que odia la luz
no hay más esposas, según infiero,
que las esposas de aquel Cordero
muerto en la cruz.
A no haber madres, no hubiera Cielo,
y el mundo fuera masa de hielo
que el sol radiante nunca alumbró.
Para el que eternos votos profesa
no hay otra madre que la abadesa
que nunca amó!
Grita el mancebo: «¡Patria querida,
tuya es mi sangre, tuya es mi vida;
te pertenezco; dispón de mí!»
Y el monje grita: «¡Pues Dios lo quiso,
mi Patria es Roma, no el paraíso
donde nací!»
Gañán que sufres hambre y vigilia,
pero que tienes Patria y Familia;
tú eres dichoso: puedes amar!
¡Pobre del monje que al mundo viene
buscando un Cielo, pero no tiene
Patria ni Hogar!



José Antonio Soffía

JOSE ANTONIO SOFFIA

Nació en Valparaíso en 1843. Gran parte de la producción literaria de este poeta, sus poesías satíricas, es aún completamente ignorada; vive perdida en las antiguas colecciones de periódicos esperando acaso la compasión de algún curioso erudito que las exhume del olvido.

Soffía fué un perfecto romántico, un sentimental decepcionado, sometido á las férreas necesidades de una época materialista y burguesa; un poeta, de quien se pudiera decir con Jammes: *il fleurissait des vers comme un rosier de roses...*

Autor de «Hojas de otoño,» «Poesías líricas» y «Poemas y Poesías.» Murió aún joven cuando desempeñaba el cargo de ministro Plenipotenciario de Chile ante la república de Colombia.

LAS DOS HERMANAS

(Recuerdos del Magdalena)

En una tarde limpia y serena
como del trópico casi ideal
á las orillas del Magdalena
grato respiro bajé á buscar.

Las auras tibias de la montaña
mecían lentas el platanal,
y no distante ví una cabaña
cual nido oculto bajo el palmar.

En el sendero, junto á un bohío,
dos aldeanas hallé al pasar,
una penosa, miraba al río,
la otra bordaba con triste afán.

Aquélla, al verme, se alejó esquiva,
ésta, al contrario, con dulce faz,
corta en palabras pero expresiva
me acogió afable con su mirar.

—¿Sois dos hermanas?... La dije incierto.
—Sí, dos hermanas somos no más.
¿Y vuestro padre?—Mi padre ha muerto
mi madre anciana y enferma está.

Siguió un silencio de causar frío,
miré á la niña, la ví llorar...
su hermana inmóvil miraba al río
y ya venía la obscuridad.

*

Era la solemne hora
de los recuerdos... Muy lejos
del vivo sol los reflejos
morían en confusión,
y la estrella brilladora
del crepúsculo en la altura
con su luz brillante y pura
convidaba á la oración.

¡Bello es el río! El paisaje
muestra el lujo de grandeza
con que la naturaleza
colma el suelo tropical:
selvas de inmenso follaje,
todo virgen y risueño,
edén forjado en un sueño
de fantasía oriental.

Cual centinelas inmobles
que abren paso á su monarca,

en cuanto la vista abarca,
se ven sus filas tender:
gruesas ceibas, altos robles,
mangles y cedros pomposos,
que contemplan silenciosos
el Magdalena correr...

Las luces de los cocuyos,
que de la orilla se alejan,
entre las selvas semejan
luces de oculta ciudad
y con primores tan suyos
que imposible imitar fuera,
se ve una y otra ribera
competir en majestad.

Como un Tritón prepotente
navega el vapor silbando
y sus chispas pregonando
grandioso futuro van.
Ruge al chocar la corriente
del agua contra la quilla,
y al fondo desde la orilla
se echa el pesado caimán.

Sentado en rústico tronco
junto á la pobre cabaña
quedéme absorto en extraña,
profunda contemplación.
Del río el murmullo ronco
y el vago sonar del viento
hablaban con triste acento
de algo raro al corazón.

—Pensaba... mas, de repente
la joven de la ribera
como si nadie la oyera,
entonó con blanda voz,
esta canción tan doliente
y de tal melancolía,
que el lamento parecía
de la angustia más atroz.

¡Qué grande que viene el río!
¡Qué grande se va á la mar!
Si lo aumenta el llanto mío,
como grande no ha de estar.
¡Río!... ¡río!...
devuélveme el amor mío
que me canso de esperar.

¡Qué negra la noche ingrata
viene mi pena á aumentar!...
Si ella mi dolor retrata,
¡como negra no ha de estar!...
¡Río!... ¡río!...
devuélveme el amor mío
que me canso de esperar.

¡Qué triste susurra el viento
parece ausencias llorar!
Si el repite mi lamento,
¡como negro no ha de estar!
¡Río!... ¡río!...
devuélveme el amor mío
que me canso de esperar.

¡Qué sordo que el río suena!
¡No quiere á nadie escuchar!
Cuando no escucha mi pena
¡como sordo no ha de estar!...
¡Río!... ¡río!...
devuélveme el amor mío
que me canso de esperar.

*

Entretanto sin hablar
con su hermana á corto trecho
la miramos inclinar
la cabeza sobre el pecho
y silenciosa llorar.

Vuestra historia será triste—
dije al fin á la aldeana.

—La mía no, que no existe,
la triste es la de mi hermana
que su aflicción no resiste.

¡Cuéntamela! Soy viajero,
y aunque pronto partiré
esa historia saber quiero.
—Dejadme llorar primero
y luego os la contaré.

Miró á su hermana un momento,
las lágrimas enjugó
y con simpático acento
ocultando su tormento
su relato principió:

«Tras penosos desengaños
sin fortuna y sin hogar
en estos bosques extraños
con mi madre hace veinte años
mi padre vino á habitar.
Cuanto este cercado encierra
con su trabajo adquirió;
mas, sonó el grito de guerra
y atravesando la sierra
fué á la guerra... ¡y no volvió.
Crecimos en la orfandad
mas, mi hermana, aunque lloraba,
creyó en la felicidad.
¡Pues era amada y amaba
con toda sinceridad!...
El dueño de su alma pura
era un joven pescador
de varonil apostura,
un tigre por su bravura
y una paloma en su amor.
El río era su elemento
y en su bolsa su chapán
siempre encontró salvamento
cada viajero en tormento
ó apurado capitán.
Jamás le encontró cobarde

la muerte, conque luchaba;
noble, bueno, sin alarde
á esta caleta arribaba
con más amor cada tarde.
En la noche, entusiasmado,
nos relataba la historia
de sus días de soldado.
¡Pero su sueño de gloria
era amar y ser amado!

La víspera de aquel día
fijado para alcanzar
su ambicionada alegría
uniendo á la hermana mía
su existencia ante el altar.
El grito horrendo y agudo
de un náufrago se escuchó;
hervir su sangre sintió,
vencer su instinto no pudo
y en el río se lanzó!
Entre las aguas nadando
lo miramos como un pez...
Iba al náufrago alcanzando
y... aunque seguimos mirando
no lo vimos otra vez.
Sólo dos bultos unidos
la corriente nos mostró...
escuchamos los gemidos...
Ella perdió los sentidos
y enajenada quedó...

Lento su mal la devora
y, loca, mirando al río
canta á veces, otras llora
y sigue su desvarío
día á día, hora tras hora.

Sintiéndose conmovida
su relato interrumpió;
la ví llorar afligida...
mas de pronto decidida
la niña así continuó:

«Que hacer si Dios lo ha mandado.»
—Confía en El, respondí.
Dejé mi óbolo olvidado
miré su rostro y lo ví
risueño... Pero empapado.

Y al ver tal conformidad
mezclada con tanto duelo,
dije á ese ángel de bondad:
—¿Cómo te llamas?
—Consuelo.
—¿Y tu hermana?
—Soledad.

*

Tomé la barca y en la noche obscura
ví en la playa una luz cuyo fulgor
me señalaba el sitio sin ventura
de una historia tan llena de dolor.

Muellemente la nave se mecía
cual blanda nave con balance igual
y arrullar, cariñosa, parecía,
de las almas el último ideal.

Aquellas vagas esperanzas bellas,
esas amigas de anhelado bien
que en las nubes, el agua y las estrellas
muchos viajeros pensativos ven.

Las nocturnas luciérnagas brillaban
y en la selva el enjambre bullidor
de cigarras y grillos no cesaba
de herir el aire, con tenaz rumor.

Quedó mi mente en el delirio envuelta
y el alba á la verdad me despertó
cuando, como un alción, libre y resuelta
su destino la nave prosiguió...

En medio del ramaje, la cabaña
medio escondida, diseñarse ví...
Cambió de curso el río... la montaña
se interpuso á mi vista y la perdí!...

*

De aquel barco en la ciudad
al capitán torné á ver,
y le dije:—¡Perdonad!
¿Algo habéis vuelto á saber
de Consuelo y Soledad?
—Nunca he vuelto á aquella playa,
me dijo, mas, si queréis
noticias, no bien que vaya
á esos sitios, cuanto haya
de nuevo ya lo sabréis.

¿Por qué, por qué no olvidó
su promesa el capitán?
¡Oh! su palabra cumplió
y aquí las líneas están
que su mano me escribió:

«Por complaceros, fuí diligente
de las riberas que os prometí.
Salté á la playa... ¡Qué diferente
tras cortos años todo lo ví!

Espesa hiedra borrado había
hasta la sombra del platanal,
y un rapazuelo que me seguía
—¡Volved!—me dijo, que así vais mal...

—¡Si de Consuelo busco el bohío!
—Murió su madre y ella se fué...
—Pero, ¿y su hermana?—Se arrojó al río
que estaba loca no sé por qué...

*

¡Lo habéis oído!... Cosas del cielo
que no comprende la humanidad.

Tal vez Consuelo no halló consuelo.
¡Pero dichosa ya es Soledad!

BLANCA

De blanco estaba vestida
cuando en el baile la ví,
blanca como una azucena,
rindiendo á galanes mil...

De blanco estaba vestida
cuando en sus bodas la ví
su blanca mano de esposa
dar al hombre más feliz.

De blanco estaba vestida
cuando ya muerta la ví...
¡Pobre Blanca, que á los cielos
sus veinte años fué á cumplir!...

———

NARCISO TONDREAU

ARS RELLIGIÓ MFA

I

Adoro el arte libre, nunca impuro,
el arte noble que nació en Atenas:
el mármol palpitante, las estrofas
ataviadas de púrpura y de hiedra.

Quiero en mis anchas copas de alabastro
beber la miel de sículas abejas,
y en tazas rebosantes, el Falerno.
El vino egregio que los versos crea.

El pámpano torcido y tembloroso
adorne de mis ninfas la cabeza;
suenen las flautas; ¡acudid, oh, faunos!
que el sacro rito en mi santuario empieza.

¡Salud, Horacio, Juvenal, Virgilio!
¡Salud mi diosa, Venus Citerea!
Suelta á los aires tu ropaje tenue,
suelta á los vientos tus doradas crenchas.

II

Paganismo, tus ánforas derrama
de Junos, de Anfitritis y Minervas,
tú eres la fuente, tú el sublime inicio,
la letra escrita, eternamente nueva.

Quiero beber en tus raudales limpios
atravesar tus bosques y tus selvas,
danzar el aire libre con tus ninfas,
templar la lira de broncíneas cuerdas.

Paganismo, tus ánforas derrama
de Latonas, de Dianas y de Vestas
tú eres la fuente, tú el sublime inicio,
la letra viva, eternamente nueva.

III

Por ti me siento, Horacio, en los banquetes
que en el Olimpo secular celebran
los majestuosos dioses; por ti tengo
una lira inmortal de siete cuerdas.

Por ti conozco los secretos hondos
que las crateras en su seno encierran,
los secretos que guardan las mujeres
bajo coronas de trepante hiedra.

He bebido en tus odas esos vinos
cuya espuma es estrofa, luz, idea:
el de Chipre, el Falerno y he sentido
latir los versos en mi ruda lengua.

He jugado en el césped con tus ninfas,
las de anchas y alabástricas caderas;
me he tendido en la púrpura ampulosa
de tu querido semidiós, Mecenas.

He bebido el ajenjo de tus sátiras
amasado con miel, á copas llenas,
y me he dormido, en la embriaguez del triunfo,
en tu almohada de lauros, gran poeta!

IV

El verso libre, el asonante suelto,
que zumban como cínifes y abejas:

ese deseo para mí; no rimas
que chocan con anillos de cadenas.

La estrofa libre, los cuartetos amplios,
que salen de la férvida cabeza
enteros, cual de Júpiter olímpico
salió la casta y varonil Minerva.

No quiero las estrofas relamidas
con que cantan anémicos poetas;
quiero las odas á mi modo, burdas,
horacianas tal vez, no las de Herrera.

Quiero carne en las sílabas sonantes,
en la frase cincel, luz en la idea;
quiero una estatua en cada estrofa mía,
un Parternón en mi inmortal poema.

V

Quiero mujeres vaporosas, vítreas
como la Circe que encontré en la *Eneida*,
Venus en carne, y en la lira Safos,
Europas, Pasifaes y Ledas.

No quiero las mujeres remilgadas
que cantaron de España los poetas;
ni las Cloris de tiernos madrigales,
ni las muy dulces y sabrosas Fléridas.

Yo quiero la mujer estatua y carne
que engendró Fidias en la tosca piedra,
yo quiero la mujer que dé á mis versos
sangre y calor, fulguración y vena.

VI

No canto para el vulgo; son mis versos
rimados con fulgor de las estrellas:
por eso flotan como un manto de oro
tirado al aire en una noche negra.

No canto para el vulgo; mis estrofas
tienen sabores de ambrosía y néctar,
coronas de bacantes en las sienes,
desnudas las espaldas y caderas.

No canto al junco, ni al rosal, ni al lirio,
ni á los insectos que en las flores juegan:
que queden esos versos de tapices
para la musa del galante Selgas.

VII

Criticad la gramática, las formas,
los versos duros, hiatos, sinalefas;
pero dejad en pie mis concepciones,
dejad reverberantes mis ideas!...

Pintad de nuevo mis solemnes pórticos
poned dorados en las rojas piedras;
pero dejadme mis abiertos arcos,
mis columnas fornidas y soberbias!

Se descascaran los estucos, caen
los falsos, las volutas gigantescas;
pero el templo soberbio hasta en sus ruínas,
su arcada inmensa hacia el vacío eleva!



Pedro Nolasco Préndez

PEDRO NOLASCO PRENDEZ

Murió en Santiago en 1907. Autor de varias colecciones le poesías, entre ellas: «Poesías» y «Siluetas de la hisoria.»

Carlos Varas escribía á raíz de su muerte: «Prendez fué, or sobre todo, un espíritu cultivado, un cultor inspirado le la poesía. Fué además un charlador eximio, un converador de buena yerba, un comentador ingenioso de todo o que rodaba junto á él. Era un exquisito sentimental, uno le esos buenos románticos de una edad perdida en que oda palabra de amor es un madrigal y toda convicción n penacho.»

LA QUIMERA

(Escultura de Nicanor Plaza)

¡Salve, Maestro! tu numen tiene la nota eólica.
¡Cuán tumultuosa, cuán formidable tu inspiración!
Dócil el mármol á tu atrevida forma simbólica
quimeras forjas que desesperan á la razón!

¡Qué de pasiones allí se empujan con fuerza mágica!
Febril conjunto de desengaños é idealidad,
la ilusión muestras deslumbradora, con forma trágica,
nunca vencida por los encantos de la verdad.

Es tu Quimera, con sus sorpresas, un grupo armónico:
en ella luchan fe y desengaño, dulzura y hiel:

tiene el encanto, las maravillas del arte jónico,
que has evocado con la pujanza de tu cincel.

Tú profundizas, en el abismo, como un oráculo:
das al martirio del alma humana fulguración;
y con las musas del arte reinas en el cenáculo
y allí te embriagas en una orgía de inspiración.

¡Salve, Maestro! tiene tu numen, como el crepúsculo
savia fecunda y exuberancias de resplandor;
unes al monstruo de ciego instinto de fuerte músculo
la dulce virgen á quien arrullan notas de amor.



Eduardo de la Barra

EDUARDO DE LA BARRA

La obra de Eduardo de la Barra como poeta, filólogo y polemista es considerable. Sus poesías han sido editadas en dos volúmenes, en los que se incluyen sus fábulas y «Contra-Rimas» á «Rimas,» de Ruben Darío; años antes había publicado la casa Garnier un tomo de composiciones varias, premiadas en el certamen abierto por don Federico Varela. Como filólogo citaremos sus versiones de Horacio, sus arreglos del poema del Cid y estudios numerosos de métrica castellana. En sus poesías cortas es de la Barra un poeta subjetivo, sentimental y filósofo, á la manera de Becquer y Heine. Mas, en sus poemas de largo aliento, «Cantos de la Sierra,» «Poemas del Pacífico» burila sus versos con el amor del más austero parnasiano. «La concepción poética—dice en un estudio crítico,—es luz que brota en cerebro inspirado, y, como Minerva, nace armada de punta en blanco.»

Á CUBA

Indica región florida
envuelta en diáfano chal,
que muellemente tendida
pasas la indolente vida
bajo un cielo tropical.

Ardiente nido de amores,
mal oculto entre los mares,
que abanican los palmares
y que zahuman las flores
del bullicioso Almendares;

En ti es más bella la aurora,
más puro y ardiente el sol,
es la brisa más sonora
y el crepúsculo te dora
con más brillante arrebol.

Y tus mujeres preciadas
como tu clima así son:
ardientes y enamoradas,
tienen fuego en las miradas
y fuego en el corazón.

La luna riela en tus mares
y á sus tibios resplandores
saltan perlas á millares,
y suenan vagos rumores
como lejanos cantares.

Y en tus selvas perfumadas,
donde el dulce mango crece,
fantásticas enramadas
con flores entrelazadas
la brisa trémula mece.

Ciñen las selvas gigantes,
las cimbradoras palmeras
y los plátanos sonantes,
tupidas enredaderas
como penachos flotantes.

Y entre las cañas y flores
y en las tranquilas corrientes
como chispas de colores,
mil enjambres diligentes
van y vienen zumbadores.

Y bulliciosas bandadas
de lindas aves pintadas
pueblan el rico tunal,
y las piñas regaladas
y el extenso cafetal.

Junto á la tierna paloma
la pulida garza asoma
á orillas del Yumurí,
y se baña en suave aroma
el brillante colibrí.

En inmensas espirales
vagan las águilas reales
atisbando la culebra,
que entre los verdes nopales
el bronceado cuerpo quiebra.

Y allí el rey de los cantores
el poeta de las flores,
el sinsonte americano
viste de pobres colores
como Plácido su hermano.

Ensayando la habanera
cadenciosas barcarolas,
como el ave va ligera,
jugueteando con las olas
que mueren en la ribera.

Cuba, Cuba encantadora,
de las Antillas señora,
por tu riqueza y beldad,
¿por qué tu suelo no dora
el sol de la libertad?

Y, ¿por qué tus resplandores
al que admira tus primores
le oprimen el corazón?
¡Cuba, tus joyas mejores
joyas de cautiva son!

*

¡Oh Cuba! tus brisas de aromas cargadas
que besan las flores y encrespan el mar,

tus ondas azules de perlas bordadas
en pérfido sueño te arrullan quizá.

Acaso las ondas de diáfana espuma
que ciñen flotando tu talle gentil;
acaso la vaga, fantástica bruma
tus duras cadenas oculten de ti.

Acaso te halaguen con falsos honores,
harapos reales acaso te den.
y en cambio te mandan tus viejos señores
guardianes que talan tu mágico Edén.

¡Oh Cuba! tus campos, de frutos cubiertos,
los cuervos sustentan en regio festín;
tus ricos planteles, tus selvas, tus huertos
le ofrecen á España brillante botín.

Voraz el vampiro te acosa y te asedia,
y hambriento te chupa tu sangre mejor,
y bate sus alas... y Plácido, Heredia,
y mil y mil otros sus víctimas son.

¡Despierta! ¡Cautiva! Tu largo desmayo,
tu loca indolencia te ha sido fatal:
estallen tus iras lo mismo que el rayo,
y sé en tu venganza cubano huracán!

RIMAS

¿Quién es? ¿quién me ha llamado?
¿Quién pronuncia mi nombre en el silencio?
¡Ah! sólo tú, amor mío,
sabes llegar así á mi pensamiento!
Sólo tú me adivinas
sólo tú has comprendido mis anhelos,
sólo tú me respondes,
sólo tú me acaricias desde lejos.
¡Tú sólo, tú, perfume delicioso,
penetras en mi pecho,
y tu sér á mi sér se aúna y funde
cuando vienes á mí!... ¡Dulce misterio!...

. . . .

¿Me llamas? ¿Qué me quieres?
¡Ya estás aquí! ¡Ya tu presencia siento!...
Ven á mis brazos, ven y enamorada
deja rodar en mi hombro tus cabellos:
cuéntame de la ausencia
los pequeños detalles y secretos;
yo te haré mil caricias,
te arrullaré con cadenciosos versos;
yo te diré al oído mis canciones
que tú después me pagarás en besos.
Siéntate en mis rodillas,
reclínate en mi pecho,
y en secreto, á la luz de las estrellas
hasta que venga el alba, conversemos.

EL VASO ROTO

(Sully Prudhomme)

Este vaso en que mueren las verbenas
á un golpe de abanico se trizó;
debió el golpe sutil rozarlo apenas,
pues ni el más leve ruído se sintió.

Mas aquella ligera trizadura,
cundiendo día á día, fué fatal;
su marcha imperceptible fué segura
y lentamente circundó el cristal.

Por allí filtró el agua gota á gota
y las flores sin jugo mueren ya;
nadie el daño impalpable... nadie nota.
¡Por Dios! ¡no lo toquéis, que roto está!

Así suele la mano más querida
con leve toque el corazón trizar,
y el corazón se parte... y ya perdida
ve la verbena de su amor pasar.

Júzgalo intacto el mundo, y él en tanto
la herida fina y honda que no véis,
siente que cunde destilando llanto.
¡Por Dios! ¡que roto está, no lo toquéis!

———

A. WALTER BURTON

Versificación fácil, que se desliza sin esfuerzo: pensamientos filosóficos profundos y verdad, mucha verdad descriptiva.

I

Los ojos llorsosos,
nublados los cielos,
el pecho oprimido,
sacamos al muerto.
Hermanos y amigos
vestidos de negro,
el carro seguían
formando cortejo.

Hermosas coronas,
tributos de duelo,
y floridas cruces
cubrían el féretro.
Posó en la capilla
por breves momentos,
y de allí salimos
marchando en silencio.

Abierta la fosa,
los sepultureros
ya nos aguardaban
firmes en su puesto.
Menuda llovizna

lloraban los cielos,
y al hoyo profundo
bajamos al muerto.

¡Adiós! le dijimos
con trémulo acento.
Sonó la campana
su toque postrero;
luego dos paladas
de tierra cayeron
golpeando la caja
con lúgubre estruendo.

¡Adiós! pobre amigo,
se fueron diciendo
los del duelo, y tristes
desaparecieron.
Quedéme mirando
el lugar desierto,
y exclamé con Becquer,
oprimido el pecho:—
«¡Dios mío, qué solos
»se quedan los muertos!»

II

Salí murmurando
lo que Becquer dijo;
lo que resonaba
dentro de mí mismo:
lo que de los muertos
todos repetimos,
cuando los dejamos
en su último asilo.

Vuelve el polvo al polvo
en constante giro;
pero el alma humana
cumple sus destinos,
y á los cielos se alza
con pujantes bríos:

lo del cielo al cielo
y á la tierra el limo.

«—No al hombre en la tierra,
hermanos, sumimos;
estos son despojos
inertes y fríos;
su sér nos escucha
desde lo infinito.»
Así al sepultarlo
nos dijo el obispo.

El cadáver yerto,
soledad, olvido,
dolores no siente
me dije á mí mismo.
Vuelve el polvo al polvo,
de antiguo está escrito
y el polvo no siente
ni penas, ni frío.

Llegué. De la madre
ví el dolor sombrío;
la hallé inconsolable
oí sus gemidos:
—¡Qué sola me quedo!
¡Qué sola sin mi hijo!
Me dijo llorando,
y de entonces digo:
«¡Qué solos! ¡qué solos!
»¡Se quedan los vivos!

PABLO GARRIGA

AL AMOR

Pura gota de rocío, de los cielos desprendida
sobre el alma que la absorbe cual las hojas del azahar,
blanca estrella que iluminas las tinieblas de la vida
como el faro que entre sombras se refleja sobre el mar;

amor, tierno sentimiento que en el fondo de nuestra alma
hallas plácido un asilo donde oculto florecer,
como el ave que inocente sólo anhela dulce calma
y en el fondo de los bosques va su nido á entretejer.

¿Vives sólo en nuestros pechos como chispa arrebatada
de ese fuego inextinguible, de los mundos ecuador?
¿Brillas sólo en la pupila de la virgen adorada?
¿Sólo impregnas los suspiros del amante soñador?

¡No! Doquiera vives grande, luminoso, omnipotente;
como el sol, doquiera esparces tu divina claridad:
tú desciendes en los rayos de la estrella refulgente,
tú fecundas con tu aliento la sublime inmensidad.

Oceano que en sus ondas sin cesar electrizadas
baña cielos, baña mundos de magnífico esplendor,
y que arrastra en sus corrientes, temblorosas y agitadas,
los efluvios de las almas, los perfumes de la flor.

Tú eres vida, tú eres centro de los seres y los mundos;
tú murmuras en los vientos, en las olas de la mar:
brotan flores en los prados con tus hálitos fecundos,
en los cielos brotan astros de tus alas al soplar:

tú palpitas misterioso de la tierra en las entrañas,
tú respiras en el cráter del volcán aterrador,

tú das formas á los valles, tú das forma á las montañas
que reflejan en su frente de los cielos el fulgor.

Tú dormir haces al lago que retrata en sus cristales
la ancha esfera que tú tiñes de arrebol y de zafir;
tú gemir haces las olas, que entre suaves arenales
se recuestan rumorosas en sus lechos al morir.

Tú las águilas levantas, de la cumbre majestuosa,
á los senos de las nubes encendidas por el sol;
en los aires tú diriges á la vaga mariposa
que volando entre perfumes busca el cáliz de la flor.

Tú eres vida, tú eres alma de los seres y los mundos,
tú murmuras en los vientos y en las olas de la mar,
brotan flores en los prados, son tus hálitos fecundos,
en los cielos brotan astros de tus alas al soplar.

EL ALBA

¿Ves cual lucen á lo lejos tras la cima de los montes
esas nubes que artesonan y abrillantan el azul?
¿Cuál semejan cuando flotan en los claros horizontes
hebras blondas de una virgen, tenues velos de albo tul?

Son los bucles sonrosados que coronan la alba frente
de la aurora que ya asoma su figura virginal
y esas otras que blanquean, como gasa transparente,
son los velos con que ciñe su semblante celestial.

Y mirad en lontananza, cuán tranquilo está el oceano
cómo cantan esas olas, cómo cantan al morir:
cómo brillan extendiéndose hasta el límite lejano,
esas aguas que retratan los espacios de zafir.

Y en el monte y la pradera se refleja una sonrisa,
trina el ave enamorada temblorosa de placer,
y en las aguas y en las flores murmurante y vaga brisa
sopla suave como aliento de la tierra al renacer.

Todo es gozo y armonía. La ancha bóveda se anima
cual se anima la pupila con los rayos del amor:
y en el fondo de los bosques, de los montes en la cima,
nueva vida se derrama con magnífico esplendor.

ALFREDO IRARRAZABAL

Nació en Santiago en 1864. Una de sus primeras producciones fué un canto «A los héroes de Iquique,» publicado en 1885. Tres años más tarde fundó el periódico satírico-político *El Gil Blas*. En las columnas de esta hoja se reveló su talento de poeta satírico, cuya distinción es la fineza de percepción crítica. De esta época datan sus mejores producciones recopiladas en los libros: «Renglones cortos,» «Guitarrazos» y «Alfiieres.»

Redactó durante algunos años el diario *La Tarde*: aun aquí en sus más ardientes polémicas como en sus artículos de fondo, aparece el ironista, pronto á descubrir la menor flaqueza en un estilo fuerte y pictórico.

Desde hace algún tiempo vive alejado del periodismo consagrado por entero á sus trabajos políticos como diputado.

UN EXAMEN DE ARITMETICA

(Cuento de almanaque)

El examinador con toda flema
pone al examinando este problema:

«Tres muchachos glotones
reciben de su padre en las mañanas
mil ochocientos tres melocotones,
setecientos melones,
doscientas brevas y tres mil manzanas;

digame usted, señor, examinando,
¿qué es lo que corresponde á cada uno?»

Quedó reflexionando
en la cuestión numérica el muy tuno
y respondió con aire convincente:
—¡Alguna indigestión seguramente!

———



Ricardo Fernández Montalva

RICARDO FERNANDEZ MONTALVO

La mejor síntesis de su poesía la encuentro en la siguiente estrofa de su propia canción: *Mis versos:* «Perdidas ilusiones son las ruínas—que se alzan en mi pecho...—Cuando el recuerdo á removerlas viene—brotan, de ella, mis versos.» Por la pasión siempre latente que hace revivir este recuerdo de amores perdidos, de vagos ideales, como así por la forma sencilla y fuerte de sus estrofas, se dijera que Ricardo Fernández fué el último de nuestros románticos precursor de los nuevos cantores de hoy. Autor de «Nocturnos,» algunos dramas y cuentos en prosa.

Murió en 1899.

NUEVA MAGDALENA

La frente obscura, la mirada incierta,
un día vino triste, arrepentida,
y de mi corazón llamó á la puerta
con las últimas fuerzas de la vida.

Era una flor que el huracán sombrío
rompió siniestro en su primera aurora,
y que, temblando de pasión y frío,
buscaba alguna luz consoladora.

Le abrí mi corazón, y en los despojos
de mis dulces y muertas ilusiones,
buscó por largo tiempo con los ojos
del amor que le tuve los girones.

—De aquellos felicísimos instantes,
nada conservas hoy—clamó afanosa,
y húmedos ví sus ojos suplicantes
entornarse, cual pétalos de rosa.

Era su voz como el amante arrullo
de la paloma en el desierto nido,
como ese tenue, soñador murmullo
de un arroyo en los bosques escondido.

—Murió—le dije,—con mi amor risueño
toda la luz que nuestro sér encierra.
Ya desperté del misterioso sueño
con que se entra á la vida de la tierra.

Todo lo puse un día en la barquilla
de unos amores tiernos, bendecidos,
y tú sabes que lejos de la orilla
sopló la tempestad de los olvidos!...—

Quedó un instante muda, pensativa,
cual bajo el peso cruel de un pensamiento,
y luego levantó la frente altiva
con mezcla de valor y desaliento.

Una lágrima entonces, de sus ojos
resbaló como perla cristalina.
—¡Si supieras!—me dijo,—tus enojos
son agudo puñal que me asesina!

Yo daría mi vida toda entera
por borrar mi pasado, y nuevamente,
con el fulgor de tu ilusión primera,
ver alumbrada tu serena frente!

Por ese Dios que en el Calvario un día
murió de amor por redimir los seres,
yo te juro que es mucha mi agonía:
soy la más infeliz de las mujeres!

Yo fuí por la ambición arrebatada
á la cumbre de anhelos infinitos,

y he sido de repente despertada
de mi negra conciencia por los gritos!

—Soy joven todavía y ya mi pecho
es tumba de gusanos roedores...
Está mi pobre corazón deshecho
y no miro en mi cielo resplandores!...

Yo tengo á tu perdón derecho santo,
pues, sin tu amor, que relegué al olvido,
no vertería, como yerto, el llanto
de un corazón por la conciencia herido!

No hay en la vida más fatal destino,
ni tormento más cruel y envenenado,
que hallar á cada paso en el camino
las huellas de un amor que fué burlado.

¡Cuánto me duele haber, indiferente,
desoído tu ciega idolatría!
Por borrar esta mancha de mi frente
todo el dolor del mundo sufriría!

Si tú no tienes corazón de roca,
perdona á esta mujer, mujer precita,
que en todo aquello que su mano toca
la maldición del cielo deja escrita!...—

Su cabellera suelta, le caía
por el cuello de nieve, destrenzada,
y de sus ojos límpidos, nacía
como rayo de fuego la mirada!

Había en su actitud altiva y grave,
en su mirar amante y confundido,
la candorosa timidez del ave
y el orgullo del león, jamás vencido!

Ya lucía en sus labios la sonrisa,
ya se inclinaba con mortal desmayo,
ya era una flor mecida por la brisa,
ya la alta cumbre dó se forja el rayo!

Era una diosa del Olimpo griego
que, arrojada del templo de los dioses,
mezclaba, con lo humilde de su ruego,
el tono imperativo de sus voces!

Mi mano le tendí... su tibio aliento
rozó mi cutis como beso blando...
—Perdón—me dijo,—con humilde acento...
y la estreché en mis brazos exclamando:

«—Tu tierno ruego mi vigor quebranta
¡oh, nueva Magdalena arrepentida!
Pues tu alma todavía es pura y santa,
á la vez que el perdón, te doy la vida!»

CUERDAS ROTAS

En el alegre festín
todos olvidan su afán;
mas no cantará don Juan
en su dulce bandolín
los amores de un galán.

Voluptuoso fuego inflama
el pecho de las hermosas;
mas él no escucha á su dama
que, amorosa, le reclama
para ceñirlo de rosas!

De su canto el embeleso
la encendida mente arroba;
mas, don Juan no tendrá el beso
que, en voluptuoso exceso,
fuera premio de su trova.

¿Qué le importa el galardón
y de su dama el cariño,
si perdió su corazón
las flores de la ilusión
con que jugó cuando niño.

¡Si ya no puede la calma
ni el descanso recobrar,
ni le es posible cantar
esas canciones del alma
que nacen en el hogar!

Dejad que sufra hasta el fin
sus amarguras, don Juan;
que, en el alegre festín,
rotas las cuerdas están
de su dulce bandolín.

ÁLBUM

Entre copihues y entre claveles
te dieron cuna las dulces hadas,
dueñas del sueño, de las miradas
y de los labios que brotan mieles.

Hay invisibles, castos laureles
de tus cabellos, en las cascadas,
y miles de almas arrodilladas
culto de amores te rinden fieles.

Tu poderío mi mente agobia
y si contemplo tus galas bellas
sueño con diosas y con altares;

Que tú eres una tímida novia
que cruza un cielo lleno de estrellas
desparramando sus azahares.

GUSTAVO VALLEDOR SANCHEZ

FRINÉ

«—Oh dignos magistrados. Oíd. Voz injuriosa
contra Jove conspira.
No es de una virgen pura, ni de una honrada esposa,
ni de santa hetaíra.

Es voz de cortesana, de una mujer que infama;
que vierte en sus placeres
la mirra y el alóe para el mancebo que ama.
Y es indigna de Ceres.

Vosotros, del Areópago, severos magistrados
designadle su suerte.
Sus crímenes son públicos, y los ritos sagrados
la condenan á muerte!»

. . . .

Tímida, más tranquila se muestra la culpable,
Friné la cortesana,
hermosa con sus labios de flor, y su admirable
perfil de soberana.

Hispérides famoso defiende su inocencia.
El, sabio entre los sabios
ama á Friné en secreto... Y brota la elocuencia
de sus divinos labios.

Habla de las calumnias que dejan siempre huella,
voces que al cielo gritan,

y que á Friné persiguen porque es amada y bella...
y los jueces meditan.

Y entonce, en un instante, digno de un Dios Heleno,
el peplo de la hermosa
alza, y la muestra á todos con su desnudo seno
como una joven diosa...

Y cual si apareciera la Venus de Citeres
en su inmortal grandeza,
los jueces se doblegan. Y triunfan los placeres,
la Gracia y la Belleza!

JUVENTUD

Oh juventud divina, tú eres un sueño de hadas!
tú eres la vara mágica de la ilusión primera,
bacante que te adornas de rosas perfumadas,
y llenas el ambiente de olor de Primavera.

En ti toman palabras y ritmo las miradas.
En ti el lenguaje es himno. La creación entera
canta en sublimes notas tus dichas no esperadas,
y la Verdad te mira con rostro de Quimera.

Aun tu dolor es bello, tu decepción poética;
lo que es más tarde angustia sólo es en ti tristeza...

Tú tienes como el vino dulzores y veneno
cuando una joven pasa como visión profética,
trayendo los ensueños de amor y de belleza,
y deja su perfume de virgen en tu seno.

POE

En su palacio de marfil indiano,
(es en los viejos días de Judea,)
tristes canciones en el arpa hebrea
toca un poeta rey, un rey anciano.

El pueblo va á adorar al soberano
que nuevos ritmos decadentes crea,

y cuando vibra el arpa á cada idea
se oye un canto celeste y sobrehumano.

David murió, y en la Sión impía
ya la voz de los salmos se ha extinguido...
mas de esa extraña y muerta poesía

nació el alma de Poe... Y se han dormido
del Missisippi en la ribera fría
los dolorosos cantos del Ungido.

———



Pedro Antonio González

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

Autor de un libro lírico «Ritmos» y de varios poemas: «El Toqui,» «El proscripto» (especie de autobiografía,) «La Razón y el Dogma,» «París y Roma.» Entre sus colecciones de versos aun inéditas, sobresalen «Nuevos ritmos» y «Asteroides.» En el Almanaque Sud-Americano para 1897 escribía Marcial Cabrera Guerra, amigo íntimo del poeta: «Ha sido penosa su ascensión á las cimas del arte. No es que le faltaran bríos, ni que careciera de alas para llegar á la cumbre, sino que lo asfixiaba la atmósfera enrarecida y glacial que en esta tierra de Chile, más que en cualquiera otra de la patria americana, compenetra las regiones intelectuales. Modesto, retraído, casi huraño, buriló en el silencio de su mesa de trabajo sus versos armoniosos, que quedaban allí palpitantes, llenos de fuego, desbordantes de luz y de movimiento, pero condenados á monstruoso encierro... Fué en uno de esos efímeros centros literarios de mozos de quince años donde yo le conocí, y trabé con él esta larga amistad fraternal que nos une. Y abusando alegremente de ella, cometí el hurto de sus versos, los llevé á los diarios, y le traje el eco ruidoso de los aplausos con que fueron recibidos... El futuro autor de «Ritmos» se reveló entonces, en la amplitud de su genial característica: poeta de miras universales y altas, desdeñador de las fórmulas consagradas de la poesía rutinaria, buscador de rumbos nuevos hacia los horizontes luminosos que atraían su briosa fantasía.»

DANTESCA

I

¡Dante! ¡Legión inmensa!
¡Los millones de alfanjes de su acento
—que las divinas cóleras condensa,—
cruzan como relámpagos el viento!
¡Son fulgurantes hachas
forjadas en el Etna ó el Vesubio
bajo todas las rachas
de todos los ciclones del Diluvio!
¡Dante! Los viejos astros
que alumbran el misterio del planeta,
saludan desde su órbita los rastros
de su gran cabellera de cometa!
¡Sus versos se levantan
en soberbio derroche,
como águilas que rugen y que cantan
encima de la noche!
¡Clarines de Dios mismo,
sus versos iracundos
truenan sobre el abismo
allá en las soledades de los mundos!

II

¡Oh, la margen serena
de la límpida fuente de Castalia,
donde vierte la hiel de su honda pena
delante de los vértigos de Italia!
¡Oh, la «Selva sombría»
de la montaña verde
donde bajo la luz del claro día
como en un vasto Dédalo se pierde!
¡Oh, la mística yedra
que despliega su cúpula sin nombre!
¡Oh, la quietud de piedra
donde comienza Dios y acaba el hombre!
¡Oh, las mudas congojas!
¡Oh, los obscuros miasmas!

¡Oh, las espumas rojas
de los Monstruos Fantasmas!
¡Oh, la luz del idilio!
¡Oh, la luz con que alumbra
la antorcha de Virgilio
la fúnebre penumbra!
Es la luz de las raudas alas de oro
con que ensaya Beatriz su primer vuelo
sobre la inmensa tempestad del coro
de los solemnes órganos del cielo.

III

¡Dante! Ni las Sibilas—desde el Túsculo,—
ni los pálidos Druidas—desde el Elba,—
vieron brillar jamás el gran crepúsculo
del profundo horizonte de su Selva.
¡La inmensidad tranquila
de los soles dispersos
dibuja en el cristal de su pupila
miriadas de miriadas de Universos!

IV

Aléjase del limbo
de la enorme montaña.
Lleva la Primavera como nimbo.
Virgilio lo acompaña.
Los dos descienden solos,
de topacio en topacio,
debajo del misterio de los polos
del eje de zafiros del espacio.
Y cruzan pavorosos firmamentos
donde la sombra con la luz batalla,
en medio del silencio de los vientos
de una gran tempestad que rueda y calla.
Y dialogan y vuelan
por arcanos profundos
donde náufragos rielan
cadáveres de soles y de mundos.
Y ambos penetran luego
por la cárdena boca

de anchas lenguas de fuego
de una siniestra y formidable roca.

V

¡Oh los nueve gigantes caracoles
de la sangrienta pira
de la extraña columna de crisoles
que allá en los antros del Infierno gira!
¡Oh la espantosa base
del fulgurante electro
que á los «Abismos» «Satanás» les hace
con sus alas fantásticas de espectro!
¡Oh, la lóbrega noche de su limen!
¡Oh, la ardiente mazmorra
donde el pálido crimen
sú torpe infamia para siempre borra!
¡Oh, los inmensos focos!
¡Oh, los largos caminos!
¡Oh, los vértigos locos!
de los inacabables torbellinos!
¡Oh, las treguas y calmas
que invoca la blasfemia tras el ruego!
¡Oh, la eterna carrera de las almas
bajo el diluvio de un ciclón de fuego!
¡Oh, los negros afanes!
¡Oh, los profundos ayes subterráneos!
¡Oh, los rojos volcanes
que estallan bajo el arco de los cráneos!

VI

¡Dante! Su colosal deslumbramiento
carece de riberas:
sube de firmamento en firmamento,
de esferas en esferas:
sube de cataclismo en cataclismo,
y de escombro en escombro,
y de abismo en abismo,
y de asombro en asombro!
Su colosal deslumbramiento sube

más allá de los altos luminares
en alas de la nube
de una pena más honda que los mares.

VII

¡Oh, la voz del idilio!
¡Oh, la voz con que calma
el alma de Virgilio
la nostalgia recóndita de su alma!
¡Oh, los ósculos frescos
con que sobre la roca
de los lívidos antros gigantescos
besa el céfiro azul su frente loca!
¡Oh, los alegres giros
del espacio sonoro!
¡Oh, los claros zafiros
de las inmensas lejanías de oro!

VIII

Trepan los dos viajeros
á la cumbre de un monte,
por una gradería de luceros
que se pierde en el pálido horizonte.
Ascienden tras su blanco simulacro
las místicas escalas
bajo el silencio sacro
del gran recogimiento de sus alas.
Atraviesan la meta
del pórtico de nácar del Oriente.
Se alejan del planeta
con un arco de estrellas en la frente.

IX

¡Oh, los siete sublimes caracoles
de la brillante pira
que como una explosión de siete soles
en el cénit del «Purgatorio» gira!
¡Oh, los remordimientos
con que evocan la Tierra

los arrepentimientos
que abren las puertas que la culpa cierra!
¡Oh, los raudos Jordanes
con que apagan los ojos
el foco abrasador de los volcanes
que alimenta el dolor con sus abrojos!
¡Oh, las velas del barco
que boga en lontananza
bajo la luz del arco
del iris de la alianza!
¡Oh, los rítmicos vuelos
de las almas inquietas
hacia los siete cielos
de los siete planetas!
¡Oh, las estrepitosas avalanchas
de sus cándidas alas de paloma,
ya limpias de las manchas
de los cien tabernáculos de Roma!

X

Siguen los dos viajeros melancólicos
por el éter opaco;
cruzan los archipiélagos eólicos
de las constelaciones del zodiaco.
Vuelan como dos pálidos querubes,
al compás de dos cítaras sonoras,
sobre las blancas nubes,
y bajo dos magníficas auroras!
Las siluetas enormes
con que cubren su larga y ancha meta
parecen las dos alas uniformes
de un águila más grande que un cometa.

XI

¡Oh, la dulce ternura
con que al fin de su vuelo
se despiden los dos allá en la altura
ante el místico pórtico del cielo!
¡Oh, las inmensidades
sin órbita y sin polo

cuyas profundidades
cruza Virgilio, que se torna solo!

XII

¡Dante! Por sus oídos
pasa un viento sedeño
cuajado de recuerdos y de olvidos
que flotan en la bruma de un ensueño.
Desciende columpiándose en sus ondas
al compás de una lira de alabastro,
un ángel de alas blondas
bajo el nimbo de un astro.
Es Beatriz. Es la amada virgen pálida
que él vió cruzar un día por el suelo
como la melancólica crisálida
del más hermoso querubín del cielo!

XIII

¡Oh, las siete armonías
de las siete parábolas iguales
que trazan—como siete pedrerías,—
los siete firmamentos colosales!
¡Oh, las cadencias de los siete vuelos
con que en las alas de Beatriz recorre
las siete escalas de los siete cielos
que se alzan en la luz como una torre.
¡Oh, la aurora que brota de los ortos
del ardiente incensario cristalino
que baten los arcángeles absortos
delante del gran «Triángulo» divino.
¡Oh, la constelación de los altares!
¡Oh, los órganos de oro!
¡Oh, la diáfana voz de los cantares
de las once mil vírgenes del coro!
¡Oh, los arrobamientos
con que asisten las almas eucarísticas
á los florecimientos
de las eternas primaveras místicas.

XIV

¡Dante! No existe nada más sublime
que la enorme grandeza
con que abruma y oprime
el «Triángulo» divino su cabeza!
La Tierra con su espíritu recorre.
Ve sus montes mayúsculos
juntos no igualan la soberbia torre
de los siete crepúsculos!

XV

Le da Beatriz su bendición. Lo deja
al umbral de los siete paraísos,
y en medio de un relámpago se aleja,
desplegando sus alas y sus rizos.
Se pierde allá en la altura
de la atmósfera diáfana y sonora
en una esfumatura
de lágrimas de aurora!

XVI

El parte bajo el sol. Vuela sereno.
Arrastra sin desmayo
como escabel el trueno,
como dosel el rayo!
¡La eterna inmensidad donde se mueve
lo ciñe con los soles que él le arranca!
¡Sus alas son dos ampos de la nieve
que lleva Dios sobre su barba blanca!

LAS ONDINAS

I

La Luna á lo lejos se quiebra en la falda
tal cual una perla sobre una esmeralda.
Vestidas de espuma las castas ondinas
cantando abandonan sus grutas marinas.

Sus grutas marinas que argenta y que dora
la luz de una extraña, fantástica aurora.
Sus muros de nácar se envían reflejos
como rutilantes, bruñidos espejos.
Las estalactitas de sus columnatas
pregonan el triunfo de sus escarlatas.
Su musgo se hiende tal cual una alfombra
en que se desmayan la luz y la sombra.
Las castas ondinas modulan compases,
batiendo sus bucles de undívagos haces.
Su veste impregnada de rica ambrosía
deslumbra y arroba con su pedrería.
Parece que danzan al són de sus trovas
las trémulas algas, las trémulas ovas.
Las castas ondinas, dejando sus tálamos,
ensayan en coro sus mágicos cálamos.
Saludan en ellos á la Primavera
que espléndida gira por toda la esfera.
Sus trovas divinas van una tras una
como almas de alondras en pos de la Luna!...

II

¡Hossanna, oh rosada, gentil Primavera,
que en tu hálito traes la vida á los seres!
Tú cambias el éter en una pradera
con tus amarantos y tus rosicleres.

Por ti, bella reina de las estaciones,
delante del áurea y errática duna,
al lánguido ritmo de nuestras canciones
nos mecen los golfos en su media luna.

Por ti, allá en la aurora, por ti allá en la tarde,
la nube del bosque de sándalo y nópalo,
al fúlgido rayo del fuego con que arde,
nos orla con nimbos de púrpura y ópalo.

Tú esparces en torno, Viajera celeste,
las hebras de plata con que recamamos
los pliegues del alba y undívaga veste
que al céfiro alado por ti desplegamos.

Nosotras amamos los pálidos manes
de las caravanas que el piélago eterno
ve hundirse á los golpes de los huracanes
que contra su ruta desata el Invierno.

El lóbrego Invierno con sus tenebrarios
apaga los faros de los promontorios,
y todos los iris que allá en los estuarios
enciende el enjambre de los Infusorios.

El es el caudillo del agria cohorte
de las cataratas y los arrecifes.
El hunde en los antros las quillas sin norte
de los solitarios y errantes esquifes.

Nosotras al ritmo de lánguidas flautas
y sobre las alas de los huracanes,
llevamos los manes de todos los nautas
al mágico alcázar de los Ejipanes.

Su mágico alcázar se eleva en los flancos
de un terso y esbelto peñón submarino.
Lo alzaron en vagos crepúsculos blancos
los pólipos todos con su arte divino.

Sus altas columnas de rojos corales
se apoyan abajo sobre áureos cimientos.
Y arriba sustentan bruñidos cristales
que irradian los lampos de los firmamentos.

Su trono de amianto despliega doseles
de flámulas que arden cual los carmesíes;
y quiebra en el nácar de sus escabeles
el haz de sus perlas y de sus rubíes.

El haz de sus perlas esparce las huellas
con que ante las vetas que cuajan diamantes
argentan las blancas, lejanas estrellas
sus limpios Orientes allá en sus Levantes.

Y su haz de rubíes estalla y alumbra,
orlando al contacto de sus arreboles

la trémula niebla, la vaga penumbra,
con ortos de Lunas y puestas de soles.

Los manes evocan allá en su beleño
la erótica virgen de eróticos opios
que tras de los prismas de su último ensueño
cruzó allá en la Tierra sus caleidóscopios.

Y plañen entonces las trágicas notas
de un desconocido y exótico canto
que se hunde en las vagas distancias remotas
dejando las hondas estelas del llanto!

III

¡Oh Tú, misterioso, divino Monarca de los Ejipanes
que todo lo puedes detrás de la noche del piélago lóbrego!
¡Escucha las voces que á un tiempo te alzamos los pálidos [Manes]
que juntos regamos tu mágico alcázar con llanto salóbrego!

El brillo del nácar que en su amplio recinto tu alcázar [encierra]
ni ahora ni nunca podrá con sus iris llegar á empañarnos
la imágen ardiente de la hospitalaria y erótica Tierra
que sobre las alas de todos los sueños acude á besarnos.

Las irradiaciones que trémulas brotan de la pedrería
que argenta la niebla de que tus vasallos formaron tu velo
no tienen el fuego del ósculo de oro con que el Mediodía
desposa á la Tierra con el luminoso Monarca del cielo.

¡Nosotros amamos la Tierra lejana! Su imagen ardiente
va en pós de nosotros como una inefable y alada quimera.
¡Va en pos de nosotros nimbada del alba del último Oriente
que hirió nuestros ojos al darle la santa mirada postrera!

¡Qué azul que fué el alba del último Oriente que al fin [contemplamos]
El Sol—Rey de Reyes,—se irguió entre las nubes en medio [del coro]

que unísono al éter, de pie en nuestra popa, nosotros le [alzamos]
debajo del vasto diluvio de rosas de su ánfora de oro!

¡Qué azul que fué el alba del último Oriente que hirió la [ribera!]
¡El mar parecía debajo del palio del Dios de la aurora
la enorme llanura, la selva sin linde, la inmensa pradera
de una gigantesca, multimatizada, fantástica flora!

Nosotros, cantando, tendimos al viento las velas latinas,
y el viento nos trajo los ritmos que á un tiempo las olas [ensayan]
detrás de las rocas que en fila decoran como aras marinas
las playas remotas en donde la Luna y el Sol se desmayan.

Mas, ¡ay! De improviso se hicieron las sombras allá en el [Ocaso.]
Graznaron los roncos y lóbregos cuervos allá en lontananza.
Y atónitos vimos rodar hecho astillas—pedazo á pedazo,—
el árbol divino de nuestra florida, suprema esperanza.

Y náufragos todos en las soledades sin luz ni equilibrio
del piélago insano que alzaba y hundía sus montes de es- [puma,]
también fuimos todos el desventurado, salvaje ludibrio
del rayo y el trueno, la sirte y el Bóreas, el agua y la [bruma.]

Y vimos entonces flotar nuestros cuerpos—ya todos sin [vida.—]
Los cuerpos que un tiempo ligó á nuestros Manes un ínti- [mo lazo.]
Los cuerpos que un tiempo colmó de deleites la virgen [querida]
que á solas nos daba detrás del misterio su cálido abrazo

Las castas Ondinas, ¡oh excelso Monarca de los Ejipanes
al fin se apiadaron de nuestra nefasta, misérrima suerte
Y nos condujeron á tu ínclito alcázar en los huracanes,
cruzando el sendero que bajo la noche transita la muerte

Las castas Ondinas, ¡oh excelso Monarca del mar cris-
[talino,]
son dignas princesas de tu ínclito alcázar! ¡Hossanna por
[ellas!]
¡Parece que fueran las cándidas hijas de un genio divino,
ó de las espumas, ó de las auroras, ó de las estrellas!

Mas, ¡ay! No podemos nosotros amarlas porque ellas son
[seres]
que se desvanecen cuando uno las palpa, cuando uno las
[toca.]
No tienen el fuego del beso vibrante que dan las mujeres
que ponen la gloria de todas las mieles en su húmeda boca.

¡Al fin á la Tierra devuélvenos pronto, sublime Monarca!
¡La virgen amada ya espera y aguarda tal vez pensativa
el dulce retorno de nuestra soberbia y espléndida barca
al puerto lejano de nuestra adorada ribera nativa!

¡La virgen amada! ¡Las castas Ondinas nos traigan sus
[cálamos!]
Y te cantaremos en tu ínclito alcázar las mágicas trovas
de los paraísos que sobre la Tierra y allá en nuestros tá-
[lamos]
florecen al beso que turba el silencio de nuestras alcobas!

¡La virgen amada! ¡La vista se embriaga, la vista se
[embebe]
cuando uno contempla—detrás del misterio fantástico y
[mudo,—]
las tintas de rosa que bañan apenas la ebúrnica nieve
con que resplandece su busto estatuario, su cuerpo desnudo!

Nosotros amamos sus formas mortales, sus formas te-
[rrenas.]
Su solo contacto nos ritma los nervios como una caricia.
Su solo contacto como una caricia nos ritma las venas.
¡Y cual su contacto no existe en tu alcázar ninguna delicia!

TÚ

¡Virgen núbil! Tu talle
es gentil como el lirio del valle

donde bate la niebla su undívago tul.
Tus cabellos son rubios
como el alba que impregna de efluvios
los lejanos paisajes del éter azul.

Tu pupila, á lo lejos,
desparrama los dulces reflejos
con que argenta la Luna la noche estival.
Tu mejilla escultúrea
desparrama la tinta purpúrea
de los besos del sol á la nube auroral.

Tu garganta gorjea
con el són de la cítara hebrea
que alboroza los coros de Sión con su voz.
Tu garganta suspira
con el són de la mística lira
del hossanna celeste del ángel á Dios.

Tu alma ardiente y absorta
arrebata y embriaga y transporta
con su esencia de rosa, jazmín y azahar.
Bajo el sól no la iguala
ni la cándida nieve del ala
con que riza la espuma la garza polar.

¡Virgen núbil! Tú sueñas
con fugaces visiones risueñas
que destilan su miel en tu espíritu en flor.
Coronada de un astro
vas en pos del sitial de alabastro
que en su regio palacio te brinda el amor!

LA TRINITARIA

La pálida Trinitaria
turbada y trémula gira
en su celda solitaria
á la luz crepuscularia
de la tarde que ya expira.
Ve su lecho de madera
en un ángulo sombrío.

Ve que tras la luz postrera,
él en la noche la espera
siempre mudo, siempre frío!
Y se queda pensativa
ante Lirio, que ya sube,
ante Lirio que allá arriba
como una lágrima viva
titila tras de una nube!
Piensa que ella fué una palma
más esbelta que ninguna.
Piensa que ella soñó en calma
unir su alma con otra alma,
como dos rayos de luna.
Piensa que oyó entre las frondas
el «Cantar de los Cantares,»
mientras el aura en sus ondas
bañaba sus hebras blondas
con un fresco olor de azahares.
Unos bárbaros sayones
la victimaron con dolo.
¡Si ella, bajo sus crespones,
tuviera cien corazones
para maldecirlos solo!
Se esfumó como quimera
su esperanza dulce y cara.
Alzóse allá en la pradera
de su ardiente Primavera,
en vez del tálamo, el ara!
Su mente vaga insegura
como la ola que en vano
se detiene y se apresura
para oir la voz obscura
del alma del oceano.
Su mente de virgen sueña
una visión que la hiere.
Su cabellera sedeña
flota como extraña enseña
bajo la tarde que muere.
Abraza sus garzos ojos
la llama que en ellos arde.
En vano cae de hinojos
poniendo en sus labios rojos

el «Angelus» de la tarde.
El «Angelus» se resiste
á musitar en su boca
que ante un Cristo mudo y triste
contra Dios y cuanto existe
lanza una blasfemia loca.
Ella ante Dios no responde
de la injuria que le arranca
el hondo infierno que esconde.
¡Que su alma Dios mismo sonde
y El verá que su alma es blanca!
Su errático pensamiento
melancólico se asoma
hacia un mundo soñoliento
que esparce no sé qué acento,
que esparce no sé qué aroma.
La brisa de alas veloces,
meciendo sus blondos rizos,
le habla con lánguidas voces
de desconocidos goces
é ignorados paraísos.
No hay en el claustro una cosa
que el pecho no le taladre.
¡Es su sueño de oro y rosa
acostarse siendo esposa,
levantarse siendo madre!

MARCIAL CABRERA GUERRA

FUGITIVA

I

Mal que pese á tu suerte, querubín coquetuelo,
al cruzar por mi páramo te he atrapado en tu vuelo
y cautiva de un día en mi cárcel serás;
porque así te deseaba ¡oh mujer sensitiva!
tan fugaz como ardiente, tan gentil como esquiva,
que risueña te brindas y al punto te vas.

II

Porque así tú me traes el querer que yo quiero:
la pasión violentísima, no el amor majadero
que ni enciende la sangre ni enloquece la sién.
Todo fuego y relámpago. Hoy ardor, después frío.
¡Ay! si llega el bostezo del spleen y el hastío
y aparece el arcángel á cercar el Edén.

III

Para amarnos un rato en la dulce mentira
que tus nervios se afinen como cuerdas de lira,
que se espasme tu espíritu en el goce mayor.
Y que no haya ni mundo, ni deber, ni mañana,
cuando pongas—cual nunca virginal y mundana,—
en mis labios tu beso y en mi pecho tu amor!

IMPRECISA

Me has impuesto silencio con el dedo en el labio,
y aquí estoy vacilante sin saber con qué agravio
rocé ayer inconsciente tu pudor juvenil,
siendo, amiga, ya el tiempo de que labres tu ensueño
y que sienta tu carne el sabroso y zahereño
saetazo de Eros y su filtro sutil.

¿Por qué, entonces, primero tu soñar no me abriste
para ver si, en lo íntimo, es alegre ó es triste
el hechizo atrayente que se irradia en tu sér,
y que tiene á mis ojos suavidad de paloma,
y en el cual yo presiento la pureza de aroma
de un capullo, de un brote, de un botón de mujer!

Yo bien sé que en tu espíritu vibran núbiles ansias,
que conservas intactas las radiosas fragancias
de tu alegre y sonriente juventud virginal;
mas temí que faltase para tu ansia secreta
el intérprete amable, el artista ó poeta
que traduzca en su pauta tu odisea triunfal!

Mas si nada te falta; si ya tu alma concerta
con otra alma gemela, sensitiva y despierta,
el acorde dulcísimo del preludio de amor,
no consiento que turben el unísono hermoso,
con su llanto la queja ni con su ¡ay! el sollozo
y á beber los condeno de su propio amargor!



Samuel A Lillo

SAMUEL A. LILLO

Ha publicado «Poesías,» 1900; «Antes y hoy,» poema, 1905 y en 1908 «Canciones de Arauco.» «Samuel A. Lillo es en la exigua caravana artística de hoy el poeta que aparece con una más definida personalidad; su silueta literaria tiene rasgos acabados, mejor dicho, definitivos. En esta larga busca de la personalidad, puede decirse que Lillo se ha encontrado á sí mismo, ha recorrido su senda, y es por eso que su visión poética aparece ante nosotros libre de vacilaciones y de tanteos. En medio de la febril inquietud que sacude el espíritu de nuestros artistas, en medio de esa insólita exaltación que los sacude intensamente, dando lugar en su obra á bruscas transiciones, Lillo aparece como un sereno artífice que, sin desasosiegos ni inquietudes, esculpe en el acabado molde de sus estrofas la serena visión que tiene de la vida.» Así juzgaba su personalidad de poeta Rafael Maluenda, uno de los más aventajados escritores jóvenes de Chile.

EL ARPONERO

Cual fieras en acecho, cautelosos
se acercaron los barcos
movidos por remeros vigorosos;
y poco á poco fueron estrechando
el cerco y avanzó primero
la barca que llevaba el Arponero.

Iba el mozo de pie sobre la prora
en la diestra un arpón, y en la cintura,
un hacha brilladora;

un semidiós de bronce parecía
su cuerpo de viril musculatura,
forjado al yunque de combates cruentos,
con los monstruos, las olas, y los vientos,
las bandas de las rápidas toninas
que atraviesan, rodando
como discos de plata, las marinas
ondas, y los fornidos cachalotes
que apartan de su rumbo las neblinas,
conocían su arrojo y su pujanza,
los formidables botes
de su arpón y su lanza.

Inmóvil, la ballena entre la bruma
semejaba un peñón de negra cima
que el mar bañaba con su blanca espuma.
De pronto, resoplando,
arrojó dos violentos surtidores,
dos caños espumosos que subieron
para caer, después de breve instante,
trocados en dos arcos de colores,
sobre el enorme torso del gigante.

Y la barca atrevida
se acercó lentamente,
quietos, quedaron todos, aguardando
la recia acometida.
Un pie puso en la borda el Arponero
y echándose hacia atrás, con la cabeza
erguida y con los ojos
de halcón de mar clavados en su presa,
como si fuera un medioeval guerrero
que arrojara un venablo,
su brazo poderoso
lanzó el hierro fatal contra el coloso.

Fué el golpe tan seguro
que se clavó el arpón sobre el costado
como queda la estaca sobre el muro.
Al sentirse tocado,
dió el bruto en la explosión de su coraje
un salto formidable de repente,

como el potro salvaje
que el acicate en los ijares siente.
Giró sobre sí mismo,
buscando al enemigo que lo hería;
se detuvo, y de súbito,
presa de un espantoso paroxismo,
replegó sus aletas temblorosas
y se hundió resoplando en el abismo.

La cuerda del arpón se desenvuelve,
siguiéndolo en su marcha hacia la hondura;
y el Arponero con el hacha en lo alto,
sereno, pero pálido el semblante,
fija la vista abajo,
aguarda por segundos el instante
en que la cuerda dé su última vuelta
para cortarla al fin de un solo tajo.

¡Qué suspiro de alivio
dejaron escapar los pescadores
cuando vieron que el monstruo ya subía,
arrojando los blancos surtidores
que brillaban al sol del mediodía!

La cuerda púsose otra vez tirante
y, arrastrando con él al barquichuelo,
el cetáceo lanzóse hacia adelante.
Empezó entonce una veloz carrera
tan fantástica y rara,
que el barco, resbalando, parecía
sobre el mar agitado,
el carro de Neptuno que arrastrara
un caballo marino desbocado.

Recogidos los remos, los remeros
apoyados en ellos, contemplaban
la carrera sin fin de la ballena,
luchando entre esperanzas y temores,
como un grupo de recios gladiadores
que fueran conducidos á la arena.

Así pasaron una y otra hora

sin que el monstruo cejara ni un momento;
en tanto que allá atrás las otras barcas
quedábanse perdidas
con su velamen desplegado al viento.

De improviso, el cetáceo se detuvo
al fin de su larguísima carrera,
y, arrollando la cuerda, lentamente,
en silencio avanzó la ballenera.
El hombre del timón y solamente
dos fornidos remeros se quedaron
para evitar los saltos del coloso;
iba á empezar la épica tarea;
el arponero y los demás tomaron
las afiladas lanzas de pelea.

Al primer golpe del agudo acero,
agitóse la bestia enfurecida,
batiendo el mar en torno
al sentir el dolor de la honda herida.
A cada choque de su enhiesta cola
alzábase una ola
que en montañas de espuma se rompía,
hirvientes torbellinos
reventaban en torno de la barca.
Parecía un combate sobrehumano
de dos monstruos marinos
que subían del fondo del oceano.

Cuatro dardos clavados
lleva el cetáceo, y cuatro rojas fuentes
bajan por sus costados,
enrojeciendo el mar con sus corrientes.

Resuelto el arponero
á dar fin á la lid, se precipita
al vórtice rugiente en que ya ciega
la bestia de ira y de dolor se agita.
Y, maniobrando osadamente, llega
casi á tocar con la barquilla el lomo
que, á intervalos, se pierde en el sudario
de espuma que lo baña,

y en el sitio buscando, hunde con saña
su lanza el arponero temerario.

A la voz del piloto,
como nave que evita una rompiente,
la barca retrocede de repente.
Dóblanse sobre el remo los remeros
y el vigor de sus brazos
casi libres los lleva;
mas luego un coletazo formidable,
como un débil cristal, rota en pedazos
á la chalupa por el aire eleva.

Entretanto el cetáceo moribundo,
destrozados sus órganos vitales,
en las ansias mortales
que acusan los postreros estertores,
como una tromba, lanza hacia lo alto
gruesa columna roja,
y los pálidos rostros de los náufragos
con el diluvio de su sangre moja.

Al arribar los barcos rezagados,
recogieron los náufragos cansados
de la lucha: faltaba el arponero.
Su cuerpo como incógnito viajero
bajaba por la hondura
y en adusta figura
ya muda, inofensiva,
cruzaba en paz entre las mismas bandas
que él persiguiera con su arpón arriba.

El sol ya descendía
en medio de un incendio llameante,
y sobre el mar la sangre se extendía
como un manto de púrpura flotante.
Y en la azul lontananza,
el coloso tumbado
con las negras aletas hacia lo alto,
aparecía inmóvil, sin aliento,
como el casco de un barco abandonado
á merced de las olas y del viento.

LAS ALMAS DE LOS NIÑOS

Son las almas de los niños arroyuelos
que suspiran por la luz en la espesura:
unos hallan, cuán dichosos, el sendero
que los lleva á ver el sol en la llanura.
Las bandadas de las aves luego acuden
á beber en el cristal de su onda pura,
y al impulso de su riego, las campiñas
se levantan en oleadas de verdura.

Pero hay otros, desdichados, que prosiguen
en la sombra de la selva su carrera,
y sin rumbo, se desvían y se encharcan
en las breñas, sin llegar á la pradera.
Otras veces en la noche que los cubre,
sin ver nunca ni una flor en su ribera,
infecundos, silenciosos, se sumergen
en la grieta que á su paso los espera.

LA TUMBA DEL MARINO

Dejaron su cuerpo en la borde del puente
envuelto en un lienzo, desnuda la frente;
un viejo marino dobló la rodilla
y alzó una plegaria muy tierna y sencilla;
un trozo de hierro á un extremo le ataron
y el fardo á las olas hambrientas echaron;
saltó con el golpe la pálida espuma
y como una lluvia perdióse en la bruma,
y en tanto que el barco seguía hacia el puerto
bajaba al abismo lentamente el muerto.
Su lecho es el fondo del límpido oceano
el mar de quien siempre fué amigo y hermano:
allí do el abismo sus ondas dilata
su frente acarician los peces de plata,
y yace callado, tendido en la hondura
con los ojos fijos mirando á la altura
y ve á sus antiguos fieles compañeros
pasar en sus caros y raudos veleros
que cruzan, llevados del viento que zumba,
como aves enormes por sobre su tumba.

MANUEL POBLETE GARIN

Verdadero y hondo estudio; realidad, belleza y origina-
dad suma, revela en todas sus composiciones, Poblete
iarín. Cuadros realistas, engalanados con lo pulido y bello
e la frase: maneja el castellano con soltura y precisión,
iodelando sus conceptos, á medida de la inspiración que
uía su pluma.

EL GRAN SECRETO

Tendido sobre el mármol, y como el mármol frío,
estaba allí el cadáver ya para siempre inerte:
y el calor, y la vida, y el generoso brío,
extintos por el soplo de hielo de la muerte.
Llegó el anatomista, y al descorrer el velo,
mostrándolo de súbito espléndido y desnudo
la luz, al inundarlo con vívidos raudales,
hizo en la lira humana vibrar el himno mudo
que canta la belleza con ritmos inmortales.

*

Buscaba sin sosiego el sabio anatomista
las fuentes del secreto raudal de la existencia.
Quimera seductora, flotando ante su vista,
le ofrecía el elixir de perdurable esencia
que por siempre fijara las vivas armonías
y renovara el mito lozano de Juvencia.
De la muerte sondeaba el formidable arcano.
Buscaba las potentes y ocultas energías
que el destello arrancaran, tocando de concierto

la fibra misteriosa. Buscaba... y siempre en vano:
¡pues no, no despertaba el corazón ya muerto!
Mas, de aquella hermosura lo subyugó el encanto.
De sus manos entonces cayó el acero aleve;
y el ánimo vencido por un respeto santo,
no profanó su cuerpo, hecho de rosa y nieve,
y quedó absorto.

¡Oh nueva y eterna gentileza
de la mujer!... La gracia de los hombros y el cuello
en donde, soberana, impera la cabeza;
la línea del excelso contorno de lo bello
que dibujando el seno y los henchidos flancos,
mórbida ondula, y luego va á correr embriagada
hasta los pies gemelos, como pétalos blancos,
en la armoniosa curva de un ánfora sagrada;
los senos, cual dos copas, que al niño y al amante
les brindan, amorosas, con su ambrosía tierna;
y el creador regazo, fecundo y palpitante
donde en vaivén perenne la humanidad alterna.
La mujer... sensitiva que canta, llora y ama;
arca llena de amores; hogar en que se encierra
el fuego donde prende del porvenir la llama;
del Arte obra maestra; sonrisa de la tierra.
Por ella el hombre, alado, aspiró hasta la altura,
y su frente besaron los soplos ideales;
y en desbordante copa que ella le tiende, apura,
para calmar la fiebre de sus divinos males,
ausente de la patria de vaga remembranza—
el licor delicioso de ventura y olvido,
y le habla en un ignoto lenguaje de esperanza,
y encamina sus pasos hacia el edén perdido;
él, como á su ángel bueno, extasiado la escucha,
y la palma conquista que ambicionó el deseo;
y rendidas las fuerzas en la implacable lucha,
el coraje, al tocarla, recobra como Anteo.
Materna y compasiva, templó sus desventuras;
el prodigio viviente de la creación resume:
los heroísmos todos y todas las ternuras,
y es bálsamo, y ensueño, y cántico, y perfume.

*

Y en aquella cabeza que, helada, se dormía
como en mullida almohada sobre sus blondos rizos,
se advertía la honda, mortal melancolía
de lo que tuvo vida, pero que ya no existe,
y cual funérea sombra cubría sus hechizos.
Por sus labios erraba tenue sonrisa triste.
Y con lágrimas puras—quizá postrera ofrenda,—
quedaron ateridas en sus hermosos ojos.
Tal vez de la existencia por la azarosa senda
no holló, al pasar, las flores y sólo los abrojos,
y el sol de amor, de eternas fulguraciones vivas
que enciende el universo y hechiza lo que toca,
no penetró en su pecho: las rientes perspectivas
del país de los sueños no le alumbró; en su boca
jamás la mariposa de amores llegó acaso
á posarse, con tiernos ardores de paloma;
su corazón, guardando como en cerrado vaso
la peregrina esencia con su divino aroma,
no conoció el dichoso delirio que enajena
y sublima; sus brazos plegados castamente,
alma cual honda virgen de nitidez serena—
nunca quizá se unieron en el abrazo ardiente.

*

Absorto y conmovido, tal meditaba el sabio,
en tanto que ascendían de su ánima suspensa
afectos misteriosos á estremecer su labio.
Su sér sintió invadido por compasión inmensa
hacia la bella extinta. Fuera de sí, convulso,
besó su boca.
Al punto, ¡oh Amor que maravillas!
El corazón, ya helado, vibró con nuevo impulso;
las lágrimas entonces surcaron sus mejillas;
sus brazos se enarcaron en pálida corona;
sus párpados se abrieron; siguió el raudal su giro;
y como el ave libre que su preludio entona
después de larga noche, de amor estremecida,
brotando de su pecho dulcísimo suspiro,
le devolvió su beso y renació á la vida.



Antonio Borquez Solar

ANTONIO BORQUEZ SOLAR

Ha colaborado en «Pluma y Lápiz,» «La Ley,» «El Ferrocarril,» etc. Autor de «Campo lírico,» «Del dolor del Quijote» y «La floresta de los leones.» En la anunciación de este su último libro lírico, dice: «Hoy en la lengua de mi lira soy el intérprete de los dolores de los pobres; de esas grandes tristezas, protestas y resignaciones del pueblo, eternamente explotado, vilipendiado há cuarenta siglos... He ido á empaparme mucho en la hiel y vinagre de allá abajo; y en nombre del Bien y de la Justicia quiero romper la molicie de los poderosos con el eco de este clamor, que viene agigantándose poco á poco, y que bien pudiera ser que se oyera con el estampido terrible de la trompeta del Juicio Ultimo... Los que hayan sabido alguna vez del sufrimiento, los que sean como yo hombres de dolor, atestiguarán que mi verso es voz de verdad... Y ojalá que al oirla los felices hagan prender en su corazón una santa llama, y hagan como Aquel que vino á poner fuego al mundo por los cuatro costados: *Fuego de Amor.*»

Prepara actualmente «Canciones del Cielo, de la Tierra y del Mar,» obra que está destinada á cantar á Chiloé—nos decía últimamente,—al Archipiélago, desde la nube, hasta la espuma del mar y hasta la brizna de hierba que los vientos impelen.»

CARTA DE LA ISLA

Mi buena madre me escribe.
—¿Qué me dirá?
—Que sin mí muy sola vive,
diez años muy largos ya...

«—Triste es mi vida. ¡Qué amarga,
desde que murió tu padre!»
(¡Qué «via crucis» tan larga
la que va mi santa madre!)

»De entonces mi hogar vacío
es un viejo Campo-Santo
muy lóbrego, solo y frío,
que entristece más mi llanto.

»En el jardín ya no hay flores,
en tus jaulas no hay jilgueros:
ya murieron los cantores,
tus alegres prisioneros.

»A veces la golondrina
labra un nido en la terraza.
Triste el ave peregrina
vive un tiempo; vive y pasa.

»Mi cabello ya blanquea
y sufro hasta cuando duermo;
nada mi ánimo recrea,
mi corazón ya está enfermo.

»En las tardes nebulosas,
cuando la mar soliloquia
hablando de muchas cosas,
y en la lejana parroquia
vibra el «Angelus» doliente
sus pausadas 'dulces arias
inclino mi mustia frente
dando al cielo mis plegarias.

»Por ti, por tus dos hermanos,
ausentes mis dos pequeños
que están allá muy lejanos,
que yo abrazo hasta en mis sueños.

»Cuando airado el viento zumba
á la débil luz escasa

de la tarde, una tumba
me parece que es mi casa...

»¡Ah! ¡por qué no sois los niños
que alborotabais traviesos,
de albas frentes como armiños
donde yo estampé mis besos!

»Como estas noches de junio,
tan frías y tan obscuras,
son mis días de infortunio,
son mis horas de amargura...

»Sólo mitigan mi llanto
en mis penas infinitas,
cuando sufro tanto, ¡tanto!
tus dos buenas hermanitas.»

Muy triste seguir leyendo
hasta llegar al final,
sintiendo que me iba hundiendo
en mi garganta un puñal,
pensando que aunque zozobre
el mundo de angustias lleno
ni habrá un Dios para el que es pobre
ni habrá un Dios para el que es bueno.

BEAUCHEF

Yo he pisado la tierra de Mocopulle, toda
la pampa que es como la herradura de un corcel,
gigantesca herradura que cumplirá cien años
que amamantó con sangre su bosque de laurel.
Ahí los vientos cimbran sus vuelos aquilinos
y cada tronco lleva escrito un nombre: «¡Beauchef!»
Evocando sus glorias á él mismo yo lo he visto
sobre su buen corcel.
Mis ojos desmesuradamente abiertos, firmes
se han quedado sobre él...
Su refulgente espada traza al aire una rúbrica.
«¡Libertad!» ha escrito, (y el aire es el papel.)
En su tricornio tiene un penacho y un águila,

(es imperial tal vez.)
Los cascos del caballo los macula la sangre
de los que le pagaron la rota de Bailén.
Soberano es el gesto
con que manda Beauchef.
Me parece que escucho su voz entre los hurras
con que á la bayoneta rugiendo va el tropel.
Una tempestad oye
que dice: ¡Viva el Rey!
A vencer la tempestad avanza la montaña,
y la montaña es él.
Los arcabuces ladran y sus lenguas de fuego
rojas auréolas ponen al bosque de laurel
y entre horrores y sangre
trotando va Beauchef...

*

¡Ah! no le bastan todos tus millares de glorias,
Libertador; anhelas un triunfo en Chiloé.
Es que sabes que tu esfuerzo tiene que ser homérico
contra un puñado de héroes altivos como aquél.
Y fuiste el rayo, el trueno, la flamígera espada,
el valor sobre todos, voz y brazo á la vez,
forjador de la muerte, manantial de la sangre
de todas tus legiones la bandera y el broquel.
Nadie tuvo tu empuje, tu regia gallardía,
tus cóleras francesas, tu chilena altivez.

*

Después de tu victoria la pampa Mocupulle
toda llena de sangre, sin odios y sin hiel,
con el azul del río y el blanco de las nubes
formó con el chileno tu tricolor también.

Y te nacieron alas como dos resplandores
sobre tu férrea espalda de paladín francés.

EL CUCHILLO

Tengo un viejo cuchillo lobero,
cuchillo de historia,

que al verlo mohoso no sé por qué infiero
que en antiguas edades de gloria
yo fuí su salvaje y audaz compañero.

Que los dos por las Islas nos fuimos,
de Castro á los Chonos,
rompiendo los bosques, hundiendo los limos;
que burlando del mar los enconos
triunfantes de todos los reyes nos vimos.

Me parece que aun lo tremola
mi mano siniestra,
que lo hundo hasta el mango peleando en la ola
con el lobo que herido me muestra
sangrientos su pecho, su vientre y su cola.

Que con él yo les quito la vida
á diez blancas focas
que vienen del Polo en fantástica huída,
que les rajo de un golpe las bocas
y senos al darles mi recia embestida.

Y que lanzo clamores salvajes
que el eco dilata,
yo el rey primitivo de aquellos parajes,
mientras pasa la gris cabalgata
del Viento que rige sus rudos sendajes.

RESURRECCIÓN

I

El placer doloroso de las cosas
felices que murieron y se quieren
con ansias infinitas, ese tengo.
Y con mi gesto de dolor me inclino
sobre las cartas y las flores mustias
que guarda al fondo mi cajón de pino.
El placer doloroso de las cosas
felices que murieron y se quieren...!
Parece que mis labios se mojaran
con el acre sabor de un acre vino.

¡Si parece mentira que estuviera
todo marchito y para siempre muerto!
Pero aun mis cabellos no blanquean.
Mi bravo corazón golpea fuerte
en un hervor de vida; en oleadas
yo siento borbotar mi rica sangre.
¿Por qué os fuisteis vosotras?... Mis amadas,
dejaron una luz en mi memoria
y en mi alma el hierro de las siete espadas!

II

¡El placer doloroso de las cosas
felices que murieron y se quieren!...
Rosa, sal del sepulcro, yo te quiero
envidiada de todos, pura y bella,
sin que tus ojos sobre mí se posen,
desdeñosa y altiva en tus quince años.
Tú la primera me dijiste al verte
la atracción de tu sexo; me hiciste hombre
y llenaste mis noches y mis días
de ambiciones, de sueños y quimeras
y de melancolías.

III

Parece que mis labios se mojaran
con el acre sabor de un acre vino!...
¿Qué nombres tienes arrugada carta?...
Etelvina... eres tú, dulce Etelvina.
¡Cómo eras de pequeña y de divina,
de adorable y maligna! La primera
que me enterró el puñal de su mentira.
Que lágrimas lloré, dulce Etelvina
la primera de amor, que no de odio.
¡Hacen también llorar unas violetas
que disimulan el puñal de Harmodio!

IV

¡Oh lo que guarda mi cajón de pino!
Unas cartas y flores, una estampa...

¡Este sí que es mi más amargo vino!
Angela, todo es tuyo. ¿No te acuerdas?
¿Al besar á tus hijos no te acuerdas
de aquellas tardes que pasamos juntos,
de aquellos días que bañaba el oro
de nuestra adolescencia? Mira, dime:
¿no hay algo en ti que se remueva y llore
cuando volviendo atrás, hacia el pasado,
al dar mis labios tu anhelante beso
ves que fué dulce ese primer pecado?
¡Cuánto temblabas tú! ¡Cuánto temblaba
yo también, por un beso solamente!
Es que era un beso de pasión y dudas.
Es que á través de diez y nueve siglos
tú preludiabas la traición de Judas!

V

¡Si parece mentira que estuviera
todo marchito y para siempre muerto!
Julia, Julia. Mi prima. ¿Cómo pude
amar otras mujeres? Sangre mía,
noble sangre huilliche y española.
En su rostro la nieve competía
con el suave rubor de la amapola.
En la mañana por los campos íbamos
riendo á gritos y cortando flores;
al oir nuestra loca algarabía
los pájaros callaban en los árboles.
Le tomaba la mano, la apretaba,
daba un chillido y se ponía roja,
un mohín en sus labios y partía
con su cabello suelto que flameaba
al desgaire; su túnica muy corta
me mostraba su gruesa pantorrilla,
tan gruesa y bella con su media negra,
dura como jamás he visto alguna,
cuyo recuerdo á mi pesar me alegra...
Si parece mentira que estuvieras
¡oh! ¡novia de mi alma, bajo tierra!
Como una palomita tú te fuiste;
yo como el águila soberbia subo

á conquistar el sol... Sobre tu tumba,
sobre los brazos de tu blanca cruz,
que canten los jilgueros insulares
y haya un perpetuo resplandor de luz.

VI

¿Por qué os fuisteis vosotras? ¡Mis amadas
dejaron un fulgor en mi memoria
y en mi alma el hierro de las siete espadas!
Ya lejos de mi tierra y de mis mares
te encuentro á ti, mujer, radiante y bella.
Tú has sido, Clementina, en mi camino
la guiadora y peregrina estrella;
tú pusiste en mis manos esta lira,
tú me enseñaste á ambicionar la gloria,
me olvidaste después; yo te perdono,
que sé que al fin no fué la culpa tuya;
que tú sabías que era un rey sin trono.

VII

¡Y vosotras, divinas y profanas,
salid del fondo del cajón de pino!
Yo adoré vuestras manos, vuestros senos,
el lánguido mirar en vuestros ojos
la mordedura aleve en vuestros besos,
en el cansancio del placer gustado,
el temblor lujurioso en vuestro cuerpo,
vuestras ágiles manos silenciosas
jugando con mi barba nazarena.
Fuisteis siquiera unos momentos mías
de cuerpo y alma, porque yo era el hombre!
Supe haceros vibrar como una cuerda
que pulsara un artista diligente
y en vuestra sed de amar nunca encontrasteis
exhausta ó tibia de mi amor la fuente...

VIII

¡Y todo ya ha pasado! ¡Si parece
que lo hubiera soñado solamente!

¡Y nadie me ama ya! Y yo que tengo
desparramándose de amor mi fuente!
En un hervor de vida, en oleadas
yo siento borbotar mi rica sangre.
Y aun no llega mi inmortal varona,
esa que aguardo, tantos años solo,
como una gran walkiria que tuviera
el moreno rubor de una amazona.

. . . .

El placer doloroso de las cosas
felices, que murieron y se quieren
con ansias infinitas, ese tengo!

———

RICARDO PRIETO MOLINA

ANTÍFONA

Dame tu corazón de adormidera,
pálida flor de pétalos vejados,
lirio marchito de corola enferma.

Quiero tu triste amor... pobre violeta
ultrajada... Las hieles de tu alma
recogeré en la copa de mis penas.

Alza tu frente-alcázar de impurezas
en donde anhela mi candente labio
dejar el nimbo de una azul estrella.

Dame tu alma de obscura Magdalena,
salvada, como virgen fugitiva,
del horrendo vaivén de tus miserias.

Como lánguido junco, tu cabeza
sobre mi pecho dulcemente inclina,
que dieron su sabor,—sobre mis labios...

Posa tu labio—como dos cerezas
y enjugaré tus lágrimas acerbas.
y huirán las tristes mariposas negras.

Dame tus brazos—mórbidas culebras
que anudarán mi cuerpo.—Y con mis besos
consagraré tu carne de azucenas.

EN EL MISTERIO

¡Sé mi bella visión desconocida!...
Oculta en el misterio impenetrable
de tu alma extraña, el adorado enigma.

¡No me dés el secreto de tu vida!
Sé mi esfinge callada... quiero amarte
sin comprenderte, como á diosa egipcia.

Déjame penetrar solo á escondidas
á la bóveda obscura de tu alma,
como á iglesia sin luz, que está vacía.

Y oraré solitario y de rodillas
ante tu imagen—pálida y severa,—
con sagrado temor de cenobita.

¡No ilumines el templo!... Volaría
mi tímida ilusión... como paloma
del campanario, al repicar la misa.

DIEGO DUBLE URRUTIA

Nació en 1877. Autor de «Veinte años» y «Del mar á la montaña,» últimamente reimpresos por la Casa Garnier, en un solo volumen. Salvador Rueda ha juzgado así su obra: «Pocas veces he visto en un poeta americano como en Dublé Urrutia, cantar su tierra, sus mares, sus montañas, sus labriegos, su propia patria en suma. Falta hacía que se empezase á crear la literatura americana con carácter propio é independiente. No bastaba lo indicado por Andrade y otros; hacía falta que Dublé Urrutia siguiera echando los sillares para levantar el palacio.»

EL CARACOL

Cuando la brisa barría apenas
las nieblas grises de la mañana
y al arrastrarse por las arenas
con sus espumas como azucenas
jugaba, en sueños, la mar cercana,
junto á la choza de sus mayores
se despidieron los pescadores.

La bruma triste los envolvía:
ella gemía: ¿qué haré yo ahora?...
Y una gaviota revoladora
oyó al marino que le decía
que era su virgen, su pescadora,
que no llorara, que volvería...

Y como urgiera ya el tiempo: «toma
—le dijo el mozo,—ya el viento asoma,

la gente sale, ya viene el sol...»
Y recogiendo del agua clara
que entre las rocas la mar dejara,
más armiñado que una paloma
puso en sus manos un caracol:

«Que él te recuerde lo que te quiero,
que oigas mis quejas en sus rumores;
de cierto vale poco dinero
pues que son pobres nuestros amores,
pero es eterno su rumor suave,
y aunque es humilde su labio sabe
de los remotos mares bravíos
y de los mundos que voy á andar,
más que tus padres y que los míos
y más que el viento que habita el mar...»

Ambos lloraron: un ave inquieta
graznó sobre ellos; el humo lento
de las chozuelas de la caleta
blanqueaba apenas; como un aliento;
y bajo el cielo más transparente,
tras la fortuna que se ama en vano,
partió el navío, rumbo á Occidente,
sobre el inmenso y augusto oceano.

Y cuenta el viento que desde aquella
mañana triste, ¡fatal mañana!
acariciada por la doncella
la humilde concha de porcelana,
le habló en su lengua de rumoreos
de viajes locos, de pechos fieles,
de remembranzas y devaneos
junto á la borda de los bajeles,
de aves errantes que van á pares
buscando albergue sobre los mares,
de tempestades y de ciclones
y de esos tristes besos perdidos
que van con rumbos desconocidos
bajo las altas constelaciones...

Y el tiempo vino, silente y grave,

siguiendo siempre su ruta ciega,
con el misterio de aquella nave
que en una extraña canción noruega
lleva invisible su casco lento
bajo las brumas del mundo aquél,
siempre azotada de un mismo viento
con un fantasma por timonel...

Y con los años la niña hermosa
cuya frescura ya ajaban canas,
mirando al agua desde una choza,
vió marchitarse la tinta rosa
de sus mejillas, antes lozanas...
Aun no clareaba detrás del monte
y ya copiaban el horizonte
sus grandes ojos color de mar;
y en ellos iban las golondrinas
en sus revuelos de peregrinas,
á ver las barcas ultramarinas
que en lontananza solían cruzar.

Y siempre, siempre la suspirante
y humilde prenda de amor, seguía
contando historias del nauta errante
llenas de inmensa melancolía:
ya eran nostalgias desconsoladas
en lo infinito del mar lloradas,
noches de nieve que el viento azota,
miserias y hambres en tierra ignota;
triste cortejo que siempre avanza
por esas rutas en que sus huellas
deja, guiada por las estrellas
la banda loca de la esperanza.

Y el tiempo alado siguió en su vuelo,
y en sus mudanzas siguió la mar,
y al campo santo más de un abuelo
en la caleta fué á descansar:
siempre escuchando la voz lejana
la pescadora tornóse anciana;
barcos ignotos aves de paso
ya del oriente, ya del ocaso

la mar surcaban cada mañana;
sólo aquel loco bajel risueño
que al occidente partiera un día
tras la fortuna, que es sólo un sueño,
en lontananza no aparecía.

Y de la concha susurradora
la amable historia, doliente asaz,
seguía oyendo la pescadora
vaga y distante cada vez más;
la sombra triste de otros amores
cruzaba á veces por sus rumores;
hasta que un día trajo el destino,
con los clamores de un torbellino
y entre infinitos ecos perdida,
la última queja del peregrino
sobre una roca desconocida...
Y entre las brumas de la mañana
de un taciturno día de invierno.
sobre cuatro hombros subió la anciana,
vuelta hacia el cielo la frente cana,
por las colinas del sueño eterno.

Dejó la tierra como paloma
que abandonada, su alero deja
y errante sigue de loma en loma
tras del amado que se le aleja...
Le dió la tumba refugio blando
y allí á su lado siguióle hablando
junto á los mares, el caracol,
del sueño eterno, la eterna espera,
y de ese humano vivir soñando
sola y distante dicha sincera
que el hombre alcanza y alumbra el sol.

LAS MIÑAS

I

Ante el eterno y vago rumor de las mareas australes, bajo un cielo que enormes chimeneas mantiene siempre obscuro y en la ribera en donde

bajo las verdes ondas el Nahuelbuta esconde
sus ya domadas cuestas occidentales, medra
la tierra en cuyo seno vive el carbón de piedra
bajo nacientes bosques de resinosos pinos
exóticos, en donde filones submarinos,
y hasta en el fondo mismo del mar, de cuyas aguas
lo extraen los rastrillos para encender las fraguas
y los fogones pobres.
Cuando los estivales
meses la costa alegran, llegan los temporales
para aquel mar; los vientos del sur sobre las rocas
empujan las oladas rugientes y las locas
espumas, levantando su risueña blancura
hasta los mismos árboles, sobre la tinta obscura
de los ramajes posan su lividez de nieve.
Luego viene el invierno. Llega la niebla. Llueve,
y alto, sobre los verdes cerros de la ribera
pasan la ventolina sin que la más ligera
ondulación enturbie los trémulos cristales
del mar. Entonces bajan las lianas invernales
á acariciar su imagen sobre las aguas. Chilla
la pálida gaviota pescando por la orilla,
y en la tranquila borda de algún lanchón posados
meditan, largamente, los cuervos enlutados,
mientras que allá en la altura cruzan con vuelo lento
las nubes, en rebaños, arreadas por el viento.
Pero ni el sol, ni el aire, ni las heladas brumas
de los meses de invierno, ni el mar con sus espumas
blanquísimas sonríen para los pobladores
de aquellas tierras hartas de brisas y de flores;
hombres descoloridos y adolescentes, viejos
antes de tiempo, viven en aquel mundo, lejos
de toda luz, en lo hondo de las obscuras minas,
á rastras y arañando sin fe, con sus felinas
uñas, la virgen roca donde el carbón se encierra...
rasgando, tristemente, los senos insalubres
de esta fecunda madre que se llama la tierra,
madre con tantos hijos y con tan pocas ubres!...

II

Es triste y miserable, como la muerte triste
la vida de las minas: el hombre allí no existe;
la pobre bestia humana gastada y sudorosa,
arrastra allí sus miembros entre la luz dudosa
de míseros candiles, como cualquier gusano...
El hombre es en las minas un simulacro humano.
No es aire el vagabundo bostezo que en las frías
labores olvidadas y ardientes galerías
pesadamente flota, sacando los sudores
más acres de los cuerpos de aquellos luchadores
de las tinieblas; de esos humanos desperdicios
que viven encorvados al peso de mil vicios
y pasiones ajenas, porque para los hombres
aun no ha llegado el brazo que probará que hay nombres
y hombres, y hará sin vanos egoísmos sin utopias
cargar á cada uno con sus miserias propias.
Pero en las hondas minas no alienta esa esperanza
la estrella anunciadora del nuevo albor, no alcanza
con sus risueños rayos á calentar la pena
de aquel obscuro siervo que ignora su cadena.
Alguna vez, la bestia, cansada de tan cruento
dolor, despierta y pide, con el ruidoso acento
de las revueltas locas que encienden las angustias,
y un pan de blanco trigo para sus fauces mustias.
Y ruge, pero entonces, ¡oh justa y santa mengua!
el plomo ó la metralla le destrozan la lengua
y acaso un calabozo sin luz ni amor, en nombre
de los amables dioses ó de la paz del hombre,
sepulta para siempre bajo su techo helado
hasta el clamor sin eco del que pidió un bocado!

OSCAR SEPULVEDA

EN LA ORGÍA...

Un místico lirio floreció en mi pecho
de castas purezas y blancuras hecho,
un lirio de nieve, flor de primavera
que las almas brotan en su edad primera,
delicado y santo príncipe gemelo
de las luminosas princesas del cielo,
mago incomprensible de dulces hechizos,
prístino perfume de los paraísos...

Los soles de estío con ardientes rayos,
con su beso frío la escarcha de Mayo,
cayeron más tarde sobre el alma mía
donde el misterioso lirio florecía,
y así fué muriendo paulatinamente
mi lirio inocente,
príncipe gemelo
de las luminosas princesas del cielo...
Y desde su muerte mi pobre alma triste
solitaria y huérfana, negro luto viste...

Bebamos entonces de este rojo vino
por las almas-tumbas, por su mal divino,
por las esperanzas y los lirios muertos
y por los altares del amor, desiertos...

Brindemos entonces lúgubres canciones
á las encantadas mágicas visiones
que las bohardillas tristes y haraposas

inundan de tintas azules y rosas;
que en los muros cuelgan felpadas cortinas
y esparcen al aire luces opalinas;
que en sueños perfuman los míseros lechos
con el ritmo cálido de sus blancos pechos,
y al venir el alba, los dejan vacíos,
como siempre solos, como siempre fríos,
sus ligeras alas á los aires dando:
raudas mariposas que se van volando...

Bebamos, entonces, brindando al mañana
la amarga y siniestra copa byroneana;
cantando, si al alma ni una flor le queda,
los sangrientos versos que cantó Espronceda.

Así atormentado por horrible hastío
brindaba una noche negramente bella,
cuando desde un cielo remoto y sombrío
luciendo llorosa diamantina estrella,
bañó con sus rayos compasivamente
la palidez honda de mi mustia frente...
Eran sus fulgores rayos de bonanza,
llanto que vertía mi pobre Esperanza
y que yo he guardado con adoración
en lo más profundo de mi corazón.

BLANCO Y ROJO

Aquel verso era dulce
como el trino de un ave,
y al decirlo el poeta
hiciéronle las gentes cruel desaire.
(Era escrito aquel verso
con la pluma de un ángel...)

Entonces, el poeta
dijo un verso de angustias... sollozante...
y esta vez, conmovidas...
le rindieron las gentes, homenaje.

¡Era ese triste verso
una gota de sangre!...



T. Contreras

FRANCISCO CONTRERAS

Nació en 1877. Ha colaborado en «Pluma y Lápiz,» «Zig-Zag» y «El Nuevo Mercurio.» Autor de «Esmaltines,» «Raúl,» «Toisón,» «Romances de hoy y Los Modernos.» En un acabado estudio sobre «El arte de hoy,» dice: «Hace algunos años, el ambiente de ideas ha sufrido una transformación radical. La conciencia de un refinamiento generalmente mórbido ó artificioso; la inminencia del problema social, cada día más arduo é interesante, ó acaso, sencillamente, el espíritu de reacción contra un orden que ha hecho su época, ha llevado á la juventud de hoy al amor sano de la naturaleza, al estudio severo de la humanidad, á la altitud de los sentimientos, al anhelo por la sinceridad, á la vida. Y un nuevo movimiento se ha iniciado en el arte. Sucesor, si no heredero de la corriente simbolista que ha dominado el último cuarto del pasado siglo, de ella ha tomado lo que hay en su obra de auténticamente progresivo, independiente al medio. Esto es, la idea de la Libertad (desdén por los cánones y los arquetipos,) y el sentimiento de la Renovación (aspiración á nuevas formas y modos de expresión).»

ENCANTO DE LAS LLUVIAS

Llueve, llueve, llueve, llueve, sin quebranto.
Y del agua trémula á través del velo
se divisa el campo, se divisa el cielo,
como un rostro pálido á través del llanto.

¡Oh, qué misterioso, qué inefable encanto
ponen las borrascas en mi desconsuelo!

Pienso, pienso, pienso, y ardoroso vuelo
hacia aquellos días que he querido tanto!

Pienso en tí, graciosa rosa de inocencia,
azulado ensueño de mi adolescencia,
que encendiste en mi alma la ilusión de fuego.

Y en la vaga sombra de mi cruel retiro
suspirar te siento, sonreir te miro...
Mientras llueve, llueve, llueve sin sosiego.

EL TURCO

Sentado en un escaño, sentado en la Alameda,
la pipa entre los dientes, el pobre viejo está,
en tanto la azulosa neblina lenta y queda
de los escuetos árboles colgándose va ya.

Es turco. Es de Estambul. (El rojo fez le queda.)
Vendiendo baratijas se vino desde allá.
Mas hoy está arruinado: su kiosco de oro y seda
diezmóle con el fuego la cólera de Alá.

Medita. Bajo el humo de su pipa moruna,
medita transportándose... ¡oh sueños de fortuna!
Bazares de Damasco, tesoros de Almanzor...

Y rápida la niebla más fúnebre y silente
reduce el horizonte... Y más profundamente
se hunde el pobre viejo en su íntimo dolor.

CARNE TRISTE

¡Pobre tísica! en la incierta
sombra que mis sueños viste
te alzas sobre mi alma yerta,
en tu bata azul y triste.

Sangra entre tus labios blancos
cruel sonrisa de desvío;
y se estremecen tus flancos
en nervioso escalofrío.

A tus pies yace quebrada
la copa en la cual bebiste.
Y está por siempre manchada
tu túnica azul y triste.

En tus ojos sin destello
no hay una gota de lloro;
y se te eriza el cabello
como una cauda de oro.

Y en las sombras honda y anchas
pasa el dolor que te embiste...
Y yo persigo las manchas
de tu bata azul y triste.

LAS CRISANTEMAS

En desmesuradas yemas,
sobre los tallos entecos,
en los parterres ya secos
se esponjan las crisantemas.

Flores raras, son emblemas
del arte de nuevos ecos
amantes de orlas y flecos
y de rarezas supremas.

Exóticas y hieráticas,
como princesas asiáticas,
pues que son raras, son bellas.

Prendidas entre los rasos,
ó abiertas sobre los vasos,
como monstruosas estrellas.

ESTADO DE ALMA

Negra nube de angustia y hastío
pasa lenta y tenaz por mi frente.
Ya no es mío el ensueño ferviente,
ya no es mío el amor, ya no es mío!

Bajo el pálido gris del vacío,
melancólico, enfermo, doliente,
siento frío de tedio mordiente,
siento frío de horror, siento frío!

La existencia á mi vista se viste
como ocaso invernal plúmbeo y triste,
sin un solo relámpago de oro.

Ya no escucho la voz sacrosanta
de la buena canción que levanta;
ya no lloro, no lloro, no lloro!

———



Manuel Magallanes Moure

MANUEL MAGALLANES MOURE

Buen poeta y excelente crítico. «No es musa la suya que adolezca ni que siquiera pretenda un ensayo por el camino pretencioso de la mayoría de nuestros versaineros tumultados, de ser atronante ó filosófica, con clarinadas que resultan ridículas calcando á Díaz Mirón, ó con majestuosidades que resultan difusas jorobas calcando á Hugo, ni de ser un artífice amarquesado del verso, hurtando encajes y galones á Darío. Magallanes Moure acusa encuadrar sus impresiones en el verso, tal cual las siente, sin rañar efectos ni molduras en ajenos trigos. Y, así, en su manera de presentarse, es real, es muy suyo, es sincero.» Ha publicado «Facetas» y «Matices.»

LOS BUEYES

Væ victis!

Van con su lento andar; estremecidas
las musculosas testas bruscamente
bajo el yugo oprobioso; las enormes
pupilas en las órbitas se mueven
con una triste lentitud y nada
pone viveza en ellas: permanecen
clavadas en el suelo y nada miran
sino la senda misma y nada advierten
sino el tropiezo próximo: ellos saben
cuán dolorosa es la caída siempre
y como aumenta ese dolor el hierro
de la aguzada pica introduciéndose
en su trémula carne atormentada.

De los hocicos jadeantes penden
brillantes hilos que en el blanco polvo
trazan complejas curvas, que parecen
los misteriosos signos con que escriben
estos desheredados de la suerte,
en la página inmensa del camino,
la sombría odisea de sus crueles
marchas interminables, á lo largo
de una ruta sin fin.
Los tardos bueyes
son los esclavos del trabajo: nunca
sus formidables miembros estremece
la conmoción del goce, ni el espasmo
de la pasión ni el súbito deleite
del ardoroso amor.
Ellos ignoran
todo lo que es placer y no apetecen
sino un puñado mísero de pasto
para calmar el hambre de sus vientres.
No juegan: el dolor los tornó graves.
No retozan: están muy tristes siempre.

Cuando al clarear el alba los pastores
conducen el ganado al campo verde,
los ternerillos brincan de alegría,
los potros riñen amorosamente
con las jóvenes yeguas, las ovejas
—que miran como miran las mujeres,—
van en nutridos grupos jugueteando
por la empinada senda hasta perderse
tras la silueta de una loma, sólo
los pensativos, los adustos bueyes
andan con lento andar, las poderosas
cabezas inclinadas tristemente,
como si aun pesara sobre ellas
el humillante yugo.
Cuantas veces
con mirar resignado contemplaron
sus cansadas pupilas á la tenue
claridad del crepúsculo, el idilio
de un bravo toro, lleno de altiveces,

con una mansa ternerilla joven
de ancas llenas, redondas y lucientes...

Y ellos no aman ya... Son los eunucos
que en el harém del campo languidecen
mirando las caricias que se hacen
el sultán de las bravas altiveces
y la sultana de ancas opulentas.

A veces lucen sus pupilas breves
relámpago ardoroso...
¡Acaso olvidan
su triste condición! Quizá recuerden
el luminoso tiempo en que ellos fueron
también sultanes del harém campestre...

Pero es sólo un relámpago y bien pronto
se extingue; entonces sus miradas vuelven
á ser dulces, süaves, resignadas.
Entonces sus pupilas nuevamente
giran con grave lentitud y nada
pone viveza en ellas: permanecen
clavadas en el suelo y nada miran,
nada ven, nada observan, nada advierten.

Echados á la sombra de algún álamo
cuya elevada ramazón se yergue
en mitad del potrero, á esa hora
en que el florido campo se adormece
bajo la gran mirada abrasadora
del fecundante sol, indiferentes
á cuanto les rodea, sacudiendo
la sucia piel, á fin de que se vuelen
las moscas agrupadas en las lacras
que les hicieran los pinchazos crueles
de la ferrada pica; restregando
las enormes mandíbulas que muelen
el pasto no rumiado en la mañana,
caídas las orejas, como imbéciles
ahí están los esclavos del trabajo,
los eunucos del harém campestre,

los que no aman, ni juegan, ni retozan,
los graves, los adustos, los que siempre
tristes están pensando en los idilios
de las tardes rosadas...
¡Oh los bueyes!

SOBREMESA ALEGRE

La viejecita ríe como una muchachuela
contándonos la historia de sus días más bellos.
Dice la viejecita: «¡Oh qué tiempos aquéllos
cuando yo enamoraba á ocultas de la abuela.»

La viejecita ríe como una picaruela
y en sus ojillos brincan maliciosos destellos.
¡Qué bien luce la plata de sus blancos cabellos
sobre la tez rugosa de color de canela!

La viejecita olvida todo cuanto la agobia
y ríen las arrugas de su cara bendita,
y corren por su cuerpo deliciosos temblores...

Y mi novia me mira y yo miro á mi novia,
y reímos, reímos... mientras la viejecita
nos refiere la historia blanca de sus amores.

EL BARCO VIEJO

Allá en aquel paraje solitario del puerto
se mece el viejo barco á compás de las ondas
que tejen y destejen sus armiñadas blondas
en rededor del casco roñoso y entreabierto.

De la averiada proa cuelga un cable cubierto
se mece el viejo barco á compás de las ondas,
de los peces, clavando sus pupilas redondas
en el barco, que flota como un cetáceo muerto.

Y el barco que fué un barco de los que van á Europa
y que era todo un barco de la proa á la popa,
ahora que está inválido y hecho un sucio pontón,

Sus amarras sacude, y rechina, y se queja
cuando ve que otro barco mar adentro se aleja,
mecido por las olas en blanda oscilación.

ALBERTO MAURET CAAMAÑO

CONFIDENCIAS

Esta loca pasión me causa miedo;
pues, á tu lado, de placer me ofusco;
te quisiera olvidar... pero no puedo,
y te amo siempre, y con afán te busco.

¡Cómo contemplo, en mi fervor amante,
de tu mirar divino á los destellos,
la dulce palidez de tu semblante
bajo la obscuridad de tus cabellos!

¡Cómo soñando el alma se consume
de una emoción al inefable goce!
¡Cuánta embriaguez oculta tu perfume!
¡Cómo electriza tu divino roce!...

Pasas... y el ruiseñor de cantar cesa,
te dan su aroma las fragantes flores,
en un rayo de luz el sol te besa
y te murmura el aura sus amores.

Pasas... y al punto por besar tus huellas,
se inclina tierno y dócil el ramaje;
te llaman desde el cielo las estrellas
y el mar suspende su rumor salvaje.

Pasas... y el alma de embriaguez se queja,
y te acaricia con delicia extraña

en el perfume que tu aliento deja
en la luz y en el aire, que te baña.

Pasas... y se desprenden por do quiera
efluvios mil de música y olores;
va contigo la alegre primavera,
lo que soñé, infeliz, en mis amores.

Cuando pasas, de amor embebecido
me deja el fuego que en tus ojos brilla;
el corazón suspende su latido,
y el alma temblorosa se arrodilla!



Miguel Luis Rocuart

MIGUEL LUIS ROCUANT

Nació en Valparaíso en 1877. En «Líneas,» escritas para
primer libro de versos, publicado en 1898, decía Marcial
brera Guerra: «Hay en la esencia de este libro de poeta
culto místico á la belleza pagana—toda la voluptuosa
oración de las líneas y las formas,—exhalada al través
un religioso sensualismo, que da su original y extraño
rácter á esta poesía en que á cada paso la emoción sen-
al se purifica, se idealiza en la castidad de un virginal
sueño. Lo notaréis en sus símbolos, en su construcción
seológica, donde á menudo los vocablos van reñidos unos
n otros, manteniéndose la armonía sólo bajo el imperio
l sentido interno de cada poema.»

CREPUSCULAR

I

Cansada la pupila de mirar al abismo
abierta en la profunda vaguedad de mí mismo,
sin hallar más que sueños, gérmenes de locuras
esbozos de imposibles, me fuí por las llanuras
de la tierra. Sentía la pasión de algo eterno,
de un ideal muy grande, muy poderoso y tierno.
De la tierra quería buscar en el fecundo
aliento de su espíritu inaccesible, errabundo,
el ideal sagrado de piedad y justicia
que en mí sintiera en larva; recoger la caricia
de los cálidos soplos, y la vaga ternura
del vesperal silencio que cae de la altura;

quería de la tierra inclinarme en acecho,
y ahogando el brioso palpitar de mi pecho,
oir distintamente las blandas pulsaciones
de su savia ligera; sentir las impresiones
de su rostro y ansiaba, cual en una sibila,
ver en el terso lago—su plácida pupila,—
destellos visionarios do temblase el futuro...

II

Los árboles vibraban al fugitivo y puro
aliento perfumado del aura vespertina;
del lago limpio y terso la ribera argentina
sonreía. Pasaba por mi sien con voz leda,
el aura destrenzando melodías de seda.
Bañado de dulzura, miraba yo, tranquilo,
cómo iban los juncos—entrelazando hilo
de oro y nieve,—corriendo por la verdosa orilla.
El fondo del paisaje tenía la sencilla
y triste nota de unos torvos vendimiadores
que ya recolectados los racimos mejores,
lentamente buscaban y con ávidos ojos,
apartando las vides, miserables rastrojos.
El sol les extendía, como purpúreo manto,
su luz sobre la espalda suavemente y en tanto
al ocaso caía. Sintiendo la tristeza
de ese instante solemne de la naturaleza,
habló á la tierra mi alma:—Debe ser sólo nieve
lo que guarda tu pecho cuando no se conmueve;
cuando, glacial é inerte, resistes al anhelo
de los pobres que buscan en tu lodo su cielo;
cuando no entregas nunca la flor ni el fruto sano
á ellos que sembraron en los surcos el grano;
cuando pasar escuchas los ayes de sus penas
sin que apure su ritmo la sangre de tus venas;
y no impides que sigan por la existencia, presos
de la miseria, todos los explotados, esos
que deben ser tus hijos, á los que siempre lleva
uncidos á su carro la triunfadora gleba;
todos esos que duermen en tu mismo regazo
cara á cara contigo, y que en gélido abrazo
cuando muertos, los tienes en el valle ó la sierra,

bajo el lóbrego beso de tus labios de tierra,
para que nunca donde su cuerpo se consume
suba de las plegarias el íntimo perfume,
ó inciense fresca rosa que fiel amor encarne,
si alguna no florece de su mísera carne!
El mar, le dije, es mucho mejor que tú, inmenso
como es, rudo, salvaje, su poderío intenso
es arrullo en la espuma, se ve cuando medita
y se oye aún si leve su corazón palpita.
Su alma soñadora sonríe y se enternece
con la dicha ó la angustia de los hijos que mece.
Yo he visto su ternura más grande que la humana
y siempre lo recuerdo: fué una fría mañana;
un pescador que todas las ansias de su vida
diera en aras de joven, virginal prometida,
lleno de fe, las velas de su rústica barca
dió al viento del mar desde la roca que demarca
el linde de la costa. Dejando nívea estela,
alejóse la barca de temblorosa vela.
El pescador, soñando, contemplaba la prora
que las aguas hendía con fiebre embriagadora,
y como de un anhelo carnal en los umbrales,
alzaba y, voluptuosa, rompía los cendales
de las espumas... Luego, con la dulce esperanza
de ver en la remota, profunda lontananza
á su fiel prometida, se apoyaba en un remo
y se erguía anhelante, de una ola al extremo,
por mirar á lo lejos. Fué el mar esa mañana
más tierno que la novia: en la tierra lejana
y en lo alto de la roca desde donde partiera
el pescador, suplía la amorosa quimera
tremolando la espuma con el constante anhelo
con que ondula en las playas un adiós de pañuelo.
El pescador perdióse llevando en la mirada
la mentida ternura del adiós de su amada,
que flotó hasta las luces postreras de aquel día,
en la margen brumosa de la azul lejanía.
El mar sabe que es cierto lo falso que se crea,
y no importa que engañe la luz de alguna idea
si nos lleva incansable, con mirada encendida,
al través de las sombras y luchas de la vida;
ni importa que la tierna claridad de la frente

de quien amemos, sólo la forma el ignescente
reflejo de uno mismo, si por siempre en ella,
lucir vemos de un alma la vívida centella;
ni importa que la carne sea apariencia vana,
y, cual ayer, estuvo no esté nunca mañana
ni hoy, ni que nos mienta su floración virgínea
si nuestros labios tiemblan al recorrer su línea
fugitiva; ni importa que el más remoto sueño
perdido en lo imposible, sólo esté bajo el ceño
de nuestra sién, si vemos, en la vaga ribera
del porvenir lejano, palpitar la quimera,
la cándida mentira de nuestros ideales,
cual la espuma en la roca, con lirios inmortales!

III

Así ¡oh madre tierra! debe ser sólo nieve
lo que guarda tu pecho cuando no se conmueve;
cuando, glacial é inerte, resistes al anhelo
de los pobres que buscan en tu lodo su cielo;
cuando no entregas nunca la flor ni el fruto sano
á ellos que sembraron en los surcos el grano;
cuando pasar escuchas los ayes de sus penas
sin que apure su ritmo la sangre de tus venas;
y no impides que sigan por la existencia, presos
de la miseria, todos los explotados, esos
que deben ser tus hijos, á los que siempre lleva
uncidos á su carro la triunfadora gleba;
todos esos que duermen en tu mismo regazo
cara á cara contigo, y que en gélido abrazo
cuando muertos, los tienes en el valle ó la sierra,
bajo el lóbrego beso de tus labios de tierra,
para que nunca donde su cuerpo se consume,
suba de las plegarias el íntimo perfume,
ó inciense fresca rosa que fiel amor encarne
si alguna no florece de su mísera carne...

IV

Mi espíritu acechaba. Descendía la noche;
por la faz de la tierra un gesto de reproche
pasó veloz. El lago su plácida pupila

atisbó entreabriendo su enorme fondo lila
constelado de estrellas, y por su vasta frente,
formada de los campos tendidos al poniente,
se deslizó la tarde con pavor visionario,
con voluptuosidades de ensueños sanguinarios
como mancha de rabia por el paso inseguro
de un tiempo que viniera desde el hondo futuro!

AL BORDE DE LA COPA

I

Pálida virgen de cabellos blondos,
¿por qué si voy á ti, lloras y apagas
la claridad de esos abismos hondos
que oran á Dios en tus pupilas vagas?

¿Tienes miedo de mí? ¿Por qué esa leve
otoñal palidez que me da frío?
Cálmate, y deja que en tu faz de nieve
caiga el óleo carnal de un beso mío.

Y bébelo, sin púdicos agravios,
como gota de sol tu alma sin tizne,
y abre tus brazos al besar mis labios
creyendo desplegar alas de cisne.

No impidas que tus senos se levanten,
marcando las cadencias y las normas
de tu sangre de virgen, ni que canten
las notas orquestales de tus formas,

Y tiende á mí tu boca, como un vaso
rebosante de vino, y, ¡oh mi amada!
como ya tu pureza va á su ocaso,
cierra la tarde azul de tu mirada...

II

Mas no, yo quiero que tú seas pura
como la luz que las auroras llevan,

esos blancos ensueños que á la altura
desde el cerebro sideral se elevan.

Y nunca al desvarío que me asombra
dejaré que te cause algún martirio,
ni siquier que una lágrima de sombra
empañe el triunfo de tu sién de lirio.

Mas, déjame fingir sueños helenos,
y desnuda tu límpido alabastro,
no tendrás en las rosas de tus senos,
ni aun la leve vibración de un astro;

Que á tu cuerpo, armonioso como un canto,
lo cubra el tul de una pureza clara,
cual cubre la blancura con su manto
á las hostias desnudas en el ara.

Y mientras que con religiosa calma,
yo contemplo tus formas una á una,
como á la esfinge de la luz de tu alma
bajo dormida claridad de luna,

Abraza las estrellas, que en su rito
van goteando las notas de alto coro,
como abraza en sus giros lo infinito
el alma azul de un incensario de oro!



Carlos Peyón Vélez

CARLOS PEZOA VELIS

Muerto en lo más florido de sus años en la sala de un hospital, personificación exacta de ese tipo de bohemio literario que ya sólo vamos conociendo á través de la novela de Mürger, nadie hasta ahora ha igualado en Chile á este poeta en la pompa de su lírica, exuberante de símiles novísimos y de imágenes deslumbradoras. En él esto llegó á casi constituir una tendencia morbosa, que en más de alguna de sus composiciones dañó desgraciadamente la nitidez de la idea y la sencillez del concepto. Fué arrebatado tempranamente á su propia gloria y al prestigio de las letras patrias.

PANCHO Y TOMÁS

(Fragmento)

Pancho, el hijo del labriego,
y su hermano el buen Tomás
serán hombrecitos luego:
Pancho será peón del riego
y su hermano capataz.

Porque los chicos son guapos
de talladura y de piel:
viven como unos gazapos
entre un bosque hecho guiñapos
ó algún llano sin dintel.

O montados en el anca
frescachona y montaraz

de alguna arisca potranca
que ha crecido en la barranca
sobre la avena feraz.

¡Son ya mozos! Pancho lleva
cumplidos veinte y un mes.
Es un mozo á toda prueba:
¡no hay bestia por terca y nueva
que no sepa quién Pancho es!

Porque el muchacho es bravío;
rubio como es el patrón;
como él detesta el bohío;
ama el poncho, el atavío,
y usa un corvo al cinturón.

¡Ah, qué cosas las de Pancho!
¡Qué alegrote y que feraz!
¡Cómo se alboroza el rancho
cuando echa á una moza el gancho
en una frase mordaz!

¡Qué continente! Es el vivo
retrato del buen patrón;
como él, nervioso y activo,
gesto brusco y agresivo,
pendenciero y socarrón.

Tomás cumplió los veintiuno,
pero no es mozo de ley;
es honrado cual ninguno,
ni es pendenciero ni es tuno,
pero es fuerte como un buey.

Y su hondo deseo fragua
una dicha que es mejor:
tener chacra, un surco de agua,
una mujer, una guagua...
¡todo un ensueño de amor!

Ama el rancho, las faenas;
ama el rancho, la mujer...

A veces le asaltan penas
si las tierras no son buenas,
si el agua tarda en caer.

Y así los dos muchachones
viven en juerga feliz:
Pancho hondea á los gorriones;
Tomás canta... Sus canciones
huelen á trigo y maíz.

Pancho es alegre. Su frase
lleva el chiste y la intención;
su frase, robusta nace
y en risotadas deshace
su endiablada perversión.

Tomás, bonachón, sumiso,
monta en precoz gravedad,
si Pancho horada el carrizo
ó si atrapa de improviso
fruta de ajena heredad.

Pancho corre. Tomás mira
crecer al viento la col;
Pancho abrupto monta en ira
si el pobre Tomás suspira
en la caída del sol...

Y en la noche Pancho se echa
sobre el colchón de maíz.
El viejo habla de otra fecha...
Tomás lo sigue, repecha
otra edad y otro país.

Otro país en que hay reyes
bondadosos y en que hay bien,
vacas encantadas, bueyes
de oro, pastores y greyes
con astas de oro también.

Y en que no hay mejillas flacas,
ni hombres que ultrajados son;

y en que hacen mil alharacas,
chicos, zagales y vacas
en eterna floración.

Y en que el labrador, buen amo
y siervo de sí mismo es,
y en que la encina, el retamo
sólo se entrega al reclamo
del que la encontró al través.

Luego Tomás se va al lecho
y el viejo y todos en pos:
todos miran hacia el techo,
y las manos en el pecho,
cuentan sus penas á Dios.

NOCTAMBULA

(CANCIÓN DE AMOR PARA UNA COMPATRIOTA)

Oyeme. Estoy muy solo en un desierto
sin perfume ni luz, canción ni flores;
sólo á lo lejos y con paso incierto
cruza una caravana de dolores...
¿Quieres probar extraños embelesos?
¡Amame! Te daré regias primicias
y un ramo de ígneos y quemantes besos
arrancado al jardín de mis caricias.
¡Amame! ¿Do he aspirado tu fragancia?
¿Dónde he visto tus ojos zahareños?
¡Creo que fué una noche de vagancia
en el país lejano de los sueños...!
¿Qué dice esa paloma en tu ventana?
«Soy del país donde el ensueño brota
y vengo á vigilar en la mañana
el sueño de una linda compatriota...»
¡De allá...! ¿De dónde son esos destellos?
¿Y de dónde esa luz que en tu alma asilas?
¡Son pedazos de aurora tus cabellos
y fragmentos de ensueño tus pupilas!
Eres luz, eres alma y sentimiento.

Te aman todos. Si en tu hombro me reclino,
brama celoso en torno tuyo el viento,
sintiéndose con rabias de asesino!
¿Ves la luna? Su luz nos idolatra.
Y llega á tu balcón la poesía,
regia, como venía Cleopatra
al tocar con su barco á Alejandría!
Duermes... ¿Crees que yo tan solo velo?
¡Muchas estrellas luz han encendido!
Salen... y no se ocultan en el cielo
hasta que te levantas de tu nido!
Duermes... Velan por ti en la noche bruna:
desde el azul hasta tu riente ceño
tiende un trapecio hecho de luz la Luna
para que se columpien tus ensueños...
Y hasta el agua parlera del torrente,
cuando tu cuerpo de azahar se baña,
muerde tu carne escultural y ardiente
con la ferocidad de una alimaña!
¡Y cómo no adorarte! ¡Eres tan linda,
con esa endemoniada cabellera,
con esos labios con sabor de guinda
y esa tristeza alegre de ramera...!
¡Si eres nido de triunfos! Donde andas
hay derrotas, heridas y desgracias:
¡si eres una guerrera de comandas
una legión magnífica de gracias!
Tu cabecita y cuello me han dejado
la ilusión de que son con sus destellos
una copa de mármol sonrosado
llena con el «champagne» de tus cabellos!
¡Oh, «champagne» de poeta! ¡Qué dulzura!
¡Mira que rubio es! ¡Quién lo bebiera!
¡Cómo lo saboreara mi ternura
en una monstrüosa borrachera!
¡Salve á tu cabellera desgreñada
que muestra de sus tintas el tesoro,
como la gigantesca llamarada
del gran incendio de un palacio de oro!
¡Salve, princesa blanca y soñadora
del país de las cándidas violetas
que habitas el palacio de la aurora

y tienes una corte de poetas!
¡Salve á ti religiosa pensativa
del claustro tentador del himeneo
que rezas triste una oración lasciva
en el reclinatorio del deseo!
¡Salve á ti! Brotan risas sorprendentes
de tu boca. Tus frases son baladas,
y tus ojos rasgados y sonrientes
son ametralladoras de miradas!
Cuando te miro en angustioso ayuno
siento un deseo á cuyo tacto vibro:
devoro tus encantos, uno á uno,
cual se leen las páginas de un libro...
Día no ha que tus gracias no me arroben.
Te he visto con los brazos en cadera
cual regio cántaro de carne joven
rebosante de luz y primavera!
¡Eros! ¡Partamos de una vez por todas!
¡Que Satanás bendiga nuestra suerte...
y vámonos en gran viaje de bodas
á las playas lejanas de la muerte!

AL AMOR DE LA LUMBRE

Junto á las grutas de las quebradas
donde las aguas alborotadas
charlan de asuntos sin tón ni són,
hay una casa de corredores
donde hay palomas, tiestos con flores
y enredaderas en el balcón.

Es una casa de tres ventanas
donde la madre luce sus canas
como argumentos de algo gentil,
y unos modales llenos de gracia
que hacen más grave la aristocracia
del aire místico y señoril.

Si fueran cosas de tiempo antiguo,
más de una oda de metro exíguo
hubiera escrito Fray Luis de León
sobre la dama de blanco pelo,

sobre las dichas que allá en el cielo
tendrán los buenos de corazón.

Y en verdad digna es de verso y prosa
la blanca mesa, la blanca loza,
de porcelana de albo matiz,
los cuchicheos, los tenues corros
y el agua alegre que salta á chorros
por una enorme llave matriz.

¡Es una dicha que causa pena!
La broma alegre, la charla amena
y allá en el piano, la, si, do, re...
Los besos largos, las risas claras
y el titineo de las cucharas
sobre las blancas tazas de té.

Unos comentan el cuento charro;
otro que piensa fuma el cigarro
mirando el humo subir, subir...
Hace proyectos mientras bosteza
y ve en las brumas de su pereza
cosas alegres del porvenir.

La madre cose; la joven piensa;
la chica enreda su obscura trenza;
los grandes hurgan temas de amor.
Y si á la larga se ponen tristes,
el más alegre cuenta unos chistes
que á todos ponen de buen humor.

Las flores mustias pueblan la mesa
y las bandejas de plata gruesa
y las cajitas donde hay café,
Y mientras hace sus buenas onces
la chica dice con pena: ¡entonces
allá se moja mi buen papá!

Cuando en las noches hay aguacero
niños y gatos junto al brasero
oyen «La lámpara de Aladín;»

cuentos de negros dichos en bromas,
niñas que un hada volvió palomas
ó gigantones con piel de espín.

Suenan las doce; la madre reza;
hay en los cielos mucha tristeza,
abajo un vaho sentimental
mientras que enfermas de hipocondrías
cantan las ranas sus letanías
allá en la orilla de un manantial.

Sueñan los niños que allá en la gloria
hay una inmensa preparatoria
donde Dios hace de preceptor,
y que en la clase, de traje blanco
á cada uno pone en el banco
una cometa con un tambor.



Pedro E. Gil

PEDRO E. GIL

Personalidad brillante y bien definida. Su musa es alegre y traviesa. Maneja admirablemente el verso y sabe reir y hacer reir. A veces su ironía hace brotar sangre.

Por su clarísimo ingenio y por la casticidad de su lenguaje es sin disputa uno de los primeros entre los poetas jóvenes de Chile.

Un libro suyo sería todo un éxito.

LOS HIJOS DEL DIFUNTO

Doña Remigia, una viuda
á quien yo conozco mucho,
que es joven, de buen palmito
y algunos miles de duros,
es, sin disputa, la madre
mejor que existe en el mundo.
Tiene seis ó siete chicos
(no recuerdo bien el número,)
que son una monería
por su variado conjunto.
Los hay gordos, los hay flacos
en el sentido á que aludo;
unos parecen tinajas
otros semejan canutos.
Los hay bellos como un ángel,
y otros más feos que el cuco,
unos con el pelo suave,
otros con el pelo hirsuto;
unos con el pelo negro,
otros con el pelo rubio.

En suma, que en la familia
hay para todos los gustos.
Su madre, doña Remigia,
les quiere á todos por junto,
y les mima y acicala
con esmero y amor sumos.
Suele á veces su cariño
rayar en lo ridículo
(aquí exije el asonante
que hagamos grave el esdrújulo,)
y cuando alguien se lo increpa
así responde al intruso:
«Pero, hijo, ¿qué quiere usted?
¡que los mimo y los adulo!
¿Y no son los pobrecitos
los hijos de mi difunto?
¿No son ellos mi consuelo
desde que visto de luto?»
Luego se tapa la cara
y llora unos tres segundos.
Y de que tiene razón
doña Remigia, no dudo,
porque, á excepción del primero,
todos los chicos del grupo
nacieron cuando su padre
estaba en el otro mundo.

EL FIN DE LA FUNCIÓN

I

El moscovita y el nipón
¡chitón!
últimamente han dado fin
á la cuestión
en que uno y otro paladín
sin compasión
diéronse el más fiero encontrón,
haciendo ver cada campeón
que tiene el cráneo de adoquín,
ó de cartón;
todo porque hizo el valentón

quien creyó al otro un valentín.
Empero el ruso ¡qué pillín!
deja por puertas al Japón
porque el Japón pierde la in-
demnización.
Al fin de cuentas, el botón,
digo, el botín,
lo pesca Rusia sin razón,
porque el Japón ¿qué saca al fin?
pues, sólo saca Sakha... lín.

II

La nueva fué como un ciclón
desde Porstmouth hasta el Japón,
desde el Japón hasta Pekín,
y de estación en estación
hasta Berlín,
y al fin corrió sin dilación
el globo de uno á otro confín.
¡Cómo sorprende el notición!
¡Qué colosal admiración!
Esos de Wite y de Rosen
merecen bien
de su nación
un monumento en el Panteón.

III

Los contendientes ahora están
al envainar el espadín.
Pero, ¡por Dios! las gentes van
á fallecer, tal vez, de esplín.
Cesará el cable en su runrun.
Sus paparruchas concluirán,
y el submarino charlatán
volverá á ser un truchimán
como el común.
Vuelta á la diaria información
sobre el vulgar suceso ruín:
el naufragio de un lanchón
en el Danubio ó en el Rhin;

la aparición
de un grano al Kaiser alemán;
ó la explosión
de alguna mina de alquitrán;
ó el terrorífico desmán
de un musulmán
de corazón
contra el Sultán.

IV

De hoy más, el cable vendrá sin
Kuropatkin;
no narrará ninguna acción
con su hiperbólica expresión,
y de las gentes, por esplín
ocurrirá la defunción.
Todo ¿por qué? Pues, porque al fin
el Presidente de la Unión
metió su brazo en la cuestión
y á poca costa, mal ó bien,
él la arregló en un santiamén.
Resignación
porque según
las cosas van,
ó es quien os habla un buen atún,
ó en breve habrá nueva ocasión
para otra bélica función.
Y entonces, ¡duro á quien el plan
tenga de aguar la diversión!



Víctor Domingo Silva

VICTOR DOMINGO SILVA

Es el más vigoroso y fecundo de los poetas de la nueva generación. Abandonó muy temprano los aires exóticos y sentimentales, para consagrar la pujanza de su estro á la admonición de las turbas oprimidas, al arengar vehemente del caudillo intelectual de las muchedumbres.

Sus versos se caracterizan por la viveza del movimiento en acciones y giros, por la pureza sostenida del tono, por la brillantez del exorno y la unidad del conjunto.

La última parte de su labor artística va tomando un sesgo más apacible, de mayor serenidad filosófica, y como tal más universalmente humano.

Autor de «Hacia allá...» y «El derrotero.» Colabora en «El Mercurio» de Valparaíso bajo el pseudónimo de Cristóbal Zárate.

LA NUEVA MARSELLESA

Hermanos en la vida y en el trabajo, hermanos
en el dolor y en todo: estrechemos las manos
y pues marchamos todos por un mismo camino,
vamos á la conquista de nuestro gran destino.

Todos los que sufrimos, debemos ser iguales.
Si todos recibimos los azotes brutales
de la maldad, si todos formamos los racimos
de vieja carne anónima, por qué no nos unimos
y, apretados en torno de la común bandera,
saludamos la nueva, fecunda primavera,
y en esta tierra llena de honor y de impudicia
clavamos el augusto pendón de la justicia!

¡Hermanos en la vida y en el dolor! Ya es hora
de erguirse y rebelarse. Despierta ya la aurora
del gran advenimiento de los días supremos
de redención... Hermanos, llenos de fe, luchemos
por conquistar el trozo de pan que se nos niega:
nunca, jamás roguemos (sólo el mendigo ruega,)
y ante la puerta de oro de ahítos Baltasares
hermanos, escribamos el Mane-Técel-Fares!

En esta gran catástrofe, hasta el verbo de Cristo
se pierde, estrangulado por la pasión...
Yo he visto
allá en las lejanías de mis viejas montañas,
á muchos pobres hombres desgarrar las entrañas
de las ásperas sierras, y hundirse en lo más hondo
como el reptil, hundirse hasta tocar el fondo,
y con el heroísmo de á quien nada le arredra,
á tiros y combazos hacer parir la piedra!

Yo he visto en el bochorno de aridez de la pampa
al roto, á puro golpe de dinamita y lampa,
abrir el vientre enorme de esa opulenta tierra
que sembró de cadáveres, otro tiempo la guerra;
abrir aquella tierra pródiga de tesoro
y a rrancarle el salitre que vale más que el oro!

Yo he visto en nuestros campos, bajo el sol, bajo el viento
á cien desventurados soportar el tormento
de horar la tierra propia para el ajeno grano
y en el arado ajeno cansar la propia mano!
Yo he visto allá en las minas del sur, en las cavernas,
en ese horrible imperio de las sombras eternas,
bajar también los hombres al fondo del abismo,
gastar allí sus vidas de oprobio y heroísmo,
ser hijos de la noche, y arrojar hacia el día
el carbón redimido que es luz y es alegría!

Yo he visto allá en los bosques del sur, en la frontera,
en esa tierra heróica, como sus hombres fiera,
que nunca hollar pudieron los tercios de Castilla
y cantó en su epopeya don Alonso de Ercilla,

yo he visto al indio viejo, desamparado y triste,
decir, llorando á mares, que «Arauco ya no existe;»
regar con sangre y lágrimas el suelo del terruño,
decir adiós al rancho, mostrar al cielo el puño,
y ante el recuerdo negro del último episodio,
lanzar hacia la selva los fantasmas del odio!

Yo he visto allá en los límites del austral archipiélago
entre esas viejas islas que bañan brisa y piélago,
á los últimos vástagos de aquella raza brava
venderse al oro infame como la carne esclava:
al pan tender la mano, tender el cuello al yugo,
y ser al fin las víctimas del capataz-verdugo!

Y yo me he preguntado si son seres humanos
los que así se debaten, si son nuestros hermanos
los que así caen, como forzados de galera,
luchando para otros en plena carretera;
los que así tan cruelmente la ambición crucifica
sobre esta tierra virgen, exuberante y rica.

¡Ay! Colocando encima del corazón las manos
é invocando los fueros de la justicia. ¡Hermanos!
¿no es cierto que es preciso ser en la vida un muerto
para no condolerse con nosotros? ¿no es cierto
que es triste, que es bien triste la vida así? ¡Tal vida
justifica al blasfemo y enaltece al suicida!

Caín, el fratricida, blande aún en la mano
la quijada sangrienta con que mató á su hermano.

Caín, que ya no marcha contra los elementos,
no siente ya el azote de los remordimientos.

Caín, que ya no escucha de su víctima el lloro,
puso entre él y su crimen una muralla de oro.

¡Y pensar que es tan fácil el remedio! Que tanto
dolor, y tanta angustia; que tanta sangre y llanto,
pueden ser suprimidos si un día comprendemos
que nada hay imposible para la fuerza unida,
que aun de la misma muerte la unión arranca vida.

De un mundo al otro, sean todas las almas, una.
La fábrica y el diario, y el yunque y la tribuna
forjando sin perezas, sin treguas ni desmayos,
el lívido tridente de lampos y de rayos
que tarde ó que temprano provocarán sin duda
sobre la gran miseria de la tierra desnuda—
justo y sagrado triunfo del esfuerzo de ahora,—
el trueno apocalíptico de nuestra gran Aurora.—

¡Hermanos en la vida y en el dolor! La inquieta
voz de las multitudes entusiasma al poeta.

Conmuévenle las voces que suben del abismo,
y por pensar en todos se olvida de sí mismo.
Y entonces es profeta, y en su divino augurio
habla de la suprema redención del tugurio,
habla de la justicia, y en su canto sonoro
se presiente el derrumbe de las torres de oro!

«Sus versos doloridos de la miseria humana,
van por la noche á veces á sonar la campana
de alarma que sacude la muerte del suburbio.
Y en el vivac del hambre, junto al arroyo turbio
que se arrastra, sangrando como una rota arteria,
todas las podredumbres del vicio y la miseria,
con voz que la amargura y el odio hacen sonora
murmuran de esperanzas, de redención, de aurora;
ponen oído á todos los ecos de allá abajo,
donde hierve en eterna tragedia del trabajo,
y oyen la generosa pulsación de una raza
que se yergue y protesta, que grita y amenaza!»

¡Hermanos en la vida y en el trabajo! Es esa
la misión del artista que la tierra atraviesa.
El poeta egoísta que ante la infamia calla
y calla ante el humano dolor, es un canalla.
En los días supremos, deben tener las liras
los estremecimientos de las supremas iras.
El gran poeta debe tremolar su bandera
y lanzar sus estrofas por sobre la trinchera,
romper los viejos ídolos, marcar los nuevos rumbos,

salvar las marejadas de rayos y de tumbos,
llevar la frente altiva sobre los firmes hombros,
alzar á los caídos, marchar por sobre escombros,
hacer vibrar las almas, mostrar expuesto el pecho
á los azotes trágicos del huracán deshecho,
y en una misma ráfaga, y en un mismo delirio
marchar con sus hermanos al triunfo ó al martirio!

¡Hermanos en la vida y en el dolor humanos!
Juntemos las banderas, estrechemos las manos,
y, apretados en torno del común estandarte,
salvemos la barrera del último baluarte.
¡Unámonos, hermanos! Que mi misión es esa:
cantar para vosotros la nueva marsellesa!

BALADA DEL VIOLÍN

Aquel mozo enfermo y flaco
tocaba el violín al sol
por un sorbo de alcohol
ó un puñado de tabaco.

¡Y buen dar! cuando tocaba
algún rondel español
ó alguna sonata eslava...
Aquel mozo enfermo y flaco

salía á buscar el sol
y á llenar su viejo saco,
por un sorbo de alcohol
ó un puñado de tabaco.

Salía á matar su esplín
cuando tocaba el violín,
cuando como un caracol
salía á buscar el sol...

Aquel mozo enfermo y flaco
murió tocando el violín.

¿Qué queréis? Halló su fin
en un sorbo de alcohol
y un puñado de tabaco.

Le hallaron tendido al sol
y abrazado á su violín...



Jorge González B.

JORGE GONZALEZ B.

Nació en 1879. Colaboró en «Pluma y Lápiz» y «Zig-Zag.» Su verso me recuerda ciertas telas prerrafaelistas: una técnica pura hasta el refinamiento y el encanto de un fondo dulcemente melancólico. Se complace en evocar un jardín conventual á la caída de la tarde porque en él sorprenderá su penetración sutil, el alma del microcosmos, las recónditas voces del misterio, la *belleza interna* y profunda del Gran Todo. Y agregad á esta sensibilidad de *convalescente di esquisiti mali*, la música de un verso muy suyo, vago, indefinible, bizarro si queréis, más nunca vulgar.

Actualmente prepara un libro de versos líricos, «Opalos.»

EL MISTERIO DE LOS OPALOS

(Introducción al libro «Opalos»)

Aquella visión blanca—hada ó sílfide,—iba
subiendo la montaña; iba muy pensativa,
cerca del mar. Llegaban claramente hasta ella
el rumor de los besos de la ola y la estrella
y los clamores sordos que en la ribera sola
surgían de la lucha del peñón y la ola.

Noche tranquila y bella. La visión misteriosa
por la inmensa montaña busca quizás que cosa;
recorre los senderos más extraviados y anda
sin que repose nunca su paso; anda y desanda
los senderos; recorre los cien arcos del monte
y trémula se queda mirando al horizonte.

¿A dónde va? ¿De dónde viene esa peregrina
visión? En sus intensas miradas se adivina

que espera, sufre como todo lo que en el suelo
se posa, como todo lo que alienta un anhelo
ya sea luz ó ensueño, ó alondra pasajera
que aun cantando al alba sufre también y espera.

Sus manos están llenas de ópalos y de perlas
símbolos de tristezas y alegrías; al verlas
sonríen las estrellas; y las flores dormidas
que no pueden mirarlas sueñan estremecidas,
porque el reflejo vivo de las piedras preciosas
algo de su misterio fija sobre las cosas.

Mueve sus manos tenues hechas de espuma y nieve
y ante el viento que sopla ella toda se mueve,
y es un lirio fantástico que deja de ser lirio
para ser una blanca figura de martirio.
y hostigada quién sabe por qué presentimiento
toma un puñado de ópalos y los arroja al viento.

Y sigue por lo alto de la montaña. Sigue
como si no alcanzara jamás lo que persigue.
Los ópalos en tanto mordidos por el viento
en la montaña virgen hablan de sufrimiento
y se narran historias en las que se deslizan
la angustia y la tristeza que todo simbolizan.

Y allí están en la vieja montaña solitaria
dando algo de su pena, que es perume y plegaria,
á todo el que, llevado por el acaso incierto
conoce esos arcanos mirajes de lo muerto...
dando algo de su pena misteriosa y callada
hasta á mucho de aquello ya cercano á la nada.

En el triste silencio de las hojas caídas
van, parece, olvidando poco á poco sus vidas
y no recuerdan ni la visión ultraterrena
que ante miles de estrellas los dejó con su pena
solos. De sus ensueños ya no recuerdan nada
y allí están con su pena misteriosa y callada!

...Y yo, que errante siempre por todos los caminos
he visto siempre tantos y tantos peregrinos,

también ví esa adorable visión, y el florilegio
de sus dos manos tenues; y miré el sacrilegio
de esas dos manos tenues cuando como un reproche
arrojaron los ópalos al viento de la noche.

De ahí que esas historias sean ahora mías
y hallan en mi espíritu tantas melancolías.
Incansable viajero cruzo por la montaña
y mi tristeza se hace cada vez más extraña,
más negra y más extraña, como las piedras esas
que guardan el misterio de todas las tristezas.

MISA DE PRIMAVERA

¿A dónde vas como las enlutadas
visitantes de Dios?... Muy buenos días.
Bien sentí una cadencia de pisadas
sobre mi corazón: ¡tú que venías!

Descansa aquí. Por entre el negro velo
me mostraras las gratas alegrías
de esos ojazos en que puso el cielo
todo el encanto de sus lejanías.

Porque tus ojos... aunque no! Tus ojos
se alaban solos; guardaré mi empeño.
...Son cuando los sombrean los sonrojos
como las celosías del ensueño!

Desciñe un poco el velo que te cubre.
Para que más se alegren tus pupilas
yo robaré á la floración de Octubre
un manojo de malvas y de lilas.

Conversemos. ¿Te alarma la campana?
No es hora aun... ¿No ves? Ya iremos juntos
y rezaremos toda la mañana
implorando perdón por los difuntos.

La oración que nosotros rezaremos
alegrará al Señor, y esa alegría

esparcirá un olor de crisantemos
que no hemos aspirado todavía.

—¡Iremos juntos! En el templo inmenso
al verte Dios va á sonreir de fijo
y velado por ráfagas de incienso
tendrá como un temblor el crucifijo.

Y los santos, los pálidos ascetas,
bajarán las miradas taciturnas
como ante las miradas indiscretas
de una ronda de sílfides nocturnas.

Y llegaremos hasta el ara en donde
siempre tus oraciones depositas;
donde esa virgen pálida se esconde
como esperando conocer tus cuitas.

Y allí con ella, mística cual ella,
mostrarás tu ternura que se inflama
y ambas pareceréis como una estrella
de doble núcleo y una sola llama.

¿Sonríes? ¡Qué mañana más hermosa!
¡Todo sonríe como tú sonríes!
Del agua que en la fuente se alboroza
viene como un perfume de alelíes.

Nunca te había visto como ahora
tan bella ni tan dulce! Aunque te he visto
semejar un pedazo de la aurora
velando una vestal de Jesucristo.

Y te he visto mundana y sensitiva
y trémula. Tu boca hoy me provoca!
Hoy más que nunca es una siempreviva
con fragancias de amor. ¡Dame tu boca!

¿Qué dices?—¡La campana!—Bueno, bueno,
déjala repicar...—¡Está llamando!
—Aquí en la capillita de tu seno
hay otra repicando, repicando.

¿Escuchas? Yo la siento... Dulcemente
parece que habla de las cosas tuyas
y que te dice trémula y sonriente:
¡es un beso no más, no lo rehuyas!

Ahora cuando vamos á la misa
presentarás á Dios, puesta de hinojos,
la reverberación de tu sonrisa
en los cálices santos de tus ojos!

¿Hablas?—Ya es hora...—Besaré esas manos
que en el templo no pueden darme citas.
Allí entraremos como dos hermanos
que van por un jardín de margaritas.

Á LA VIEJA GUITARRA

Lírico instrumento de cadencia grata,
guitarra sonora! tu numen desata
y vibren tus notas en ondas de luz;
haznos oir una grata serenata
de tono andaluz.

Como eres de aquella tierra enamorada
de las alegrías del cielo y del sol
cántanos un aire con sol de Granada,
un aire del viejo solar español.

Tú conoces todas las raras cadencias
de los viejos aires que vibran allá:
de esos con suspiros que lloran ausencias
y de los que cantan lo que viene ya.

En tus amplios senos llenos de fragancias
está toda entera la España gentil
con sus hidalguías y sus arrogancias...
grande Don Quijote, Don Juan varonil!

Así en tus cantares si hay gritos guerreros
y sangre de mártires y ecos de dolor

también hay naranjos y olor de romeros,
pasos de gitanos y sueños de amor.

Canta, pues; tu canto recuerde esos días.
Tus sueños ya idos recuérdanos, pues.
Danos el perfume de esas alegrías,
de esas peteneras y de ese jerez.

Evoca tus rientes visiones pasadas,
tus noches de luna con juerga y tambor...
las manos morenas, las bocas rosadas,
tus risas, tus besos, tu vino mejor!...

¡Oh canta si quieres, oh encanto! las cosas
de esta patria joven ebria de pasión,
que lleva en la frente corona de rosas
y hossannas sagrados en el corazón.

Canta nuestra gloria, canta nuestra pena,
olvida un instante los cantos de allá;
danos el perfume de la yerba-buena,
copihues y malvas de olor, resedá...

¡Oh guitarra! ¡aurora de nuestra alegría!
de España y de Chile tienes la pasión.
¡Que melancolía tu melancolía!
Y qué ardiente el fuego de tu corazón!

¡Que vibren tus cuerdas sonoras! Extraña
nunca á nuestra vida fuiste. ¡Salve á ti!
¡Ese aire tan lleno de amor es de España!
¡Y ese con tristeza y amor es de aquí!

———



Ernesto Guzmán

ERNESTO A. GUZMAN

He aquí un poeta que aun no puede hallar definitivamente su camino, á pesar del innegable caudal ideológico de que ha dado muestras en sus dos lustros de labor literaria.

Su inspiración, el alma de sus versos, es casi siempre original, pero la obscurece un poco la trabazón demasiado artificiosa de un estilo sin espontaneidad que no es todavía el suyo, sin duda alguna.

Ha publicado «Albores» y «En pós...»

EL TRIUNFO

Allá, el gemido de una vihuela,
el sol que cae sobre la abuela
y sobre el perro que al lado está...
algo que cuenta de unas lejanas
voces perdidas, de otras campanas,
de eso que queda, que pasará...

Y bajo el techo lleno de grietas,
las telarañas fingen siluetas
de manos puestas en la pared;
manos terrosas, trémulas, largas,
en las que pesan no sé qué cargas
más que en los labios pesa la sed.

Antonio mira, ¡pobre buen cojo!
concentra el alma, se enciende su ojo
ante el desfile del batallón;

y ante el estruendo de los tambores
siente en las venas nuevos ardores,
le hace cosquillas el corazón.

Y luego queda sombrío, huraño;
en las pupilas pone algo extraño
que clava tanto como un harpón;
y las muletas en que descansa
toman crujidos como de lanzas,
desgarramientos de maldición.

Porque recuerda, porque se agobia
pensando en ella, la pobre novia,
la mariposa del ideal;
aquella niña de cutis rubio
y en cuyos labios y cuyo efluvio
vibraba el roce de un madrigal...

También por fuerza lo reclutaron,
le dieron armas, se le llevaron
al norte, lejos, á combatir...
¿se hace de mimbres el patriotismo?
¿fuerza es doblarlo sobre el abismo
y que rebote para surgir?

Se lo llevaron los que no piensan
que sobre rabias que se condensan
puede la fuerza ser eslabón
que arranque chispas que lo fulminen,
que lo derritan, que lo calcinen
y enciendan fraguas de rebelión.

Siempre rabioso pero impotente,
sigue callado, porque presiente
que es como un río la libertad;
río que corre, se encrespa, baja,
y que el capricho de un hombre ataja
para esparcirlo por su heredad.

Cruzó desiertos, trepó montañas,
vió nuevas tierras, gentes extrañas
y una humareda subir, subir...

en las batallas perdió una pierna,
trajo consigo su rabia eterna
y unas medallas para sufrir.

Vino la gloria tras de la guerra;
después el oro, leguas de tierra...
todas tocaron su migajón:
para los ricos, las salitieras;
para los jefes, las charrateras;
para la tropa, la bendición!

La guerra es fuerte ciclón sin rumbos
que parte ovarios y echa sus tumbos
sobre las flores, sobre el trigal;
y sólo pone germinaduras
allá en las islas y en las alturas,
que se aprovechan de tanto mal.

Y bajo el ruído de las estrellas,
la Fama sólo se enreda en ellas
porque adivina que es la igualdad
luciente nube rodeando cumbres,
que echa hacia arriba todas sus lumbres
y echa hacia abajo su obscuridad.

Pobre buen cojo que á tu regreso
no hallaste el tibio roce del beso
del labio rojo que hace soñar,
ni te esperaba junto á la puerta
la anciana madre, la buena muerta
y apuñaleada por el pesar.

¡Triunfaste! Mira: oye los roces
que se deslizan formando voces
en el cerebro más de una vez...
Y si esas voces son ilusorias,
¡salve! á la guerra; á la patria ¡gloria!
y un nuevo ¡salve! ¡á la invalidez!

Bajo los ecos de la vihuela,
nada te queda, más que la abuela,
y el perro echado sobre el montón:

símbolo que huye, que ya se esfuma,
cuerda vacía, busto de bruma
y una ironía como canción.

Cuando cojeas gloriosamente
de ti se ríe ¡la pobre gente
burlona y frágil que pasa ahí!
que nunca ha visto por esta orilla
tantos cerebros con muletillas,
llenos de orgullo, que van así!

¡Pobre buen cojo! nunca un aliño,
nunca un arrullo de intacto armiño,
ni nunca un canto tendría jamás;
y ya no aguarda su Noche Buena,
dejadle, al menos, toda su pena,
dejad que sufra, que sufra más!

LA CANCIÓN DEL CAMPO

Hay como un roce de canción... Se aspira
sorbos de aroma en el trigal risueño
y el agro, sacudido como lira,
forja las epopeyas del ensueño...

La tarde henchida de tristeza heróica
cierra los ojos y se hiere el pecho,
y cual si fuera una sultana estóica
se abre las venas en el amplio lecho.

Cargada de sonrisas rompe el velo;
salta la sangre en luminosas huellas
y pronto dejará manchado el cielo
con sus blancos corpúsculos de estrellas...

Hay como un roce de canción macabra
en la red telegráfica que ondea
por donde va guiando la palabra
su rebaño de sueños y de ideas...

Hay como un roce de canción... Rumores
de cosas que se van llenan el río

en cuyo borde es la ignición de flores
boca corporizada del estío.

¡Oh, los gavilladores!... No se pierda,
¡oh Sol, tu lumbre aun!... Mira hacia abajo
donde el brazo afinado como cuerda
vibra todas las gamas del trabajo.

¡Oh, los emparradores!... Mientras hunden
la correa al atado, el torso se hincha,
y en idéntico Salmo se confunden
entre la caña que sus muslos pincha.

Y vistos desde lejos, inclinados
haciendo la gavilla y hoz al hombro,
parecen caravanas de soldados
perdidas de la lid... Contra el escombro,

Bajo los pasmos del cénit, vinieron
para obligarlo á derramar tributos;
y hoy por cada ancha herida que le atrieron,
en vez de sangre se desborda en fruto.

Así va cada uno, bajo el opio
del músculo explotado y siempre altivo,
pagado siempre en el esfuerzo propio
y nunca en el esfuerzo colectivo.

Se apaga la labor de un golpe de ola
¡qué importa el mar ni su incesante anhelo!...
¿pero es la gota desligada y sola
ó el chorro de agua el que fecunda el suelo?

Allá un gavillador, envejecido
en la guerra y la paz canta y espera
que esté apretada la carreta. Ha sido
destinado á llevarla hacia la ëra.

Y va. Llena de trigo entra en la puente
formada, ayer no más, de tablas sueltas,
y sobre un borde de ella tenazmente
pesa, le falta apoyo y se da vuelta.

¡Bandido! ruge el amo que espolea
su caballo, y con iras temerarias
lo estrella contra el pobre... ¿quién sondea
las sensibilidades de los parias?

Al recibir el ímpetu del choque
resbala una visión entre su mente:
es el capullo de una fuerza en bloque
que quiere hacerse flor bajo la frente...

Porque allá en sus residuos de soldado
entrevé que el derecho, siempre bello,
es más un recio potro desbocado
que frágil soga estrangulando el cuello.

Y se empaña el cristal de su deseo
bajo una nube que sobre él camina...
¿habrá siempre en cada hombre un Prometeo
amarrado al crestón de una rutina?

Los dos gavilladores más humanos
que de cargar inválidos se huelgan,
y recargadas de temblor las manos,
los alzan y llevan... los harapos cuelgan.

Frutos en sangre, y al temblar al viento
ponen en la esperanza la ilusoria
magnífica ficción de otros fargmentos
de banderas gastadas por la gloria...

El rancho polvoriento, en que el anciano
padece tanto, su pared escueta
simula una protesta del arcano
con una contracción en cada grieta.

Y en la techumbre carcomida y rara,
vieja abertura simboliza el duelo
como boca demente que intentara,
en su inmovilidad, morder el cielo.

Y por ese ancho boquerón, de prisa
entra el chorro de luz que parece una

prolongación de la ideal sonrisa
de un ensueño amoroso de la luna.

Los cerros, blanqueados levemente
bajo la tenuidad de esos fulgores,
parecen empinarse locamente
como enormes fantasmas vengadores...

———



Horacio Olivos y Carrasco

HORACIO OLIVOS Y CARRASCO

Es un refinado. Adora el arte de las formas brillantes y exóticas, y gusta de tejer las complexidades de su estilo sobre los primitivos símbolos del panteísmo heleno. Líricamente, cree en los dioses.

Su primer libro, «Neuróticas,» salvó felizmente los escollos de vulgaridad temidos para todo novel autor, y se sostuvo muy bien en un tono de sentimiento y delicadeza. Pero suele llevar su exotismo hasta la manía del derroche en la dedicatoria internacionalista. Y esto es francamente censurable...

VENCIDA

I

Junto al estanque sonoro
está la púdica Diana
como una griega sultana
con cabellera de oro.

Sus formas—rico tesoro
de morbidez parnasiana,—
hunde en la linfa liviana
con recato y con decoro.

Tiembla su carne de rosa
como una flor pudorosa
que besa el aura marina.

¡Y al verse hermosa en la fuente
deja escapar, inconsciente,
su risotada argentina!...

II

Tras unas rosas la acecha,
lleno de gozo el semblante,
un viejo sátiro amante
que en darle caza aprovecha.

Diana le ha visto en la brecha;
y de furor delirante
salta á la arena quemante
y coge su arco y su flecha.

Apunta al sátiro, y brava,
del pecho en medio le clava
su saeta vengadora...

Pero luego, arrepentida,
al verle rodar sin vida,
se arroja sobre él... y llora!

DE ALBA

Flota un blando perfume. Junto al lecho
mi novia calza su escarpín de seda,
y, como Venus de la espuma leda,
surge sonriente del nidal deshecho.

Sus bronces y sus lakas en acecho
la atisban desde el piano. Ella se enreda
los cabellos dispersos, y se queda
contemplando las formas de su pecho.

Una sonrisa espléndida ilumina
su virgíneo semblante de alabastro
con arreboles de carmín de China.

Y atraviesa el «boudoir,» dejando un rastro

de claridad exótica y divina
cual si pasase entre la sombra un astro!

LA AGONÍA DEL SÁTIRO

Bajo la selva hirsuta donde el jaguar celebra
sus nupcias en la sombra y en donde la culebra
arrastra en la hojarasca, como un convoy, su largo
cuerpo de anillos de oro, pasado ya el letargo,
triste, caduco, enfermo, la blanca barba en greña,
el sátiro se deja morir sobre una peña.
El sol, desde lo alto de su cénit, envía
sobre la selva hirsuta su clara chispería
como sangrienta lluvia de venablos de fuego,
mientras el pobre sátiro agoniza en sosiego.
El rumor de la selva, misterioso y salvaje,
en la quietud propicia hiere como un ultraje
al cornúpeto enfermo de senectud que injuria
su pasada altiveza, su vigor y lujuria.

Decrépito, achacoso, la barba desgreñada,
el sátiro agoniza como una llamarada...

Cual otro Job presiente su fin postrero. Sueña
despierto. Y, en su sueño, ve la aurora risueña
en que sintió su sangre hervir como la savia
varonil y robusta de los troncos. La rabia
de su impotencia pone en sus ojos la chispa
fugaz del odio enorme que sus arterias crispa.
Como un fraile posero, se revuelca en el verde
de aquella tierra virgen y sus músculos muerde
en las ansias supremas del postrimer martirio
de una visión que viera misteriossa y solemne,
de una visión divina tan blanca como un lirio
pero, como los lirios, no de la Parca indemne.

Triste, caduco, magro, la blanca barba en greña,
el sátiro se deja morir sobre una peña...

No romperá el silencio de la selva callada
ni la tiorba de Apolo, ni la flauta encantada
del viejo Pan, eterno violador de las ninfas

que hieren con sus senos las cristalinas linfas;
ni el estruendo de cascos del tropel de centauros
que por el bosque virgen va segando los lauros;
ni las flechas de oro de la púdica Diana
que va con su traílla, del bosque soberana;
ni los silfos alados que en un rayo de sol
dibujan su farándula, cual borrachos de alcohol;
ni los sátiros jóvenes que acechan en las ramas
las cabelleras sueltas que ondean como flamas,
los sonrosados flancos, las caderas redondas,
que, como un dulce ensueño, surgen de entre las ondas.

Decrépito, achacoso, la barba desgreñada,
el sátiro agoniza como una llamarada...

Leve visión lejana, ya para siempre ida,
ante los ojos pasa del sátiro la vida
con todas sus miserias y todos sus encantos,
como por sobre risas pasa un turbión de llantos!
Nostálgico, iracundo, sin pan y sin pesebre
se muere el pobre diablo mordido por la fiebre,
mientras en torno bailan de un pingajo yerto
las driadas y las ninfas de aquel bosque desierto,
mientras en torno exhibe su misterio la Gracia
y su real prodigio la luz del sol le advierte...
se muere el pobre diablo cuya ambición no sacia
ni el dolor de la Vida, ni el placer de la Muerte!

Triste, caduco, magro, la blanca barba en greña,
el sátiro se deja morir sobre una peña...

FEDERICO ZUNIGA

Este joven poeta es uno de aquellos en que más pronto se advierte la influencia del viejo león mexicano, sobre un temperamento de fogosidad innata,—imaginación romántica muy capaz de todos los arrebatos y atrevimientos del numen.

Sin embargo, son fáciles de advertir en su breve ciclo poético, el desarrollo de una personalidad y la generoso tendencia á exaltar los sentimientos de humanidad y justicia social.

SALMO

I

¡Cese tu necia timidez! Escucha,
que vengo á hablarte del amor en nombre,
con el vigor del paladín que lucha
con la videncia del viril profeta
á hablarte, cual mortal, pues soy un hombre,
á hablarte, como un Dios, pues soy poeta!

No sé si es fiebre ó es delirio insano,
no sé si es rabia ó es afán creciente,
la tempestad que hace temblar mi mano,
la tempestad que hace temblar mi frente!
No sé lo que es, pero triunfante vibro
cuando pienso en tus ósculos risueños
y soy como las páginas del libro .

de los apocalípticos ensueños!
No sé lo que es; pero á mi sién golpea
un aterrante vendaval, que opreso,
hace en la mente reventar la idea,
hace en los ojos estallar el llanto,
hace en los labios estallar el beso
y hace en el beso reventar el canto!
No sé lo que es; pero si audaz me sumo
entre el recuerdo de tu imagen bella,
soy encina, pináculo, soy humo,
soy águila, catástrofe, soy bruma
y ráfaga y relámpago y estrella
y piélago y vorágine y espuma!

II

¡Ah! ¡quién me diese conquistar de nuevo
tu pasión, tu pasión mágica y santa,
para volcar lo que en la mente llevo,
para romper lo que á mi sér espanta!
¡Ah si volvieras!... De placer borracho
diría al sueño: sed canción y canta,
diría al beso: sed caricia y rima,
diría al alma: sed titán y anhela,
diría al ansia: sed estrella y cima,
diría al ritmo: sed alondra y vuela!

¡Cuántos recuerdos! Aunque enormes vallas,
hoy nos separan yo soy siempre el mismo
que de pie en las luzbélicas batallas
al caótico borde del abismo,
deja la biblia del amor escrita,
deja la historia de su recio empuje:
da martillazos de volcán y grita,
da martillazos de volcán y ruge!
Y brego solo; pero no acobardo
aunque mi senda el infortunio alfombre:
yo soy el hombre que doblega al bardo,
yo soy el bardo que doblega al hombre!

III

¡Ah! cuando el sueño en mi cerebro tiende
su manto gris con embriagante calma,
y como tabernáculo se enciende
hasta el rincón más lóbrego del alma,
te veo que te acercas y me miras
te veo que me miras y te quejas,
te veo que te quejas y suspiras
te veo que suspiras y te alejas...
Y después, y después, trémulo, triste,
cuando el Apolo de la luz asoma
tras los montes y rojo se levanta,
cuando ya es todo vibración y aroma
y todo ríe, palmotea y canta,
te busco tembloroso y tú no vienes,
te busco suspirante y tú te escondes
te busco de mi fiebre entre los rastros:
cantas en la canción de los edenes,
lloras entre los pliegues de las sombras,
ríes entre los rayos de los astros!

Y que bella te encuentro en esas horas
en que olvidando trágicos agravios,
tengo en la mente floración de auroras,
tengo en el alma yemas de embelesos
y siento en los perfiles de mis labios
una estival resurrección de besos!

¡Como en mis sueños de delirios llenos
yo beso entre huracánicos antojos,
las crisomelas de tus blancos senos
y las borrajas de tus grandes ojos!
¡Cómo vislumbro bajo tenues velos
tus mejillas, dos rosas enfermizas,
y en ellas los románticos hoyuelos,
cual breves remolinos de sonrisas!
Y de tu voz los ritmos argentinos
son al vibrar con líricos encantos

chorros de perlas que recitan trinos,
chorros de trinos que recitan cantos!

IV

¡Oh deja el claustro criminal. Refleja
en mí tu rayo olímpico de diosa:
busca en las flores el panal: se abeja!
busca en los campos el jardín: se rosa!
¡Oh mi adorada que de pie en el plaustro
del fanatismo sufres mal profundo,
deja el oleaje oracional del claustro,
busca el delirio de huracán del mundo!

¡No tengas miedo de sufrir! Empina
la sien en medio de la lid aciaga:
¿eres alondra? Por lo mismo: trina;
¿res violeta? Por lo mismo: embriaga!

No tiembles, no, porque febril tú veas
que la canalla pedantesca y torpe
me disputa los triunfos palmo á palmo:
¡Siempre á los pies de las astrales teas
canta la densa obscuridad un salmo!

No tiembles, no, si el músculo se crispa
hoy que soberbias cumbres de granito
y túneles de cráteres barreno:
es porque tenga más vigor el grito,
es porque tenga más retumbo el trueno!

¿Qué tú no puedes combatir? No importa
ven hacia mí porque el deber me empuja
donde más vívido el combate vibre,
donde más recia la tormenta ruja!
Ven exprimiendo de la fe las mieles,
para la conjunción de nuestras almas
y por dosel yo te pondré laureles
y por alfombra te pondré mis palmas!

. . . .

El amor es la ráfaga inclemente
que abofetea y delirante zumba:

es el robusto y formidable puente
que une la cuna con la misma tumba!

. . . .

Ven: difundiendo el fuego en que te animas
la fe que resucita á los rehacios:
y que es un dedo que señala cimas
y que es pupila que señala espacios!

Ven: ¡necesito tu pasión! La quiero...
Ella basta á mi espíritu errabundo
para emprender su gigantesco vuelo
y yo sentir sobre la frente un cielo
y yo sentir bajo la planta un mundo.
Estemos juntos; pues contigo entonces
yo seré el fuego, tú serás el frío,
yo seré el hecho, tú serás la historia,
yo seré el monte y tú serás el río,
yo seré el triunfo y tú serás la gloria!

. . . .

EN LA RIBERA

Emergías del mar cual de un proceso
hecho por un esteta cristalino,
y su juicio en tu cuerpo venusino
vibró sintetizándose en un beso.

Yo de pie en la ribera, bajo el peso
de los celos, bebía como un vino
un éxtasis maligno... Mi destino
reía como un sátiro travieso!

Y cuando en la ribera toda llena
de un maternal aroma te tendiste
sobre las calideces de la arena,

yo vibré entre cóleras y antojos
y tendido á tu lado estuve triste
bajo la somnolencia de tus ojos!

En una onda de lilial dulzura
te envolvía el jardín... Y suavemente
un aire melancólico y doliente
giraba en derredor de tu cintura.

Y era como un pecado de la altura
aquel aire... Besábate en la frente
y venía hacia mí como un demente
que ha saboreado mi sorbo de locura.

Y luego en el ambiente diluía,
como el sutil aroma de una rosa,
toda la santidad de una agonía...

Y ahora aquí, maldito y maldecido,
siempre canta en mi ruta dolorosa
y aunque no quiera oirlo está en mi oído!

———



J. Lagos Lisboa

GERONIMO LAGOS LISBOA

«Soy de los que creen que la belleza y la sinceridad—Supremo Arte,—caben en todas las escuelas. Estas por regla general son el reflejo de la época ó *civilización* ambientes, y hay belleza en todos los ambientes, siempre que se los mire á través de un temperamento artístico. Con buenos cultores son buenas todas las escuelas. Cierto es que el intelecto latino-americano ha florecido bajo la sola influencia del romanticismo. El alma de América, ajena á discutibles refinamientos, apasionada y agreste, estaba modelada para vibrar con los arranques del corazón. A mi juicio, ninguna escuela ha tenido cultores que hayan sabido penetrar tan hondo al corazón humano, arrancarle sus íntimas sutilezas y cantar en forma tan emocionante al sentimentalismo amable de la Vida. Es la Escuela del corazón. Sus inefables ternuras peculiares, seguirán, todavía por mucho tiempo, haciendo traición con sus latidos á las filigranas de los orfebres modernos.»

NÉBULA Y FLOR

¿Prodigio? ¿Sueño? Su mismo acento,
sus mismos bucles jugando al viento;
de sus mejillas la misma flor;
el vaivén mismo de su cintura;
dentro del alma su igual ternura
con su inconsciente, sacro candor.

¿Esto es posible? Tres años antes
la ví yo muerta... y en incesantes

versos amargos canté mi cruz!
Tres años antes cogí azucenas,
vacié en sus cálices todas mis penas,
las eché adentro de su ataúd!

¿Y aquí de nuevo su albo destello?
¡Porque en la tierra faltaba un bello
sol de otros días, Dios lo hizo así!
Vistió á su hermana con sus primores,
la dió sus goces y sus temores
¡y es ella misma la que está aquí!

Celi, sonriendo, me dice incierta
que tiene celos de aquella muerta
que no he olvidado porque adoré!...
me ponen triste tales agravios
y, como quiero besar sus labios,
clama celosa: ¿Pues para qué?...

Con mis ternuras la he convencido
que es golondrina que ha vuelto al nido,
que á ella en su hermana la aprendí á amar,
que ella y su hermana son una misma,
que nuestro idilio tras ese prisma
mire y podremos juntos volar.

Luego á mi mano la suya junta
me lleva al cuarto de la difunta:
¡todo lo mismo que ella dejó!
Mis flores secas, sus trenzas blondas;
de sus vestidos entre las ondas
las cartas mías que más amó.

Celi su imagen toma del muro:
quizás, me dice, si eres perjuro...
y húmeda en lágrimas suena en voz.
Miro el retrato y á Celi admiro...
¿Cuál es la que amo? Pienso... suspiro...
y uno en abrazo loco á las dos!

Oprimo ardiente la vida intensa
de aquella muerta diáfana, inmensa,

que alienta en Celi, que vive en mí!
Música de alas roza su alcoba...
Su antiguo aroma mis dudas roba...
¡Sé, le respondo, que estáis aquí!

Y de tristezas con nuestro emporio
nos vamos juntos al oratorio
y arrodillados juntos los dos
por la adorada muerta rezamos;
sinceramente juntos lloramos
y en los altares se alegra Dios!

La luz penetra por las ojivas
en ondas suaves que pensativas
llenan de sueños la nave azul.
Miro á «María,» la miro á ella:
más que á la virgen la encuentro bella
todo llorosa bajo su tul.

Y vuelo entonces con mis quimeras
por las remotas altas praderas,
y arranco soles para nimbar
como en la virgen sus sienes puras...
¡Le hablo en secreto de estas locuras
y ella me dice que eso es pecar!

Porque tan bella la ví sería...
porque su acento me encendería...
¡de Dios delante la besé allí...!
La tornó pálida mi sacrilegio
y oró ante el Cristo modesto y regio
pidiendo dulce perdón por mí!

Después... al piano que en sus salones
cristalizara las ilusiones
de Wagner raro, sutil Mogard.
¡Los mismos trinos y el mismo piano,
la misma muerta que en cada mano
de Celi, amante vuelve á llorar!

De ahí, la noche. Sueñan làs flores.
Juntos paseamos los corredores

largos, solemnes, tibios, sin luz.
Le digo á Celi que es esta casa
como un cariño que nos abrasa...
¡que de misterios tiene un capuz!

Sueñan las flores. Palpita el campo.
La casa vela: su ojo es el lampo
de las linternas de la pared.
Silencio augusto, nostalgia incierta,
y, sobre todo, como una muerta
que aquí estuviera viva otra vez!

Platea un foco verde glorieta
donde sus ruinas buscó un poeta,
donde una bella de amor tembló;
vestigio amable del coloniaje,
donde una novia que tuvo un paje
trágica noche se envenenó!

Susurra el campo. Ladran los perros.
Luces lejanas allá en los cerros,
viejos perfumes en la heredad;
y acá en el alma, como un oído
que mis delirios ha sorprendido,
pone sordinas á mi ansiedad.

Celi suspira. Beso su mano.
Comprendo—dice,—todo lo arcano
que aquesta noche sabe tener.
Y hablando quedo, nuestros amores
van perfumando los corredores
que tantos pechos han visto arder.

¡Y así las tardes y así las noches
de cosas vagas con sus derroches!
¡Y así las albas como ellas son!
A despertarla fuí esta mañana
y al asomarme por su ventana
ya estaba frente del tocador!

Por la batista desabrochada
sorprendí apenas la inmaculada

santa hermosura que esconde allí...!
(Como en la muerta lo presumía:
las combas róseas, luz y armonía,
¡globos que al cielo sueñan subir!)

. . . .

¿No veis?... Seguidos de mis lebreles
vamos cantando por los vergeles
llenos de lirios, plenos de sol!
De algún ramaje rueda algún nido;
juegan las ráfagas con su vestido,
con sus mejillas juega el rubor!

Junto á aquel rancho, sobre aquel puente
maravillada la humilde gente
como otras veces dirá al pasar
que es nuestro afecto nívea campana
que en este valle cada mañana
hace á una muerta resucitar!

Loca alegría nos atolondra.
Va con mis versos su voz de alondra
dichas dejando por la extensión.
Y hasta mi duda ya no averigua
si ésta es la misma, mi novia antigua,
ó si amo en ésta la que murió!

———



Luis F. Coutard

LUIS F. CONTARDO

AL ÁGUILA

I

¡De cerca humanos ojos nunca te vieron!
Amas las cimas negras de los volcanes,
y habitas los barrancos que sacudieron
con sus hombros de fuego los huracanes.

Cuando, barriendo nieblas en las fragosas
sierras, el sol que triunfa las crestas baña,
de la cumbre en el agrio peñón te posas
como salvaje reina de la montaña!

Y, al encrespar tus plumas el viento frío,
paseas la serena mirada altiva,
entre el mundo que abajo duerme sombrío
y el incendio de auroras que estalla arriba.

¡Oh cómo te destacas soberbia, cuando
al recuerdo de triunfos y de grandezas,
el gris y calcinado cuello esponjando,
nostálgica de alturas, te desperezas;

y tras la roja nube—bajel que oscila
y por el mar del éter, veloz resbala,—
en el Oriente hundiendo la audaz pupila,
al espacio te lanzas, tendida el ala!

Al espacio te lanzas donde te meces,
soberana altanera de esas regiones;
al espacio infinito, donde cien veces
empujaron tu vuelo los aquilones,

mientras—batiendo el ala, triunfal, tranquila,
allá de la encendida nube en el seno,—
fulguraba el relámpago en tu pupila
y vibraba en tu grito la voz del trueno!

¡Ah! ¡cuántas veces, cuántas, te detuviste,
por ver tras los jirones del iracundo
vendaval, á lo lejos, callado y triste,
como un peñasco negro, rodar el mundo!

Cuando el azul imperio rauda atraviesas,
de este polvo tan lejos, en que me arrastro,
¿vas, huyendo del mundo las impurezas,
á hollar la inmaculada frente de un astro?

Y mientras la pupila te sigue errante,
y, al ver que en el vacío te hundes, se asombra,
¿acaso tu divisas flotar radiante
sobre abismos de estrellas, de Dios la sombra?

II

Al verter el Poniente sangre en el monte,
desplegadas al viento las pardas plumas,
como un astro sombrío del horizonte
perdida te levantas entre las brumas.

¡Vienes desde muy lejos... desde muy lejos!
—A la desierta playa las ondas locas
los restos arrojaron de barcos viejos
que estrelló el oceano contra las rocas.

En el peñón del náufrago la sién sangrienta
se enfría, del crepúsculo á los desmayos,
mientras con chal de nubes va la tormenta
por la mar sacudiendo su crin de rayos.

—Cuando el cenit llovía lampos de fuego
sobre el desierto inmenso, paróse el bando
de los viajeros mustios... y enorme luego
el huracán de arenas pasó bramando...

Y tras silencio largo vierte sus calmas
el crepúsculo de oro que mudo flota
sobre un hombre que yace junto á unas palmas
—náufrago del desierto,—la entraña rota...

—Rasgados estandartes de la pelea
entre nubes de polvo se van triunfantes,
y en los llanos que el humo negro aun sombrea,
hay miembros destrozados y palpitantes.

Y de un feudal castillo junto á la vieja
muralla, de las breñas por los abrojos
el ganado en revuelto tropel se aleja
de los tibios jirones de unos despojos...—

¡Te hartaste, y ya vuelves bravía y torva!
Y, llena la pupila de lumbre extraña
y goteändo sangre la garra corva
vas á hundirte en la sombra de tu montaña...

III

Empapada del éter en los efluvios,
no hay cimas del espacio que no domines;
y las grises riberas, los campos rubios,
rojean con los restos de tus festines...

¡Acaso, revolviéndose, alumbre y ruja
bajo tu frente un cráter, que de igual modo
que al hombre á los abismos del sol te empuja,
mientras, gusano altivo, te atrae el lodo!...

Italia, 1901.

GRANDEZAS

¡Un cadáver de piedra!... ¿Es esto aquella
Roma triunfal, encarnación de Marte,

que, recorriendo el orbe, en cada parte
sembró un laurel al estampar su huella?

Y Grecia, y Grecia ¿dónde está?... la estrella
de oro colgada en el cénit del Arte?
Sión, santa ciudad, pudo arrastrarte
la tempestad del tiempo? Envuelto en ella

todo cae—de un polo al otro polo,—
como en la cima inaccesible el cedro
rueda al abismo con el rayo. Y sólo

firmes pasar la tempestad han visto,
entre las ondas, el bajel de Pedro;
sobre la cumbre de los siglos, Cristo!...

VESPERTINA

A la memoria de una hermana

¡Tal fué la tarde inolvidable aquella!
Tarde en que, del mundo en el santuario,
cada lirio silvestre es incensario
y lámpara de oro cada estrella.

Con rumores de mística querella
rodaba sobre el valle solitario
la oración del musgoso campanario
que entre los techos del lugar descuella.

Murió esa voz. De la montaña bruma
bajó una garza, con callado vuelo,
al dormido juncal de la laguna.

Todo fué paz... Y en la infinita calma
del crepúsculo azul, volóse al cielo,
como el perfume de una flor, su alma!

A UNA PALOMA

¡Toda blanca eres tú; toda inocente!
Del tibio nido en la íntima ternura

eres del casto «amor» imagen pura
con la luz del pudor sobre la frente.

Cuando en la margen de azulada fuente
que soñadora entre el zanzal murmura;
ó, replegada el ala, en la espesura
del sombrío pinar, tu voz doliente

al aire das, parécenme tus quejas
notas del himno que en su eterno anhelo
entona la «esperanza...» Y si te alejas

del bosque y te alzas con tranquilo vuelo
por la callada inmensidad, semejas
candorosa «oración» que sube al cielo.

———

MAX SARA

Es el primo del gran poeta Pedro A. González. Aparece por esto mismo más meritorio en él, que haya sabido sobreponerse en muchos casos á la doble influencia del maestro. El subjetivismo de su poesía es nítido, aunque adolece de cierta afectación.

«Un verdadero poeta—escribía Halmar,—con una forma nueva y una manera suya de decir cosas propias. Me hace pensar en Magallanes y me recuerda á Marquina, el más grande entre los grandes poetas de la España nueva.»

EL AGUA

Y semeja la fuente
muchacha que gorjea.
Lleva un beso de luz sobre la frente;
y el beso de su labio mata y crea.

Sangre de abajo, lágrima de arriba,
desata tu puñado de gorjeos;
tú, que vas fugitiva
fingiendo sucesiones de aleteos.
Preludia tu canción de Primavera
al beso de las ávidas raíces:
el pan misterioso te llamó su obrera
¡oh, tú, la madre de los días grises!
El pan misterioso ha hecho
de cada copo de tu espuma un labio

y cada copo nos evoca un nido.
  En ti beberá el sabio.
Resbala cual sonrisa cristalina,
sobre esa joya rústica, el guijarro.
Tras tus bodas de luces con el cielo
celebra tu connubio con el barro.
Alégrate en la selva polvorienta,
desgárrate la entraña en la cascada,
promesa de vergel y de tormenta,
  ¡Oh gran serpiente alada!
El verso de tu espuma
tiene estremecimientos de capullo;
el verso de tu bruma
es la condensación de un gran arrullo.
Bate el ala invisible de tu verso
como un sollozo alada que se aleja
del lago, que es pupila que se queja,
hacia otra gran pupila: el cielo terso.
Desata tu puñado de gorjeos
esencia de la vida; tú eres llama.
Tú hálito tiene ardores de deseo:
apresúrate y ven; la tierra te ama.
Preludia tu canción, madre del hielo,
por sobre el agrio torso de las sierras.
La luz es la sonrisa de los cielos
y tú eres la sonrisa de la tierra.
Apresúrate y ven, sangre de abajo.
La arista del cristal de tus entrañas
que desgarra la roca, hace los tajos
que borran las montañas.
  Sacude el ala ¡oh noble!
Sobre la tierra y con la tierra vuela
tu desmayo otoñal, savia de roble.
  Sacude el ala !oh santa!
el ala temblorosa
por la nostalgia del azul y vuela.
Cuando la besa el sol que se levanta
tu nube es como el vientre de una esposa.

LA GUITARRA

La guitarra tiene al alma de una niña de ojos claros
n su caja hay como un nido todo lleno de aleteos
un jardín por primavera su cordaje yo comparo
sus snotas á una fuga de nostálgicos deseos
ue susurran los ensueños de una niña de ojos claros.

Tiene una alma que ve rojo; tiene celos la guitarra.
la cuerda como carne se retuerce enronquecida
l contacto de una mano que se crispa como garra
hay temblores de beodo y estertores de suicida
n el canto desgarrante de la trágica guitarra.

La guitarra tiene un alma de mujer desengañada.
sas cuerdas son las canas de su testa fatigada
oy tan sólo guarda el eco de su risa de coqueta.
sus notas son hermanas de la nieve esparramada
n la barba temblorosa de un romántico poeta.

La guitarra sin cordaje es como una sepultura
n su caja se callaron los acordes de tristura
ual se ahogan los sollozos en la agónica garganta;
su caja destrozada es retrato de esa obscura
xistencia en cuya sombra ningún trino se levanta
no deja ni aun un nombre en su angosta sepultura.



Ernesto Montenegro

ERNESTO MONTENEGRO

LA PLÉYADE

(Fragmento)

'ué aquel tiempo de hermosas fecundas primaveras
que estalló la savia del patrio pensamiento,
ındo aun repercutían hacia las cordilleras
voces colosales de Mitre y de Sarmiento.

.astarria—¡oh gran espíritu que animara una vida
juventud perenne!—fué la voz precursora,
ıl ave tempranera que en la selva dormida
pereza los trinos cuando viene la aurora.

El numen de su verbo, la inmortal esperanza,
fuerza rediviva de su ideal exhuma.—
do un río de ideas, de obras y de enseñanza
encauza por el surco sangrante de su pluma!

Y aun perdura y alienta y embiste la muralla
dogma, que hoy un soplo del progreso derrumba.
mo el del Cid su espíritu retorna á la batalla
las victorias fragua del fondo de una tumba.

Bilbao, aquel filósofo y paladín romántico,
rústicas pupilas y bravías melenas,
npió en los juveniles preludios de su cántico
choque de las armas y al son de las cadenas.

Bajo sus pies hervía la rugiente marea
popular. Meció en ella su existencia, y el grito
de libertad vibrando del pueblo en la asamblea,
repercutió en la muerte del pensador proscrito.

Cuando algún tema heróico me inspira, en agitado
vórtice las visiones del bando antes inerte,
pasan ante mis ojos desde el hondo pasado.
Les envuelve la augusta majestad de la muerte!

Aquél la lira clásica pulsa. Su ritmo antiguo
hace acordar al ritmo de pensamientos nuevos.
La rebelión que triunfa de un ideal ambiguo,
pone su grito en boca de ninfas y de efebos.

Este, embocando ahora la homérica trompeta,
ensaya un himno. El coro de las viejas legiones
brota transfigurado de su pulmón de atleta
para inflamar la hoguera de las revoluciones.

Ese medita á solas con la ciencia. Su labio
profetiza los tiempos en que la luz idea
será antorcha del mundo. Y á su fulgor el sabio
se adelante en la sombra que al porvenir rodea.

Otro, abierto el legajo de las añejas crónicas
inquiere en los diabólicos misterios coloniales:
la milagrosa vida de agustinos y mónicas;
el memorable estilo de los cabildos reales...

El de la voz tonante y el gesto en desafío,
perfil agudo, como de justador manchego,
ahuyenta las mesnadas con temerario brío
y marca á los esbirros con cláusula de fuego.

Campeón de la polémica, por el tajante acero
de su pluma, fué reto, providencia y azote.
Sombra de algún errante medioeval caballero,
redimiendo escribía como peleó el Quijote!

¡Y todos! bardos, héroes, sabios y pensadores
tienden en libre vuelo su alciónica mirada

al porvenir. ¡Acaso verán nuestros mayores
su juvenil quimera sollozante y burlada!

Despertarán un día. Ya la inquietud se advierte
rondando como un soplo sus fúnebres cendales.
Aguardan, tras el rígido abrazo de la muerte,
el beso de la gloria que los hará inmortales!

———

HONORIO HENRIQUEZ PEREZ

ERRANTE

I

Una mañana, siendo muy niño, dejó su casa,
con mucha pena, con cien proyectos, con fe no escasa,
y al fin del tiempo, corriendo tierras, ¿dónde estará?
Sé que lo han visto con su bagaje de peregrino
que va buscando por las tinieblas de su camino
la ansiada palma que su carrera coronará.

Sé que lo vieron, feliz, un tiempo seguir la estrella
de unos amores, y que olvidado después por ella,
reir ya nunca, como otras veces, nadie lo vió;
y que ante el humo de aquel ensueño desvanecido,
solo, agobiado por la tristeza de tanto olvido
dobló su tienda, quemó sus versos y se marchó.

II

Si por tu casa lo ves que vuelve con la sonrisa
de los que ríen porque se mueren más que de prisa,
y sólo mueve con sus pesares tu compasión,
déjalo solo, deja que vaya como una sombra,
que si hay engaño que no se dice, que ni se nombra,
es el engaño con que has herido su corazón.

Déjalo solo, deja que tome por el camino
que ayer resuelto siguió, luchando con el destino;
si lo desprecias, déjalo solo; no volverá...
Si una mañana siendo muy niño, dejó su casa
con mucha pena, con cien proyectos, con fe no escasa,
tal vez de nuevo la fe de entonces lo salvará.

CARLOS R. MONDACA

EVANGELIO

Están los ojos fijos en las nubes
que van como unas aves agoreras
con sus alas enormes. Como un lago
que refleja los cielos, las pupilas
son azules ó grises, ya sonrientes,
ya torvamente brunas. Como un lago
profundo y misterioso, copia el alma
luces de auroras, claridad de estrellas,
sombras crepusculares, y la augusta,
la soberana sombra de la noche.
—Chispa que brilla apenas, que se apaga
con un fulgor tan rápido, suspiro
de luz muerto en un átomo del tiempo,
vive la eternidad y el infinito
de la naturaleza guarda el alma.—

Y el Gran Todo está en todo.
La hoja que vuela y el reptil; la gracia
de las espumas y la negra nota
del fango; las montañas que desgarran
del dombo azul y el átomo que el ojo
siente apenas se juntan y se besan;
y en la sombra se estrechan y son uno;
y el mismo soplo que rozó la cumbre
pasa rozando el llano y acaricia
las espumas y el fango, los follajes
y el polvo; y unas mismas vibraciones
de vida universal todo lo envuelven.

La luna, ¿veis? tan pálida, tan triste,
tan remota, perdida en lo profundo
del abismo lejano. Y el mar la ama,
y un estremecimiento voluptuoso
pasa por las entrañas del gigante;
y en un hervir apasionado se alza,
como una aspiración á lo infinito;
y florece de espumas como azahares,
como el rosal sus rosas ó sus versos
un cerebro poeta.
Y se adormece
bajo la cándida caricia, como
si fuera el roce de una mano
blanca sobre una frente indómita.

¡Las nubes! Las graciosas mensajeras,
como velas latinas, en bandadas,
pasan flotando en el azul. Lejanas,
tan lejanas como un sueño que apenas
se recuerda, su paso por la altura,
como un beso, como un beso fecundo
que germina en el vientre de la tierra.
Pupila inmóvil y honda, las ve el lago
con la mirada cariñosa, intensa,
del padre que en silencio contemplara
los juegos de sus hijos. Porque él sabe
que son distantes formas de la misma
maravillosa esencia, que la nube
nació de sus entrañas, y su vida
de éxtasis late en el hinchado seno
de la nube lejana.
Y van pasando
blancas, grises ó rojas portadoras,
de un mensaje de amor á deshacerse
como lágrimas diáfanas, como albo
plumaje de palomas en la cumbre.
La cumbre solitaria, la atrevida,
como frente que niega, que se yergue,
reto interrogador del infinito,
se envuelve en la caricia de la nube,
y se hace blanca y suave como el alma
de un niño. Y como un alma, aquel mensaje,

lleno de amor del mar y de los lagos,
devuelve en el candor del ventisquero
y en la canción del río.
¡Y se encadenan
en un abrazo eterno, la montaña,
la pradera y el mar!
¡Almas de sombra
que vais, ciegas ó sordas, por la vida,
jirones errabundos de una noche
sin alba, abrid los ojos y que tengan
su aurora al fin. Abridlos y que copien
la infinidad de la naturaleza!

Yo he escuchado temblando el formidable
Verbo que habla de amor, Verbo que canta,
como un salmo á la vida, en el afable
rumor de la corriente ó en la loca
lengua de la cascada. Yo he mirado
con alma temblorosa los milagros
del alma de las cosas, y la santa
Unidad que del átomo y del monte,
de la espuma y del fango, de los cielos,
la pupila y el alma; que de todo
hace una sola nota en el concierto
de la armonía universal.
Mi alma
sabe también el Evangelio eterno
que las nubes anuncian desde lo alto,
la suprema verdad: Sed como el agua.
Sed como el agua; que se vea el fondo
de vuestro pensamiento; que se pierda
fecundo en las entrañas de la tierra;
como vapor de incienso, que flamee
sobre cumbres que nunca holló la planta;
que pase acariciando la pradera,
como jirón de cielo; y vaya siempre,
mordido por las rocas ó besado
por las flores; cantándole á la Vida,
y al fin, amplio y grandioso como un río,
se hunda en la Inmensidad...

PEDRO PRADO

Tan original en sus ideas como en sus versos: su musa es caprichosa, burlona á veces, sarcástica otras, mezcla de sensualismo con poéticas ternuras, perfumes de rosas y acíbar en el fondo. Es poeta fecundo, y ha creado un molde propio, sin limitado marco, para su inspiración.

PODER DEL AMOR

No sé si pienso en algo ó bien en nada.
En puntillas se van las horas calladas.

Duerme mi voluntad y duerme mi conciencia
y libran á mis manos de toda extraña influencia.

Y mis manos se mueven como seres vivos,
seres que parecen ajenos á mí mismo.

Yo las miro hacer, y luego no las veo
que de nada me sirven los ojos que llevo.

—

Heme vuelto en mí. Ante la vista tengo
diseño de la amada por mis smanos hecho.

¡Oh! poder del amor, aun cuando no pienso
vive entre mis manos su recuerdo!

LAS MANOS

¡Manos de la amada dignas de una reina
si una reina digna de ellas fuera!

manecitas breves
con florecillas de azul entre la nieve
y con menudos dedos
que en sonrosadas uñas se florecen.

Manos compasivas, cariñosas,
con cuánta bondad siempre se posan
sobre mi frente; manos blancas,
cuando ayudáis á bien sufrir
sois unas santas.

En el tiempo bueno, magas divinas,
palmoteando aumentáis la alegría,
locas manos de niña:
y siempre os extendéis prestando ayuda
nobles manos menudas.

Previsoras sin que os rinda la fatiga
sois las hormiguitas de la vida.

—

Manos blancas de azuladas venas
haced que mi vida sea buena.

Manecitas mías
otorgadme mi parte de alegría
y si hadas sois, llenad de flores
nuestro común jardín de amores.
Cuando muera
haced que mis párpados se cierren,
pero haced que se cierren lentamente,
así mis ojos turbios vuestra imagen lleven
más allá de la muerte!

VIVE

Vivir no es
dejar pasar las cosas
al través de las horas
sin saber el por qué.

No el quedarse á la orilla
siendo de las aguas el pasar,

tan sólo oyendo su cantar.

Entrate en ellas
y ya no será tu imagen la allí refleja,
sino tú misma la del agua presa!

Sentirás su fresco bienhechor
que el alma eleva
é inclinando un poco la cabeza
beberás, apagarás tu sed
y goce de la vida comenzará el saber
que á perdonarlo todo
lleva el comprender.

No te quedes á la orilla
mujer, tú, la que serás mía,
éntrate en esas aguas,
vive tu vida!

EL MONJE

(Fragmento)

I

¿Por qué, por qué, sin fe para el combate,
el alma alada que á la cumbre vuela,
olvida que es espíritu y se abate
cuando la frágil carne se revela?

¿Por qué, ludibrio de borrasca loca,
la conciencia vacila, y gime y calla,
cuando el brutal instinto la provoca
á sostener con él recia batalla?

¿Qué hondo misterio es el que el hombre encierra,
que el cuerpo vence al alma en el gran duelo,
siendo el cuerpo una sombra de la tierra,
siendo el alma un relámpago del cielo?

II

Ante el sol inmortal que se levanta
y tiñe el éter de ópalo y de rosa,
el himno eterno de la vida canta
con magnífico ritmo cada cosa.

Mas ¡ay! El monje en su nostalgia muda
oye sólo zumbar el ala incierta
con que el lóbrego cierzo de la duda
bate las ruínas de su fe ya muerta.

Envuelto en el fantástico sudario
de su austera y flotante saya mística,
se arrodilla temblando en el santuario,
delante de la lámpara eucarística.

Es insondable, es infinito el velo
de la fúnebre noche que le ofusca.
Es un fantasma, es un sarcasmo el cielo;
huye más lejos cuanto más le busca!

III

Después de orar al borde del abismo,
siempre sin esperanza, siempre en vano,
y de sentir la nada de sí mismo,
le abre su corazón á un monje anciano.

Lleno de santa unción y amor profundo,
el viejo monje largo tiempo le habla
de que busque en el piélago del mundo
sólo en la cruz su salvadora tabla.

¡Ay!—le dice,—del alma que blasfema,
y que se olvida de su excelso rango,
y que arrastra su fúlgida diadema
y sus cándidas alas por el fango!

El alma que á sí misma se abandona,
y que entre el mal y el bien, el mal prefiere,

rompe el lazo que al cielo la eslabona:
vive para Satán: ¡para Dios muere!

IV

Y él le oye. Y en su celda solitaria,
armado de una férula sangrienta,
á compás de una fúnebre plegaria,
verdugo de sí mismo, se atormenta.

En su místico anhelo de vencerse,
lleno de santa cólera se azota,
y de dolor su carne se retuerce,
y roja sangre de su carne brota.

Es inútil su bárbaro martirio,
La fiebre estalla en su cerebro luego.
Y á través de las sombras del delirio
él ve flotar una visión de fuego.

Es la visión de la mujer que adora:
que con su carne pone su alma en guerra;
que lo acosa tenaz hora tras hora;
¡que lo hace al cielo preferir la tierra!...

TARDE ESTIVAL

Vamos ya... Plácida sombra
da el árbol; su muelle alfombra
el verde trébol extiende
para que descanses tú...
De tus pasos el fru-fru
mi exótico afán enciende.

Siguen mis ojos la línea
de tus formas, la virgínea
ondulación de tu talle
y la gracia de tu pie:
cuando tú pasas... se ve
más claro el cielo y el valle.

Tu voz es cadencia cálida,
y hay ardores de cantárida
en tu boca y su caricia,
que siendo inexperta y pura,
embriaga con la locura
de una divina impudicia.

Mi pensamiento se enreda
en la temblorosa seda
de tu escotado corpiño,
de tu escotado corpiño,
donde virginal aroma
la rosada y dulce poma
de dos magnolias de armiño.

Bajo tu negra pestaña,
en tu pupila se baña
de oro de sol una hebra;
tiene tu mirar risueño,
la vaguedad del ensueño
y la caricia que afiebra.

Amor tu rostro embellece;
y á mi beso se estremece
tu seno de pasión loca;
y de dicha adormecida,
forman mis caricias nido
con tu perfumada boca.

¡Qué de encantos atesora
tu juventud... La luz dora
tu tibia piel de alabastro;
y mi caricia ardorosa,
de tu doncellez hermosa
busca el perfumado rastro...

. . . .

El placer tu voz acalla...
En tu boca se desmaya
mi boca... No hay otro ruído
en nuestro ardiente embeleso,
que el suspirante gemido

que arranca á tu amor mi beso.

La dicha mi pecho embriaga...
¡Dame tus besos!... Apaga
mi ardoroso frenesí,
mis ansias devoradoras;
y así transcurran las horas
entre tus brazos, así...

LOS CARPINTEROS

Cuando el sol insular su faz asoma
la montaña se envuelve en su áureo manto,
cruza el cielo algún vuelo de paloma,
surge del río y de la mar un canto.

Los carpinteros clavan entretanto,
sus picos en los robles, y en la loma
y la montaña, en el tranquilo encanto,
el golpe el eco de un hachazo toma.

Del bosque son alados leñadores
de cuerpos negros y cabezas rojas
de un rojo de vivísimos fulgores.

Cuando los miras, Sol, tú te sonríes
porque entre la esmeralda de las hojas
son finos aderezos de rubíes.

LAS TRES MARÍAS

Un lago de negrura es todo el cielo
en la noche tan quieta y silenciosa
como una viuda que en su inmenso duelo
ya ni puede llorar y ni solloza.

Luego en el lago se descorre un velo
y en su angosta abertura luminosa
las tres estrellas miran con recelo
el negro mar que en su capuz se emboza.

Y mucho brillan. Son las tres Marías
que son tan blancas que parecen lirios,
tan blancas, luminosas y tan frías.

Quién sabe si no engañan las miradas
y en la noche y su duelo son tres cirios,
ó bien las puntas de unas tres espadas.

AGRESTE

El sol de su gran beso lujurioso á los jóvenes
maices que en sus tallos se empinan gravemente
luciendo el atavío de sus verdes cintajos;
á la lba correhuela, cual copa de alabastro,
con cuya miel se embriagan legiones de mosquitos;
á la abierta biznaga, cual sombrilla minúscula
que da sombra y frescura á las verdes cantáridas;
á la flor de gapallo, que es el sagrado cáliz
de oro, donde comulgan las místicas abejas
y á la niña que viene con su traje rosado
saltando alegremente por entre la maleza,
toda ella tan fresca como una rosa viva...

Y á su paso se alzan en tropel luminoso
las cantáridas verdes y las moscas azules
y los mosquitos áureos cuyos esmaltes brillan
al sol con los fulgores de las piedras preciosas.

BODAS DE PLATA

(A un poeta «Malgré Lui»)

Exhibiendo tu retrato,
un periódico barato
te hizo no há mucho la pata
porque como «literato»
cumples tus bodas de plata.

Es decir, veinticinco años
que llevas tú reconocidos

atendiendo los oídos
tanto á propios como á extraños
con tus cantos desabridos.

Veinticinco años cabales
en que no has hecho otra cosa
que renglones desiguales,
echando al viento á raudales
tu cántiga empalagosa.

¡Cuánto tiempo malgastado
que pudiste haber empleado
por tus propios intereses,
en manejar el arado
para cosechar las mieses!

Porque ¿dónde está el provecho,
dónde los frutos «sonantes»
de pasar, como lo has hecho,
cinco lustros en acecho
de rimas y consonantes?

¿Te has labrado una fortuna
con echar sin tregua alguna
ditirambos «para ellas,»
quintillas á las estrellas
y sonetos á la luna?

¿Cuánto te dió el madrigal
que escribiste con motivo
del cumpleaños de un tal?
¿Te ha dado una octava real
el valor de su adjetivo?

¡Y si tus versos mejores
merecieran los honores
de tanta fecundidad!
Pero es la pura verdad
que todos ellos son peores.

Buscas pretexto á menudo
para sacar de la vaina

ese tu estro campanudo.
¿Te hizo Fulano un saludo?
¡Pues que tema la versaina!

Porque habrá más de algún tío
que, fecundo hasta dar frío,
sea tu digna pareja,
pero á ramplón, hijo mío,
nadie te moja la oreja.

¡Y así hay quien se desata
en piropos indecentes
y te coge, y te retrata,
cuando atisban esas gentes
llegar tus bodas de plata!

Pues, hijo, ¿sabes lo que
deberían hacer todas
esas gentes de tupé?
quitar á «plata» la «p»
y celebrarte esas bodas...

PASTEL

En el nácar oval de su semblante
brillan sus ojos glaucos y burlones
con reflejos de púrpura llameante,
cual la piel de los raros camaleones
fabulosa, lucífera y cambiante.

Fresca rosita suave de matices,
palpitantes de esencias seductoras,
son pequeñas y lindas sus narices:
narices de princesas pecadoras,
de sirenas de amor y meretrices.

Sus labios de flamígeros corales
se entreabren melancólicos, ardientes,
como fimbrias de heridas ideales;
y rutila el acero de sus dientes
con reflejos de liágicos puñales.

Su cabellera espléndida, que encanta,
corona de fulgor su sien bizoña,
y en torno de sus hombros adelanta,
como una gran cascada de borgoña
en las copas de azur de su garganta.

Impregnado de cálidos aromas,
rico corsé de raso rosa veda,
de su seno las cándidas palomas,
como precioso búcaro de seda
que sostuviese dos fragantes pomas.

De albos encajes, cual de etéreo fondo,
como dos ramas de argentadas lilas,
surgen sus brazos de perfil redondo
sobre el nido de amor de las axilas
sombrëadas de ardiente vello blondo.

Dibujando sus formas deliciosas,
ciñe su talle deslumbrante enagua;
y sus manos, tan claras y azulosas
cual diamantes de luz de primer agua,
caen encima, como nuestras rosas.

LA PROCESIÓN DE SAN PEDRO Y LA BENDICIÓN DEL MAR

(Fragmento)

Talcahuano, Junio.

Sobre unas andas de oro San Pedro viene
entre cuatro banderas con flecos de oro;
¡feliz la cofradía que lo sostiene
sobre sus musculosos hombros de toro!
Su pesca será doble, desde mañana,
las aguas que la ahoguen serán benditas;
¡con qué mirar que enciende la sangre humana
les clavan sus ojazos las mujercitas!
No ha envejecido el santo. Como un mozuelo
lleva rosado el rostro y alegre el talle,

pero en su testa calva se copia el cielo
como en las aguas lluvias que hay en la calle.
¡Cata! La barba negra ,crespa y lozana,
va diciéndole á gritos al más pacato:
barba de tantos años, sin una cana,
claro es que usa por peines «manos de gato...»
En la siniestra mano dos llaves alza
el portero del cielo: la llave grande
y otra con que ha de abrirles la puerta falsa
á los hijos del pueblo que el mar le mande.
Y como va á la pesca, por cumplimiento,
ya que salir sin redes fuera desdoro,
entre sus sacras manos columpia el viento
una malla luciente de plata y oro.
Y así, sobre diez mozos de buena traza
desfila por el claro que el pueblo le abre,
sin temer que el mal tiempo, que ya amenaza
como apaga las velas, lo descalabre.

¿Qué ha pasado?... se para todo el cortejo
y aplaudiendo, la gente se arremolina:
es que «El Tecle» se avanza, fletero viejo,
á saludar al santo por la marina.
Lleva su saco al hombro y á la cintura
una faja encendida bien apretada
y entre la barba cana y la tez obscura
una nariz de fuego, como granada;
entre aspavientos grandes mil cosas dice,
y cuando su entusiasmo raya en extremos
termina épicamente: «patrón, avise
cuando requiera un bote con cuatro remos.»
Dice «El Tecle,» y se cuadra, mientras el santo
sin mirarlo siquiera de largo pasa,
y entre nubes de flores, incienso y canto
por el muelle se cuela, como en su casa.

———

SEGUNDA SERIE

MANUEL VARAS ESPINOSA

Nació en Quillota el 25 de Marzo de 1882, es uno de los escritores de gran actividad literaria é incansable para el periodismo. Simultáneamente se ha visto su firma en periódicos de Venezuela, del Perú, de Bolivia, de la Argentina, del Centro América, de Santiago de Chile y de Valparaíso, siendo verdaderamente digna de encomio su laboriosidad y de aplauso su hermosa inspiración y fácil decir.

RAFAGAS

(Contestación á un amigo)

No aguardes, no, que de mi labio broten
canciones por sollozos engendradas;
el volcán cuando estalla nunca gime
en lugar de gemir truena y rebrama.
El torrente al saltar sobre las peñas
pregona con estruendo su caída,
y mi voz, cuando canto, es un torrente
despeñado en las cuerdas de mi lira.
A los que alientan juventud y vida
no hiere el desaliento ni el quebranto,
y yo soy de esos, y mis cuerdas tienen
el vigor juvenil de mis veinte años.
¡Atrás! los que convierten sus cantares
en una copa que rebosa lágrimas;
si yo lo hice en un tiempo, era paloma,

pero ahora soy cóndor y soy águila.
¿A quién importa que el «simún» desgaje
las ramas de la palma en el desierto?
¿quién se inquieta al oir como suplican
del cisne moribundo los acentos?
Inútil pregonar los sufrimientos,
inútil que se sepan las congojas;
yo, si sufro, me guardo mis pesares
porque son míos, porque á nadie importan!

*

No aguardes, no, que de mi lira broten
sonidos que al nacer se desvanecen,
yo busco inspiración para mis cantos
en el viento, en la luz, en el torrente.
En todo lo que vive y lo que es grande,
en todo lo que ruge y lo que canta,
porque para cantar cosas sin vida
indignas de cantar, no se hizo el arpa.
Si no canto al amor, no es porque falte
en mí ese fuego en el altar del alma:
el amor que se canta no se siente,
y el amor que se siente no se canta...
No importa que mis cantos no se escuchen,
no importa los rechacen ó desprecien,
el ave da á los vientos sus gorjeos
y aunque nadie los oiga no enmudece.
El cóndor de mi patria suelta el vuelo
sin que nada lo arredre ó lo detenga,
y salva montes y desprecia abismos,
y al fin alcanza las nevadas crestas.
Los que marchan en pos de sus ideales
guiados por la luz de la esperanza,
como el cóndor audaz todo lo vencen,
como el cóndor, al fin, todo lo alcanzan.
Las páginas del libro de mi vida
son muchas blancas y sombrías pocas,
el árbol, aunque joven, siempre ostenta,
con hojas verdes amarillas otras...
No aguardes, pues, que de mi lira broten
dolientes voces, sones apagados,

¡mi lira es joven y sus cuerdas tienen
el vigor juvenil de los veinte años!
El torrente al saltar sobre las peñas,
pregona con estruendo su caída,
y mi voz, cuando canto, es un torrente
despeñado en las cuerdas de mi lira.

EN MI PUEBLO

Del Aconcagua en la opulenta orilla,
en medio de una flora tropical,
triste, en silencio y á la vez sencilla,
se alza Quillota, mi ciudad natal.
Misteriosa se yergue é imponente,
su quietud nada viene á perturbar,
y parece el murmullo del torrente
leyendas de otros tiempos evocar.
Reina y señora de este fértil suelo
que Natura colmara de esplendor,
lleva en su frente, que levanta al Cielo,
la corona perenne de verdor.
Perdida del boscaje entre las galas,
en brazos del reposo se entregó,
como paloma que plegó las alas
y cansada en el bosque se adurmió.
El silencio, el misterio, la espesura,
juntos le brindan sus encantos mil,
¡es un Edén plantado en la llanura,
verjel hermoso, sin igual pensil!
Aquí Naturaleza sus caudales,
agotó de hermosura y de bondad:
hay crepúsculos, auroras tropicales,
hay misterio, silencio, soledad...
Para el que busca la perdida calma,
hay misterio y silencio en que vivir;
para el que lleva destrozada el alma
hay soledad en que poder gemir.
Suspira entre los árboles la brisa,
arrúllanse las aves con amor,
á sus plantas el río se desliza
magnífico, soberbio y bullidor.

Todo es aquí grandeza y armonía,
motivo de solaz y admiración,
y á raudales la dulce Noesía
brinda al poeta regia inspiración!

*

Viajero por la senda de la vida,
después de larga ausencia vuelvo á ti,
Quillota hermosa, mi ciudad querida,
toda encanto y recuerdos para mí.
Aun muy niño abandoné tus lares,
sin conocerte hermosa te perdí:
desde las playas de lejanos mares
en mis ensueños sin cesar te ví.
Siempre latente en la memoria mía
tu nombre, nunca lo llegué á olvidar,
porque en mi mente tu recuerdo unía
á los recuerdos del paterno hogar.
Hoy vuelvo á ti: el viento, la pradera,
el río, el monte, el ave en su cantar...
todo me habla de mi edad primera,
todo mi infancia me hace recordar.
Todo en lenguaje dulce y misterioso,
que tan sólo yo puedo comprender,
me habla de aquel tiempo venturoso
que ya ha pasado, para no volver.
¡Gratos recuerdos de la tierna infancia,
—flores que nunca perderán su olor,—
cómo respira el alma la fragancia
que guardáis de inocencia y de candor!
Plácido el viento que rozó mi frente
cuando niño, la vuelve hoy á rozar,
el murmullo grandioso del torrente
en mis oídos vuelve á resonar.
Igual el monte y la floresta bruna,
el cielo con su misma nitidez,
sólo el hogar que cobijó mi cuna
deshecho por el tiempo fué tal vez.

*

Al volver á mi pueblo, del pasado
empezaron recuerdos á surgir,
y sentíme á otro tiempo transportado
y en otra edad me pareció vivir.
Volví á ser niño, y en aquel instante,
mi vida entera deslizarse ví;
y ví mi cuna y á mi madre amante
y el eco de su voz llegó hasta mí.
En sus brazos me ví,—sobre mi frente
sus ósculos sentir me pareció...
todo fué sueño que forjó la mente,
todo ilusión que pronto se borró.

*

Del Aconcagua en la opulenta orilla,
en medio de una flora tropical,
triste, en silencio y á la vez sencilla,
se alza Quillota, mi ciudad natal.

———

RODOLFO POLANCO CASANOVA

Ha cultivado en Chile con notable acierto ese género de literatura que Becquer inmortalizó en España y en todos sus cantos sobresale la honda melancolía, nota gráfica que á no dudarlo tiene su base en que Casanova á los dos años de edad quedó paralítico de resulta de un ataque cerebral.

Su inspirada composición «A mi silla» le dió grande popularidad así como sus cuentos originalísimos y «Notables impresiones de viaje.»

Casanova y Polanco nació en Copiapo en 1868.

A MI SILLA

Toi vertu, pleure si je meurs!
ANDRÉ CHENIER

Mi pobre silla de ruedas
¿por qué gimes al andar?
¿También tú, como tu dueño,
te vas sintiendo acabar?

¡Oh, mi única y dulce amiga,
complemento de mi sér!
¿Por qué triste vas gimiendo
al llevarme por doquier?

¿Por qué ya no andas, cual antes,
con rápida ligereza?

¿Te has cansado de arrastrar
mi enferma naturaleza?

Ten paciencia que muy luego
en tus brazos moriré,
y entonces descansarás,
y entonces descansaré.

Por la cuesta de la vida
voy con fúnebre quietud:
soy joven y no tenido
ni un día de juventud.

Filósofo del dolor,
discípulo del sufrir,
he llevado mi cadena
sin llorar ni maldecir.

¡Maldecir!... ¿Y á quién, Dios santo?
Llorar... ¿Para qué llorar?
¿Qué alivian algunas lágrimas
cuando hay de ellas un mar?...

Amor, juventud y gloria,
suena siempre aquí en mi oído
vuestro armónico lenguaje,
como el de un ángel querido.

¡Oh, qué comedia es mi suerte!
Yo no quería llorar,
y siento por mi mejilla
una lágrima rodar.

Y siento que mil sollozos
se escapan del corazón,
y me oprime la garganta
el nudo de la aflicción.

Vosotros, los que decís
que debo cantar sonriendo,
¡no sabéis lo que es sufrir
del modo que estoy sufriendo!

A veces ¿lo creeréis?
he llegado á lamentar
que me hayan dado la fibra
del sentir y del pensar.

Y he envidiado al torpe bruto,
al inconsciente animal,
porque ellos al fin no sufren
más que el dolor material.

Mientras que en mí todo se une
para hacerme padecer,
pues siento un fuego divino
que abrasa, exalta mi sér.

Yo soy una ardiente chispa
sepultada entre la nieve,
á la que una sed horrible
acosa, pero no bebe.

Me diréis ¿por qué no bebe?
Porque al beber moriría:
¿no veis que nieve es el mundo
y fuego la mente mía?

¿No veis que si yo mezclara
el mundo con mi quimera,
mi gigantesca ilusión
al punto se deshiciera?

Algunos me dicen ¡loco!
y lo dicen con razón:
¿no es por cierto una locura
tener grande el corazón?...

. . . .

Al ver mi silla rodando
y ya cansada gemir,
siento fiebre por llorar,
siento fiebre por morir.

Cuando sus ruedas rechinan,
dando un lúgubre alarido,
quisiera encontrarme muerto,
quisiera no haber nacido.

SUGESTIVAS

(FRAGMENTOS)

¡Vuelve, vuelve hacia mí, dolor querido!...
Ven á librarme de mi horrible tedio.
Quiero sentirte como te he sentido.
¿Qué importa padecer con ilusión?
De nuevo sufra yo tu vaga angustia.
Mi antigua agitación y las quimeras
trémulas se alcen de mi vida mustia.
¡Vuelve, vuelve hacia mí, caro dolor!...

*

Iba el gigante cometa
por los inmensos espacios
desconocido y sin rumbo,
voltejeando solitario.

De la órbita de un sol,
sin saberlo entró en el radio;
sintió irresistible impulso
y el sol hacia sí lo atrajo.

*

Era un diáfano rayo de luna
que una ola del mar aclaraba,
sin pensar en la sombra importuna
que siniestra los cielos cruzaba.

Rugió el viento, la nube sombría
más y más por el cielo avanzó:
vió que el rayo de luz se extinguía
y la ola en la playa expiró...

*

Nuevo Tántalo soy. Desesperado
los brazos tiendo al ideal sonriente
es una virgen pálida adorado,
casta visión de la afiebrada mente.

Nuevo Tántalo soy. El imposible,
ese gigante que los sueños trunca,
se alza ante mí como fantasma horrible,
y me grita furioso: ¡Nunca, nunca!

*

No me puedo acostumbrar
con la idea de morir.
¡Que tengamos que partir
y nos tengan que olvidar!
¿De qué sirve batallar
en esta existencia fiera
si el premio que nos espera
es un sepulcro sombrío,
y en él, con hórrido frío,
dormir; sin soñar siquiera?

*

Mi bien, no pienses porque aislado viva
que en un desierto estoy:
tengo un poblado mundo, todo tuyo;
tengo mi corazón.

*

¡Apuré ya el dolor de los dolores!
Se fueron mis amores.
Huérfano... ¡Aprisa envejecido estoy!

Media noche. Una voz, una armonía...
¿Me llamas, madre mía?
Espérame en tu cielo, luego voy.

*

Y miré mi niñez, y ví un muchacho
enfermo, triste, meditando á solas,
la mente fija en la precoz desgracia,
que hirió su vida en la primera hora.

Lo vi gemir con aflicción mirando
de otros niños los juegos y alegrías,
las maldades, las risas, las canciones,
todo ese sol de la niñez magnífica.

Y lo vi en esa edad ligera y loca
enamorarse con amor de hombre;
componer versos sin saber las reglas;
pensar mucho y llorar, tornarse insomne...

Todo eso he visto, y á pesar de todo
lo sombrío, lo negro de esa tela,
vuelvo á ella los ojos, y lamento
las horas idas de la infancia muerta.

———

JOSE ANGEL VENEGAS Y VENEGAS

Sacerdote, ilustradísimo catedrático de Historia, Religión, Latín y Literatura. Ha desempeñado altos cargos eclesiásticos en Chile y desde muy joven cultivó con amor las letras siendo colaborador asiduo de varios periódicos. Fué su ciudad natal San Carlos provincia del Ñuble: nació en 1867. Reproducimos una composición leída en un día solemne en la majestuosa cima de la cordillera.

AL CRISTO DE LOS ANDES

EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO

Alzate, oh Cristo, en la región andina
sobre las cumbres de perpetua nieve,
de allí tu diestra, que doquier domina,
paz á dos pueblos perdurable lleve.
Sobre ellos, pío, tu mirada inclina,
é inmensa dicha probarán en breve;
que la ventura celestial y humana
de ti, Señor, únicamente mana.

¡Qué sienta bien tu trono soberano
encima de esas moles giganteas!
Allá no llega el clamoreo insano
de bastardas y míseras ideas.
Abajo, lo pequeño, el polvo vano;
lo espléndido, lo grande, arriba veas;
y el águila real y el sol naciente,
humildes tocarán tu eterna frente.

*

¡Oh cielos! apartad vuestra mirada
de los campos de Oriente, do la tierra
enrojece la sangre derramada
por el demonio cruel de impía guerra.
Venid, mirad acá. ¿Veis la alborada
que sonríe á este valle y á esa sierra?
¿Veis cual baña las pampas argentinas,
y el aire pueblan músicas divinas?

Es que la noche funeral se ha ido,
y el día del amor nace esplendente;
injustos odios cubrirá el olvido,
y dos pueblos serán solo una gente.
El Rey de las naciones lo ha querido
y desciende la Paz al Continente;
que, siendo hija del cielo, solo el cielo
puede darla al mortal en este suelo.

*

Aun veo aquellas nubes de tormenta
que empañaron al cielo inmaculado
de los pueblos del Andes; aun se ostenta
fatídico el espectro ensangrentado
de la guerra feroz, que hundir intenta
al mundo en los errores del pasado,
cuando el Derecho no tenía altares,
ni la Cruz coronaba los hogares.

Aun veo á estos gemelos de la Gloria
limpiar sus armas con afán insano,
y, ciegos y olvidados de su historia,
aprestarse á rasgar el pecho hermano.
Sería desastrosa la victoria
y escándalo del mundo colombiano;
que al chocar frente á frente dos gigantes,
ó mueren, ó ambos quedan expirantes...

*

Empero, ¡basta ya, cruel pesadilla!
Disípase la noche ante la aurora,
como el temor del náufrago á la orilla
de la cercana playa salvadora.
Y así cual dobla, humilde, la rodilla
y, agradecido á Dios, férvido ora,
la América también, mirando al Ande,
hoy con viva emoción su pecho expande.

Que allí está Cristo, el Redentor del Mundo,
el Autor de la Paz de las naciones,
su diestra mano con amor profundo
ofrece Corazón por corazones;
con la otra empuña el cetro sin segundo,
el Lábaro, que ha visto los pendones
de veinte siglos descender al suelo,
postrados, de la muerte por el hielo.

Allí está Cristo respirando amores
para los pueblos que su amor imploran;
que si un alma, lo encuentra en sus dolores,
también lo hallan los pueblos cuando lloran.
Y es muy pródigo el Rey de sus favores,
y sus arcas riquezas atesoran,
y América lo sabe, porque ha visto
brillar cien veces la Piedad de Cristo.

*

Allí está de la Paz el Monumento,
iris constante de feliz bonanza;
está ya realizado el pensamiento
de la Fe, del Amor y la Esperanza;
en céfiro trocóse el fuerte viento,
las nubes no se ven en lontananza,
y á Chile y á Argentina estrecho abrazo
une hoy de Jesús en el regazo.

*

Los hombres cantarán triunfos guerreros
los triunfos del cañón y de la espada,
envueltos en gemidos lastimeros
del huérfano y la viuda desolada:
el caído, en sus ayes postrimeros,
maldice al vencedor de la jornada;
y en lugar de morir en dulce calma,
respirando venganza, entrega el alma.

Mas, ¡ay! el cielo sólo cantar puede
los triunfos de la Paz con arpas de oro;
aquí es vencido el corazón, que cede
ante el amor del Corazón que adoro.
Y esa victoria á todo triunfo excede,
y es digno objeto del celeste coro;
que ha menester angélica armonía
el poema de Dios y el alma pía.

En tanto dadme ¡oh cielos! un acento
tan gigante, tan rico en vibraciones
que al trueno venza, y á la mar y al viento;
y abarcando del orbe las regiones,
llene el espacio y suba al firmamento.
—«¡Gloria al Rey de la paz!»—gritan sus sones;
y cual eco de espléndida victoria,
el Cóndor y los Andes: «¡Gloria!!... ¡Gloria!!»
. . . .

Mas, otra voz desciende de la cumbre,
llena de suavidad y de ternura...
Es de Cristo la voz. Su mansedumbre
templa la majestad con la dulzura:
«Amáos—dice,—mientras el sol alumbre,
»con recto corazón, con alma pura,
»y Yo estaré velando los destinos
»de los pueblos chilenos y argentinos.»

San Carlos, Marzo de 1904.

PEDRO CASTILLO A.

Nació en la Serena (Chile,) en 1859, pero su carrera literaria tuvo en Iquique sus iniciativas con la fundación del periódico «La Lira.»

En 1879 época de la guerra con el Perú y Bolivia se trasladó el genial escritor al puerto de Antofagasta y allí ha vivido consagrado al periodismo y colaborando en todas las grandes publicaciones de su país.

Durante dieciocho años y en unión del notable escritor don Juan Mandiola sostuvo un periódico de alta importancia y que aun subsiste: «El Industrial.» En 1881 publicó su tomo de poesías «Páginas del corazón» aplaudido y favorablemente acogido por la prensa. De su libro «Violetas» extractamos algunas composiciones.

Castillo ha descollado en ese género de verso donde se encierra el alma del pueblo en lindísimos cantares impregnados de ternura y sentimiento.

En las poesías de Castillo resalta la inspiración peregrina y gran vivacidad y riqueza de pensamientos.

Cuando Castillo hace vibrar las cuerdas de su lira canta con el alma é impresiona dulcísimamente por la naturalidad que resalta en sus versos.

JEREMIADA

El niño llora al nacer,
el hombre llora al morir;
¿por qué se llora? A mi ver,
porque aquí todo es sufrir.

Llora el que llega, un dolor;
el que se marcha, un pesar;

ambos, sintiendo pavor
por lo que irán á pasar.

Y en efecto, vivir ¿qué es?
¿Qué oculta ese «más allá?»
Densas nieblas de través
que nadie aclarar podrá.

¡La cuna! ¡Portada azul
del infierno del vivir!
¡El sepulcro! ¡Negro tul
que oculta eterno existir!

Si vivir es padecer,
si morir es descansar,
endulcemos este sér;
queramos en Dios fiar.

SUEÑOS

Soñé que dos arcángeles, riendo,
tu cadáver llevaban
á la bella región en donde acaso
viven de amor las almas.

Soñé que, rodeada de querubes,
y hollando tenues gasas,
lucías aureola refulgente,
mezcla de rubí y gualda.

Soñé que, suspirando,—¡Ven!—decías.—
¿Por qué, bien mío, tardas?—
Y que yo, desde aquí,—¡Espera, espera!—
Delirante clamaba.

Soñé que, trastornado, casi loco,
perdida ya la calma,
porque aún vivía apostrofé al Destino
y maldije á la Parca.

En fin, que soñé tanto: tantas cosas,
¡mujer idolatrada!

que, obcecado, despierto, me parece
mentira que tú me amas.

CONSEJO DE SABIO

Un día un sabio así hablóme,
en términos muy precisos:

—La vida es corta; concluye
un día ú otro, de fijo.
Todo aquí es perecedero,
todo rueda hacia el abismo,
toda va á parar en nada
en un nada obscuro, frío.
Polvo seremos un día,
polvo del erial, finísimo,
y solo un triste recuerdo
demostrará que hemos sido.
Oye entonces un consejo,
consejo de viejo amigo:
De tu paso por la tierra,
algo deja. Escribe un libro,
planta por tu mano un árbol,
sé esposo, ten, en fin, hijos.
Así vivirá tu nombre
muchos años, tal vez siglos,
y en todas esas tus obras
se eternizará tu espíritu.—

Por eso me llamo esposo,
por eso hay cunas y hay niños
en mi hogar, que albores luce,
y por eso siempre escribo.

EL SUPREMO DOLOR

Sentada se halla á la puerta,
con doliente, triste faz,
sin fijarse en los que vienen,
sin fijarse en los que van,

la madre que un día fuera
la alegría de su hogar.
¿Por qué está triste esa madre...?
¡Oh, su dolor respetad!
¿Veis? La cuna está vacía,
roto el juguetito está...
¿Y el bello niño? ¡Se fué
para no volver jamás!
¡Oh, madre, te compadezco!
¡Oh, madre, llorad, llorad!
¡Que no hay duelo que á tu duelo
se le pueda comparar!

EL TRABAJO

Yo admiro al que trabaja.
La mano encallecida
dice honradez, valor, dice nobleza;
dice un poema que á pensar convida.
Trabajar es vivir. Naturaleza
ancho campo presenta á quien procura
sus fuerzas emplear en la tarea.
Con el trabajo el corazón se espande,
la mente se remonta hasta la altura,
el chico se hace grande
y en faro se convierte toda idea.
Trabajar es vivir. El ocio hiere,
el ocio al corazón corrompe y hunde,
á su influjo fatal el alma muere
y en enervante hastío le confunde.
El hogar del obrero es un santuario
lleno de claridades;
allí el deber encuentra su Calvario,
¡Calvario sin espinas ni ruindades!
El hombre que trabaja es un atleta
que á diario se agiganta.
¡Monarca del taller, ved al poeta
guirnaldas arrojar á vuestra planta!

PETALOS

Inmenso es el mar inmenso,
inmensa es la inmensidad,
pero mi amor por la ingrata
es más grande, mucho más.

Tantos son los desengaños
que en el mundo he recibido,
que si los junto, es seguro,
no caben en ningún sitio.

Tan rebajado está el hombre
y el mundo tan corrompido,
que el ladrón se cala guantes
y el honrado va á presidio.

Si deseas que nunca
de ti se mofen,
pórtate con los otros
cual corresponde.

Un fardo de desengaños
llevo, que casi me aplasta;
¡tan grande es y tan pesado
el fardo de mi jornada!

PAGINA GRIS

Á MANUEL R. VAZQUEZ G.

—A los moñitos (1) de dulce,
á los moñitos, casero;
¿quién me compra los moñitos?
A los moñitos bien buenos.—
Así gritaba un chiquillo
con desesperado acento
á las puertas del teatro,

(1) Pasta hecha de almíbar.

mientras funcionaban dentro.
El aparato en que el niño
vendía sus embelecos,
y que él mantenía en alto,
estaba del todo lleno;
nadie le había comprado...
¡Contingencia del comercio!
El chiquillo iba descalzo,
desgreñado y harapiento,
y acompañado se hallaba
de otro niño, más ó menos.
Los pobrecitos miraban
á damas y caballeros
que atrasados acudían
al repleto coliseo,
y con gritos y ademanes
venderles querían luego.
¡Ocurrencia de chiquillos!
¡Qué monos ni niño muerto!
Las gentes acomodadas,
los primados del dinero,
no gustan lo que los pobres,
distintos son sus deseos.
Afuera apretaba el frío
con intensidad de invierno,
y los dos desheredados
al gritar tal vez gimieron.
¡Contraste! ¡Siempre el contraste
nuestra vida presidiendo!
¡Cuánta luz allá en la sala!
En la calle, ¡cuánto es negro
lo que la vista percibe!
Un manto obscuro es el cielo.
Allá, sonrisa en las bocas,
acá, doloridos ecos
de corazones que sufren
la ley de un destino adverso.
Las horas de esta manera
rápidamente corrieron
y por fin á la velada
dióse el señalado término.
Las gentes, arrebujadas,

más que de prisa se fueron
y el barrio quedóse solo,
tan solo, que daba miedo.
—A los monitos de dulce,
á los monitos, casero;—
repetía el miserable,
el pobre girón del pueblo,
pero todo ello era inútil,
un inútil canturreo.
Y tuvieron que marcharse
los dos chicos harapientos,
¡con sus monitos de dulce,
con sus monitos tan buenos!

MALDICION DEL BORRACHO

(PARA SER RECITADA DESPUÉS DE UNA ORGÍA)

El licor rebaja al hombre
y le convierte en un bruto.
¡Maldito sea ese fruto
que enloda existencia y nombre!

¡El licor! Torpe brebaje
hábilmente disfrazado
para perder al cuitado,
sin distinción de linaje.

Por él se pierde el obrero,
el magnate y el mendigo.
¡Oh, licor, yo te maldigo,
de ti sólo mal espero!

¿Que eres útil? No, mentira;
eso nunca, nunca, nunca.
Contigo el honor se trunca,
por ti la virtud expira.

¡Util tú, tú que socavas
de la sociedad las simas!
Licor, que todo lastimas...

Veneno, dí ¿cuándo acabas?

¡Cómo el corazón solloza
al ver la enorme cadena
de bebedores que llena
la inconmensurable fosa!

Allá van, los infelices,
allá van, los miserables;
¡qué seres tan espantables!...
¡Valen más las meretrices!

¡Oh, licor, que hundes al hombre
y le conviertes en bruto;
de hoy más, te niego tributo;
de hoy, levanto mi nombre!

———

JUAN JOSE JULIO Y ELIZALDE

En 1866 vió la luz en Copiapo y como manifestase desde muy niño verdadera vocación religiosa consagráronle á la carrera eclesiástica, siendo ordenado de sacerdote en 21 de Julio de 1889.

El virtuoso misionero apostólico ha dedicado su genial inspiración á Conferencias públicas destinadas á moralizar al pueblo.

En sus versos hay corrección y gran facilidad, patriótico entusiasmo y ternura infinita.

EN EL ALBA

Arreboles de púrpura y de rosa
comienzan á surgir en lontananza;
huye la noche con sus mudas sombras
y soplan ya las orientales auras.
Canta el ave sus trinos de alegría,
de la selva florida entre las ramas,
mientras puro en los cielos se dibuja
el rosado crepúsculo del alba.
Como un orbe de fuego el sol despunta
irradiando celajes de oro y grana,
y la luz de sus rayos misteriosos
sobre la inmensidad se desparrama.
Las flores, á los besos de la aurora,
despiertan, como nunca, perfumadas;
y con orgullo á competencia lucen
el esplendor de sus brillantes galas.
Brisas del paraíso son las brisas

que dulcemente en la pradera vagan:
¡todo respira virginal dulzura!
¡todo es belleza, y armonía y calma!
Desde la cumbre solitaria y bella
¡cuánta hermosura por doquier se abarca!
¡Con la sonrisa del azul del cielo
parece que sonríe el panorama!
Todo es grandioso, encantador y amable
en esta hora, en que serena mi alma
las primicias del día á Dios ofrece
lejos del mundo y de su pompa vana.
¡Salve á ti, Creador del Universo,
excelso Autor de maravillas tantas!
¡Eternamente cantarán mis labios
himnos de amor en tus augustas aras!

EN LA TARDE

¡Con qué grandiosa majestad desciende
el sol que ya declina,
dejando huellas fúlgidas su paso
sobre las altas cimas!
El suave aroma de su níveo cáliz
la flor del campo brinda,
y sus quejas postreras en el valle
los céfiros suspiran.
Sobre tranquilo mar la blanca luna
desde el cielo se mira,
y tal vez, sin saberlo, se enamora
de su hermosura misma.
¡Ah! ¡cómo en estas dulces soledades
mi espíritu medita,
y bien cerca de Dios, alza su vuelo
á regiones divinas!
¡Qué tarde tan hermosa! Sus tristezas
mi corazón olvida...
¡Con qué embeleso á la distancia escucho
celestes armonías!
¡Qué no diera, si así como esta tarde
tan pura y tan tranquila,
fuese también, idolatrada hermana,
la tarde de tu vida!

EN EL SILENCIO

Cuando en las sombras de la noche envuelta
yace Natura al parecer dormida,
cual vasto cementerio que el olvido
ha convertido en solitarias ruínas;
cuando contemplo la azulada esfera,
donde la estrella del silencio brilla
y á mi adormido corazón embriagan
perfumes de ventura y de armonía;
cuando llega el crepúsculo sombrío
que dulcemente á descansar convida,
y en pos de las plegarias de la noche
el sueño pone fin á las fatigas;
cuando al rumor de música lejana
con ternura el espíritu suspira,
y entre murmurios de cantares vagos
sílfides cruzan las nocturnas brisas:
dulces recuerdos de otra edad entonces
pueblan unidos la memoria mía;
¡pero mi frente marchitada y triste
ante el imperio del dolor se inclina!
¡Es que el pasado para mi alma encierra
rosada historia en letras de oro escrita!
¡Es que siempre esperaba tras la noche
albas y flores, glorias y sonrisas!
Mas, hoy que he visto con pesar profundo
deshojadas las flores de mi vida,
no ya en las horas del silencio aguardo
tras de las sombras un risueño día.
Y en el triste abandono que me abruma
sin ilusiones, sin hogar, sin dichas,
sólo espero morir, y que la tumba
aurora sea de la eterna vida!

———

JUAN BALLESTEROS Y LARRAEN

Este poeta sobresale en sus lindísimos cantares y como él mismo indica obedecen únicamente á la inspiración por su sencillez y laconismo y á la vez porque en un marco fijo y estrecho se encierra una idea.

CANTARES

¡Oh pasión mía imposible,
cándida pasión primera!
¿cómo arrancaste de mi alma
cuando eres mi alma entera?

—

Después de verte pasar
me quedo pensando: acaso
te miraría despierto
ó te vería soñando...

—

Me hiciste cerrar los ojos
para decirme un secreto
y al cerrar los de la cara
los del alma se me abrieron...

—

La dicha estaba á mi lado
y yo andaba tras la dicha
y sólo vine á saberlo
al perder su compañía...

—

El papel en que te escribo
siempre mojo con mi llanto...

¡Si las letras dicen poco,
dice mucho lo mojado!

—

La muñeca romperías
para mirarla por dentro
y hoy me has destrozado el alma
para saber si te quiero.

—

—¡Ah, las piedras de la calle
de mis pies las huellas guardan,
y de todos mis pesares
no hay una huella en tu alma!...

—

Amo: principio á vivir:
yo no he vivido hasta ahora.
Amo: me encuentro en el cielo,
la tierra me es accesoria!

—

Que me condenen ahora
deseo, y no cuando muera,
al infierno... de tu boca
donde el demonio es tu lengua!

—

«Contra siete vicios hay
siete virtudes.» ¡Error!
Hay contra todos los vicios
una virtud: ¡el amor!

—

Estabas predestinada
para enamorarme... Es raro:
no sé por qué te esperaba;
has llegado ahora y ¡te amo!

—

...¡Si con mi llanto pudiese
manchar la orla de tu traje
para que al ver esa mancha
de mi amor ¡ah! te acordases!...

—

Cuando pasas á mi lado
¡oh inefable flor humana!
la poesía—tu aroma,—
atraviesa por mi alma!

—

Tímido y audaz á un tiempo
es el mortal que bien ama:
¡no sueña robarse un beso
y quiere robarse una alma!

—

Un hombre puede leer
durante toda la vida
á la m[illegible]er adorada
un po[illegible]e tres sílabas...

—

Atame, con tus miradas,
la cadena del martirio...
¡no importa! mientras tú me atas
conoceré el paraíso...

—

Así cantaba mi amada
y yo la estaba escuchando:
—¡Qué le hemos de hacer! ¡Si llora,
no me ha de ahogar con su llanto!

—

Siempre soñando contigo
paso, dormido ó despierto...
¡cómo soñara lo mismo
mañana, después de muerto!

—

¿Es que no lo has comprendido,
ó no quieres comprenderlo?
«¡Adiós!» te dicen mis labios
y mis ojos: «¡Hasta luego!»

—

Cuando estoy lejos de ti
te hablo quedo tantas cosas
que al encontrarme á tu lado
no me queda ni una sola...

—

El cariño nada envidia
de este mundo miserable,
porque el cariño posee
todo lo que hay de envidiable!

—

Antes te hallaba muy bella
y hoy no te hallo así como antes:
la belleza de mujer
ahora me parece de ángel!

—

Ignoro si mis cantares
tienen ritmo, metro y rima;
yo sólo sé que he vaciado
en ellos el alma mía...

———

ANGELA DE CARVAJAL Y MARQUEZ

Es una de las mujeres que con más amor han cultivado la literatura en Chile, es la joven escritora hija de Santiago donde nació por el año 1880 iniciándose su amor á las letras en 1899. Ha colaborado en «La Prensa de Valparaíso,» en «La tarde,» «La Democracia,» «El Mercurio» y «El Día« de Santiago y en otros muchos diarios y semanarios ilustrados.

Consagrada á sus tareas periodísticas no ha descuidado tampoco la versificación coleccionando sus poesías en un tomo titulado «Gotas de rocío.»

FIDELIDAD SUBLIME

Para la literata doña Edelmira Cortez G.

Allá en la soledad del campo santo
donde duermen los seres de otro mundo
camina una mujer, ahogada en llanto,
vistiendo el luto del dolor profundo.

Es bella y joven, como fresca rosa,
tiene en sus ojos el azul del cielo,
que se reflejan de su alma misteriosa
la inmensa pesadumbre y el desvelo...

Sólo encuentra en su fúnebre reposo,
el gemido fatal de sus martirios
cuando brinda al que fué su amante esposo
sus lágrimas, sus rosas, y sus lirios...

Y al borde de esa tumba, que es el templo
en donde implora á Dios, como una santa,
la sencilla oración—de dulce ejemplo,—
confusa y triste suspirando canta.

. . . .
. . . .

Y una noche en el lóbrego misterio
que á la tumba fatal la sombra inspira,
bajo un sauce del triste cementerio
del amado sepulcro al borde expira!...

ANTE UNA TUMBA

Para mi madre

¡Oh, tumba tan callada y misteriosa,
al contemplarte mi alma se enagena!...
Te cubre una sencilla y blanca losa
como cubre el olvido á cada cosa
que á nuestro pobre corazón condena.

¡Cuántas veces la mente delirando
no fija en ti su loca fantasía!...
En ti no vive el corazón soñando:
tú vas los sueños del dolor velando
como niebla sutil la luz del día.

Si me dieras la luz y la ventura,
yo deseara dormir en tu regazo;
volaría de mi alma la amargura
como la frágil hoja en la espesura
sin dejar huellas de su errante paso!...

También el alma su sepulcro tiene:
el bello pensamiento, allí descansa;
ese santo cariño que contiene
el bajel de la dicha, y que mantiene
en tempestuoso mar nuestra esperanza!



L. Carlos Soto Ayala

LUIS CARLOS SOTO AYALA

La ciudad de la Serena ha sido cuna de grandes ingenios chilenos y en ella también nació en 1885 Luis Carlos Soto Ayala colaborador de la «Lira Chilena» y de «La Ilustración» de Santiago así como de numerosos periódicos de provincia.

A UNA ARTISTA

Para premiar tu genio y tu paleta
yo carezco del lauro y de la palma,
pero tengo mi canto de poeta
y te envío con él mi joven alma.

Porque á la artista que en su pecho siente,
sublime inspiración, amor de gloria,
no le niego un laurel para su frente,
no le niego un cantar para su historia.

———

V. MARIN BESOAIN

El mismo se presenta á los lectores en algunas líneas de una carta. «Yo, uno de tantos que bregamos en la vida, sangrando en la lucha diaria por la existencia, suelo muchas veces dar expansión á mi alma traduciendo en pobres y mal burilados versos lo que ella siente. Unos pocos de ellos son los que á usted le envío para que los juzgue si son ó no dignos de figurar en su libro.»

Á PEDRO A. GONZÁLEZ

Escúchame, cantor del sentimiento,
escucha desde allá la triste nota,
el eco quejumbroso de un lamento
que de las cuerdas de mi lira brota.

Llegue á la tumba donde estás en calma
cual postrimer adiós mi rudo canto,
y en las estrofas que creó tu alma
caigan las gotas de mi acerbo llanto.

¡MURIO...¡

¡Cristo murió! El mundo se estremece;
todo lo invade indefinible espanto;
la tierra se abre, el cielo se obscurece;

se rasga el velo del altar, y crece
la confusión, el pánico y el llanto.

Ha muerto el Hombre-Dios, el Soberano,
el gran Profeta, el Sabio más profundo;
Jesús; Hijo de Dios, del hombre hermano,
murió en la cruz por el linaje humano;
su muerte vino á redimir al mundo.

———

M. POBLET CRUZAT

Su musa es á veces ternísima, melancólica, y otras se remonta con energías de alto vuelo poético. Hemos leído mucho producto de su mente, pero sólo tenemos á la vista dos de sus composiciones.

OFRENDA

Á MI MADRE

¡Oh, madre de mi amor! Tu dulce nombre
dulces afectos de virtud inspira,
á su eco grato el corazón del hombre
más tierno vibra que acordada lira!

Calor nos das en aterido invierno,
serenas del vivir los vendavales
y al puro aliento de tu amor eterno
transformas en jardines los eriales!

¡Quiera el cielo jamás romper los lazos
que hacen por ti mi bienestar risueño,
y si caigo... que Dios entre tus brazos
cierre mis ojos al eterno sueño!

A DON ISIDORO ERRAGURIZ

Ensalcen otros la labor brillante
del noble luchador, del periodista,

y dibujen su talla de gigante;
dejad, empero, que mi lira cante
de la palabra al colosal artista.

Poeta fué en la prensa y la tribuna
de exuberante, mágica armonía;
don de vidente dióle la Fortuna,
y hada benigna, su dorada cuna
con su lumbre bañó la Fantasía.

¡Oh, si á tan alto, vigoroso ingenio,
de la palabra colosal atleta,
Dios dado hubiera universal proscenio;
el mundo habría al orador poeta
ceñido el lauro singular del genio!

Cual homenaje digno á su talento,
aquí en su patria, grande entre los grandes,
ha de alzarse su excelso monumento
con la expresión del rey del pensamiento,
la vista fija en los soberbios Andes.

. . . .
. . . .

¡Oh, sublime titán, que al patrio suelo
trajiste viva, luminosa llama,
ardió en tu corazón, fuego del cielo,
y fué en la vida tu gigante anhelo
á Chile dar resplandeciente fama!

La musa tierna que en mundial contienda
los himnos canta de la paz bendita,
la que de flores adornó tu senda,
de sus íntimas lágrimas, la ofrenda
del poeta en la tumba deposita!



Luis A. Zamora

LUIS A. ZAMORA

Por el año 1879, nació el galano poeta en Tomé, provincia de Concepción.

Su valiosa cooperación en publicaciones literarias, ha sido muy solicitada y sus «Poemas líricos» le colocaron entre los más aventajados, de los bardos chilenos.

Hay no sólo inspiración en sus composiciones, sino estilo correcto y buen gusto literario.

CREPUSCULO MISTICO

Las altas celosías del monasterio
prenden velos de sombra, fenece el día;
el crepúsculo sueña, la nave umbría
es un antro de sombras y de misterio...

Las rosas se desmayan, el cirio alumbra
cual la triste pupila de un moribundo,
y el viejo campanario, meditabundo,
canta el místico «Angelus» en la penumbra...

La flecha de los aires, las temporarias
golondrinas emprenden su raudo vuelo;
mientras tanto la aurora sorprende el velo
con sus manos de rosas crepusculares...

En las viejas vidrieras del monasterio
el sol sus rayos de oro vierte á millares,
y aparecen los santos en los altares,
surgiendo de las sombras en el misterio...

AL CIELO DE LA PATRIA

Azul como una dulce «no me olvides,»
limpio como un ensueño de la infancia,
sin una leve bruma ni una sombra,
así te quiero ¡oh, cielo de mi patria!
Limpio girón del cielo americano,
¡quién el color en ti sinfonizara!
¡Aquí estoy, aquí estoy para adorarte,
como á los dulces ojos de la amada!
Página azul de la chilena gloria,
bello altar de la patria,
abierto ante mis ojos te presentas
al irse el día y al venir el alba!
En ti adoro el color de unas pupilas,
en ti adoro el fulgor de una mirada...
Aquí estoy, aquí estoy para adorarte
imagen silenciosa de la Patria!

SECRETO...

Golondrina, cuando tornes
á la sombra de los valles,
y en el campo las violetas
ya brotaren:
si hacia el sur vuelves las alas,
flecha oscura de los aires,
que me aguarde—di á su oído,—
que me aguarde!...
Y... si ha muerto, que me espere
bajo palios de rosales...
que allí nunca, golondrina,
nunca es tarde!!

Chillán—1904.

LAS NUBES

¡Nubes! vaporosos velos,
es sobre el suelo y el mar
vuestro destino adornar
la frente azul de los cielos.
Velos del alba sonriente
en la extensa lejanía;
nuncios y ocasos del día
en oriente y occidente.
Arpa sublime del trueno
que pulsa la ígnea centella;
piélago azul de la estrella,
llevas el rayo en tu seno.
Si raudas como el alud
recorréis el firmamento,
ya en alas del raudo viento
ó en brazos de la quietud.
Hálito inmenso del mar
que suspiráis por el cielo;
suspiro de ardiente anhelo,
triste anhelo de brillar.
Blancos girones de tul,
Tenebrarios del espacio,
allá está vuestro palacio
en el terso eterno azul!
La voz de la inmensidad
resuena á vuestros acentos,
si amazonas de los vientos
cabalgáis la tempestad.
Flotantes sueños que el mundo
por siempre soñando está,
cuando un día Jehová
lo sacara del profundo.
Olas proscritas del mar,
brotáis de la amarga espuma
para tornaros en bruma
y hacer del cielo un altar.
Inmensa é informe pantalla,
tendida al viento rehacio,
tenéis por tumba el espacio

cuando la tormenta estalla.
  Mas yo os he visto á mis pies,
rocío sobre las flores
y en el arco de colores
que pinta el iris después.
  Y ahora, en formas diversas,
como girones de tul,
flotar en el aire azul,
al menor soplo dispersas!



Gregorio Iriarte Heredia

GREGORIO IRIARTE HEREDIA

Nació en Ovalle el 18 de Junio de 1878.

Este joven poeta tiene algo de aventurero en las iniciativas de su carrera literaria, pues que á los quince años y burlando la vigilancia paterna, se embarcó en el puerto de Coquimbo, para Taltal, y dos años después entusiasmado con la idéa de visitar el Perú, se trasladó á Mollundo, sin más caudal que el de sus ilusiones. Recorrió Arequipa, Puno, Cuzco é internándose en Bolivia, permaneció en la Paz algún tiempo.

El juvenil poeta regresó á Chile para ocuparse de tareas periodísticas y desarrollar los hermosos ideales de su mente.

REMEMBER

FRAGMENTO

Cuando, á tu lado, con deleite aspiro
de tu boca el aliento embriagador
y resuena, cual música, en mi oído
el eco de tu voz;

Cuando miro tu pura y nívea frente
y tus labios de nácar y coral
que me ocultan, avaros, unos dientes
como perlas del mar;

Cuando oprimo frenético en mis brazos
tu talle esbelto de gentil palmera

acariciando los dorados lazos
de blonda cabellera;

Cuando juntas tus labios á los míos,
cuando siento latir tu corazón,
cuando tu ardiente pecho se dilata
henchido de emoción,

Sólo entonces comprendo, amada mía,
que estoy en el Edén ambicionado
y que dichas, placeres y alegría
las encuentro á tu lado.

LUIS MARTINEZ RUBIO

Nació en Concepción el año 1880 y obtuvo el título de abogado en 1902. Su nombre como escritor ha figurado con frecuencia en periódicos nacionales y en muchas revistas extranjeras. «Stella Dolorosa» es el título de una de sus primeras novelas.

HOMENAJE

(A Dora)

Y dijo Dios:—Que sea la Hermosura...
Y en medio de celestes resplandores,
bajo un dosel de perfumadas flores
los ángeles te vieron en la altura.

Miraste... y «fué la luz.»—La noche oscura
se pobló de mil astros brilladores,
y al eco de tu voz hubo rumores
de besos de pasión en la espesura.

Te contempló el Eterno sonriente,
y al escuchar la súplica ferviente
en que dicha pedían los humanos,

te dijo:—Ve á la Tierra... allí te llaman...
Les doy á los que sufren y á los que aman
la obra más perfecta de mis manos.

DORA

Miradla... Deslumbrante de belleza
diciendo va á la admiración que calle:
exige una diadema su cabeza
y un manto regio su flexible talle.

Cómo acarician su nevada frente
y el mármol sonrosado de su cuello
las finísimas sedas del luciente,
ondulado y espléndido cabello.

Hay un raudal de luz en sus miradas
que tienen un enigma en sus reflejos;
y sus mejillas, de rubor bañadas,
son dos claveles tiernos y bermejos.

Al sonreir su boca pudorosa
con amoroso afán ó con desvío,
es el fresco capullo de una rosa,
regado por las perlas del rocío.

Tras la gasa de nítida blancura
eréctanse sus senos, en los cuales
Dios puso, como heraldos de ventura,
dos pequeñitos húmedos corales.

De sus mórbidas formas los primores
van pregonando un cielo de placeres...
Su planta besan las gallardas flores
y la proclaman Reina las mujeres.

INVERNAL

—¿No escuchas?
—Es la lluvia. No temas. Deja el piano
y ven junto á mi lado, dichosa á sonreir,
como esa noche alegre del último Verano
en que juramos lágrimas y goces compartir.

Acércate y hablemos.—Entrégame tu mano,
la quiero entre las mías ardientes oprimir;
destrenza tu cabello—conmovido océano,—
sobre tus senos—lirios que empiezan á entreabrir.

Así... cuánto era bella.—Qué irresistible hechizo
poseen tus miradas que ahuyentan el Dolor.
Qué dulces son tus labios, oh Flor del Paraíso...

...Y en tanto que la lluvia golpea los cristales
y entonan sus canciones los cierzos invernales,
gocemos de las dichas sublimes del «Amor...»

OTOÑAL

Era un día de Otoño. Visitábamos
el triste cementerio,
las amarillas hojas adornaban
los blancos mausoleos.

Ya moribundo el sol iluminaba
con pálidos destellos,
el sagrado recinto donde reinan
la Muerte y el Misterio.

Ella, mi amada, mi esperanza única,
mi celestial ensueño,
apoyada en mi brazo contemplaba
la inmensidad del cielo.

La pregunté: «¿Qué tienes? ¿por qué no hablas?»
Y contestóme:—«Pienso.»
«¿En qué, dulce amor mío?—«En los que duermen
en los marmóreos lechos.»

Un instante pasó. A mí volvióse
y con trémulo acento
me preguntó, secándose una lágrima,
«¿También aman los muertos?»

Tomó su blanca mano entre las mías

con íntimo respeto,
y, pensando en su amor, gloria de mi alma,
la contemplé en silencio.

«Si no se amasen los que ya no existen,
me continuó diciendo,
¡qué triste fuera amar, porque es tan breve
de la existencia el tiempo.»

ACUSACION

Penetramos al templo. En la amplia nave
de mármol, solitaria,
junto á un altar de Cristo, de rodillas,
oramos con el alma.

Al lívido fulgor que producía
la moribunda lámpara,
estreché con delirio, entre las mías,
sus manos nacaradas.

Clavé en su rostro mis ardientes ojos,
la pregunté: «¿Me amas?»
—«Te lo juro por Dios que nos contempla
desde esa santa cruz ensangrentada.»

. . . .
. . . .

Se estremeció sobre la cruz el Cristo,
volvió hacia ella la pupila airada,
rompió el silencio funeral suspiro
y se apagó la lámpara...



Clemente Barahona Vega

CLEMENTE BARAHONA VEGA

Nació en Santiago en 1863 y es uno de los escritores más fecundos de su patria. Su prosa es tan brillante como castiza, condición que como crítico, periodista é historiador, le ha colocado en alto puesto literario. En sus versos rebosa la ternura y en ellos se reflejan sentimientos nobles y generosos.

Pertenece á diversas corporaciones y en 1891 fué taquígrafo del Senado y redactó durante siete años las Sesiones municipales para «El ferrocarril» de Santiago.

Ha pensado mucho, ha escrito mucho y se distingue además como orador de fácil palabra y entusiasta improvisación. Asistió como uno de los delegados de Chile al Congreso Científico Latino-Americano que se celebraba en Río de Janeiro en 1905.

Tiene gran facilidad para la traducción del verso extranjero al idioma castellano y como no poseemos ninguna de sus composiciones propias reproducimos algunas de sus traducciones del gallardo poeta portugués Gonzálvez Díaz y Antonio Sallés.

LOS BESOS

(De Gonçalves Dias)

¿Qué son los besos? Dos vidas;
¡ah! son dos almas unidas
que el mismo fuego consume;
vínculo estrecho de amores,
porque los labios son flores
y los besos su perfume!

Ellos son un ¡ay! del pecho,
dulce anhelo satisfecho,
que tiraniza el querer:
sabor de goces divinos,
que en los labios femeninos
el buen Dios quiso verter!

A UNA PEÑA PREHISTORICA

(De Antonio Sallés)

¡Monstruo silente, oscuro monolito,
de tez rugosa, atlética extructura,
yo sé que punzantísima amargura
ha agrietado tus faces de granito!

A ti, desde el Diluvio, sol maldito
con su furia implacable te tortura;
jamás planta ni pájaro procura
abrigarse en tu seno de precito!

Infausto día cuando resurgiste
en el estadio de este globo triste,
que sólo llanto y sufrimiento encierra.

¿Por qué del agua la brutal corriente
no te dejó yacer eternamente
en la piadosa entraña de la tierra?

DESCONOCIDO

A nuestras manos llegaron dos bonitas composiciones sin nombre de autor, tal vez por olvido. Nos parecen tan dignas de ocupar puesto entre las mejores, que no vacilamos en publicarlas.

MARINA

I

¡Oh qué bello es en la tarde
contemplar las raudas olas
que en la playa, serpenteando,
se deslizan juguetonas!
Al tender la vista, absorto,
por la límpida y grandiosa
superficie en que se miran
los flamencos y gaviotas
¡cómo vuela el pensamiento
y á otros tiempos se remonta
con la fuerza irresistible
de sus alas misteriosas!
Al mirar de blanca espuma
los penachos que se forman
cuando inquietas van las aguas
á besar las negras rocas
¡cómo acuden á la mente,
cual bandada de palomas,
los recuerdos de las dichas
que han pasado presurosas!

II

Cuando plácido y desierto
en quietud el mar reposa
y no cruza por sus aguas
ni una nave pescadora;
cuando el cielo está sereno
y no hay brumas en la costa,
cuando apenas leve brisa
por la gran llanura sopla;
cuando el sol ya moribundo
va á ocultarse tras las lomas
y sus últimos destellos
se reflejan en las ondas;
cuando en grupos animosos
van las ágiles gaviotas,
que ya en busca de un abrigo
los peñascos abandonan;
cuando está la mente triste,
cuando el alma sufre y llora
¡cuánto alegra, allá en la tarde,
contemplar las randas olas!

1902.

IDEAL

(FRAGMENTOS)

Amo los rayos pálidos
del alba que despierta
y los alientos frígidos
del aura matinal;
amo de los crepúsculos
la claridad incierta
y la frescura espléndida
de la noche estival.

Amo las suaves, plácidas
tardes de primavera

y los olores múltiples
de los campos en flor;
amo los verdes céspedes
que adornan la pradera
y los tranquilos céfiros
que arrullan con amor.

. . . .
. . . .

Amo las castas vírgenes
de rostros hechiceros
que en sus miradas tímidas
descubren el pudor;
en cuyos senos mórbidos
aguardan prisioneros
de la pasión los gérmenes
el beso del amor.

Amo el arroyo límpido
que corre presuroso
y en los guijarros ásperos
deshace su cristal;
que baja con estrépito
del monte silencioso
y en la llanura próvido
derrama su caudal.

Amo la triste tórtola
que, oculta en el boscaje,
en notas melancólicas
preludia su cantar;
y de las brisas trémulas,
que agitan el follaje
con impetuosas ráfagas,
el dulce murmurar.

Amo los lirios débiles
que muestran en el prado
de sus sedosos pétalos
la albura y nitidez,
y las violetas lánguidas
de aroma delicado

que esconden de sus cálices
la gracia y sencillez.

Amo del lago diáfano
las aguas opalinas
que en su plateada sábana
brindan espejo al sol;
que tiñen de oro y púrpura
sus ondas cristalinas
cuando la inmensa bóveda
se viste de arrebol.

Amo las rubias vírgenes
de labios encarnados
que en sus sonrisas cándidas
invitan á gozar;
me embriago con sus hálitos
tibios y perfumados
y de placer dulcísimo
disfruto en su mirar.

1903.

M. E. GARCIA ZEGERS

Su nombre, es de largos años conocido y figura en periódicos, revistas nacionales y extranjeras.

Es poeta fecundo y en algunos de sus versos sobresalen ideas muy avanzadas y atrevidas.

PASO...

Pasó, como una ráfaga de viento
que lleva entre su cauda verdes hojas...
Pasó, sin comprender mi sentimiento,
sin escuchar mis íntimas congojas.

Pasó, como la parda golondrina
que emprende el vuelo ante el invierno crudo:
cuando la blanca nieve se avecina;
y el follaje del bosque está desnudo!...

Pasó, como visión apocalíptica,
fantasma de un cerebro desquiciado;
hada del mal que á su belleza mística,
unía el atractivo del pecado.

Pasó, tras de su ruta locamente.
Seguí resuelto con la frente erguida:
el cráter de un volcán era mi frente
y su lava candente era mi vida.

Después, miré hacia atrás, entre la bruma
muy lejos, divisé mi hogar de niño,
y ví deshecha como blanca espuma
la postrera ilusión de mi cariño...

¿A qué empezar de nuevo la jornada?
¿A qué volver atrás?... La frente erguida
fuí dejando al marchar entre esa nada
los girones sangrientos de mi vida...

1904.

ANTE UNA CARTA

Carta feliz, pues á sus manos llegas,
y en ti sus ojos posará la bella.
Como en las noches de tinieblas, posa
entre las brumas, su fulgor la estrella.

Tú, más feliz que yo, llega á su lado
y llévale en tus pliegues mi lamento:
dila que su desdén, mis ilusiones
trunca cual hojas que arrebata el viento.

Dila también que en mi amorosa cuita
cifraba mi esperanza en su cariño.
Dila que es ella el porvenir de un hombre,
dila que fué ella el ideal de un niño.

Y cuando piense en mí, si es que aun existo,
como una sombra, en su recuerdo amado,
no la entristezcas, no, calla mis penas
y déjala vivir. ¡Tanto la he amado!

Déjala, sí, que en su existir alegre,
viva pensando en amorosos lazos.
Déjala, sí, que su cariño entregue,
á otro hombre más feliz, entre sus brazos.

¿A qué amargar su venturosa vida
con el recuerdo de mi amor?... ¡Qué importa
si calmo mis pesares en la orgía,
y es la vida tan corta!

Y calla, que mi vida tristemente
va buscando en silencio su albedrío...
Déjala, que á la muerte se encamina,
como á la mar se precipita el río.

1904.

LEONARDO ELIZ

De la preciosa colección «Las Rosas» de varios autores publicada por el inspirado cantor Leonardo Eliz, que escribe con pluma de oro, de la cual se desprende delicadísima armonía y á la par de mieles exquisitas nos brinda entonadas estrofas y sentimentalismo de inefable melancólica ternura.

Inicia el señor Eliz, su librito, con pensamientos suyos en prosa y á falta de sus rimas, reproducimos algunos fragmentos de ideas y las tres filigranas, para completar nuestra segunda serie poética y cerrarla con broche de balsámico aroma.

ROSAS

Las rosas de la creación son las mujeres.

El aroma de sus almas es la virtud.

Rosas y mujeres, mujeres y rosas, hacen risueño el camino de la vida.

Parecen que fueran hermanas gemelas.

Ambas tienen gallardía y espléndida hermosura.

Las rosas, reinan en los jardines y las mujeres, en los salones.

. . . .

En la existencia ambas tienen, su mañana y su tarde, su cuna y su sepulcro.

. . . .

Cuando veo una rosa con sus nítidos pétalos cubiertos de gotas de rocío, me parece contemplar á una mujer, con sus lindos ojos llenos de lágrimas.

. . . .

En donde hay flores y mujeres, se nota que el ambiente que nos rodea está henchido de vitalidad, de luz, de armonía y de amor: alma del orbe y ofrenda de Dios á la creación.

En habiendo rosas hay colores alegres y fragancia exquisita.

Cuando hay mujeres hermosas, no tardará en notarse que de sus ojos se desprenden fulgores hechiceros y de sus labios el aroma de las florestas.

Veráse en sus labios y en sus mejillas la tinta encendida de la rosa.

. . . .

ROSAS BLANCAS

(Alfredo Irarrazabal Zañartu)

No cortes niña, aquellas blancas rosas
que si del tronco, sin piedad las quitas,
tanto como hoy hermosas
mañana niña, las verás marchitas.

Cúidalas con empeño
como cuida tu madre tu existencia,
como cuidan los ángeles tu sueño,
tu sueño de inocencia...

Son ellas una imagen de la vida:
cada nueva ilusión desvanecida,
es una rosa blanca
que de nuestra alma el infortunio arranca.

LA ROSA

(Eduardo de la Barra)

¡Qué gallarda que se alza la rosa,
delicada, de vivo color!
¡No se ha visto otra flor más hermosa,
no se ha visto otra rosa mejor!

Con su aliento la brisa la mece,
ella en cambio perfumes le da,
y á la par de su amor ella crece,
y más bella poniéndose va.

Con encanto la miran las flores,
leves perlas coronan su sién,
y la luna en su seno de amores,
deposita sus rayos también.

Sin envidia la miran las rosas,
suspirando las ve el alhelí,
y de vario color mariposas,
revolando se ven siempre allí.

Pero todas respetan y admiran
su corola de real majestad:
y si la aman de lejos suspiran
por tan rara exquisita beldad.

Hacia ellas un día miraron
bello insecto las flores venir,
era bello, y las flores temblaron,
era de alas azul y zafir.

Y lo vieron llegar, y en el seno
de la rosa gentil se posó,
y la rosa bebió su veneno,
y la rosa su tallo dobló.
. . . .

. . . .

¡Pobre rosa! perdió su hermosura,
una á una sus hojas perdió,
leve el aura á la extensa llanura,
suspirando, sus hojas llevó.

INDICE

Páginas

PRIMERA SERIE

Páginas

SEGUNDA SERIE